

Institucionalidad y desarrollo económico en América Latina

Luis Bértola
Pablo Gerchunoff
Compiladores



C E P R L



Este documento fue coordinado por Osvaldo Kacef, Director de la División de Desarrollo Económico, en el marco de las actividades del proyecto “Institucionalidad y Desarrollo Económico en América Latina” (AEC/09/001), ejecutado por la CEPAL y con ayuda financiera de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

Los autores agradecen los comentarios a una versión preliminar realizados por los participantes en el Taller “Después del Bicentenario: Institucionalidad y Desarrollo Económico en América Latina” celebrado en CEPAL, Santiago de Chile, el 30 de septiembre de 2010.

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

Índice

Prólogo.....	9
Introducción.....	11
I. Senderos que se bifurcan. Las economías de América Latina luego de las Independencias <i>Jorge Gelman</i>	19
A. Introducción.....	19
B. Las economías americanas hacia finales del régimen colonial.....	21
C. El vendaval de la revolución.....	23
D. Tras la tormenta: ¿Crisis o crecimiento?.....	26
E. Conclusiones.....	39
Bibliografía.....	42
II. Las consecuencias económicas de la independencia en América Latina <i>Salomón Kalmanovitz</i>	47
A. Introducción.....	47
B. Las condiciones iniciales: el PIB de algunos virreinos en 1800. Las instituciones coloniales y el crecimiento económico.....	49
1. Las instituciones agrarias y la pureza de sangre.....	52
2. El desarrollo minero.....	53
C. Las consecuencias económicas de la Independencia.....	54
1. Distribución de la propiedad y crecimiento de largo plazo.....	58
2. La productividad y el mercado interior.....	61
D. La liberalización de 1850 y el preámbulo de la primera globalización.....	62
1. La discusión ideológica y algunas conclusiones.....	63
Bibliografía.....	67
III. El desarrollo a largo plazo de la economía mexicana: 1810-2008 <i>Juan Carlos Moreno-Brid y Jaime Ros-Bosch</i>	71
A. Introducción.....	71
B. Cinco décadas perdidas del siglo XIX.....	72
C. El porfiriato y el inicio del crecimiento económico moderno.....	75
D. La Revolución y el periodo post-revolucionario inmediato (1910-1940).....	79
E. La edad dorada de la industrialización.....	80

F.	Tres décadas de estancamiento económico en México.....	83
G.	Los altibajos en el crecimiento económico de México.....	86
H.	Lecciones de la experiencia de México para la economía del desarrollo.....	90
	Bibliografía.....	91
IV.	Las ambigüedades del crecimiento: dos siglos de historia económica de Centroamérica, 1810-2010	
	<i>Héctor Pérez Brignoli</i>	93
A.	Introducción.....	93
B.	El auge agroexportador.....	94
1.	El desarrollo del café.....	95
2.	La plantación bananera.....	99
3.	Contrastes entre el café y el banano.....	101
4.	Exportaciones y economía nacional.....	102
5.	Exportaciones y estado nacional.....	108
C.	Industrialización y Mercado Común Centroamericano, 1950-1980.....	109
D.	De la crisis de los años 80 al orden neoliberal.....	115
E.	El desarrollo en el largo plazo y los perfiles del atraso.....	120
	Bibliografía.....	131
V.	Dos siglos de especialización y dos décadas de incertidumbre. La historia económica de Cuba, 1800-2010	
	<i>Antonio Santamaría García</i>	135
A.	La excepción sin regla. Cuba y las independencias y economías latinoamericanas decimonónicas.....	135
B.	Una economía de plantación tardía.....	138
C.	Azúcar sobre rieles o cómo Cuba transformó el sistema de plantación.....	141
D.	La especialización como proceso histórico y la distribución espacial y sectorial del crecimiento.....	143
E.	Guerra, estancamiento y crisis azucarera. El azúcar en el mercado de EEUU y el modelo colonial.....	146
F.	Centrales por ingenios; colonos por esclavos.....	148
G.	Estructura sectorial de la economía especializada. Mercado compartido y fin de la colonia.....	150
H.	Guerra y ocupación. Costes y beneficios de la independencia.....	151
I.	Recuperación y crecimiento stop & go.....	152
J.	El azúcar en guerra o la alteración de las bases del crecimiento económico cubano.....	155
K.	De la <i>danza de los millones a las vacas flacas</i> . Ajuste al alza de la oferta azucarera y fin de su ciclo alcista.....	158
L.	La crisis de 1930 o cómo y porqué mantuvo Cuba su especialización azucarera.....	160
M.	Equilibrio inestable en perspectiva comparada.....	165
N.	Llegó el comandante y mandó parar o la isla que se repite.....	172
Ñ.	La política no cabe en la azucarera.....	176
O.	Corolario de batallas. Contrapunteo revolucionario cubano de la economía y las ideas.....	183
	Bibliografía.....	184
VI.	La historia divergente de las economías grancolombianas	
	<i>José Antonio Ocampo</i>	191
A.	Las divergencias económicas: una primera mirada.....	192
B.	El legado colonial y las instituciones republicanas.....	196
C.	El lento despegue económico.....	200
D.	La industrialización y la diversificación exportadora.....	208

V. Dos siglos de especialización y dos décadas de incertidumbre. La historia económica de Cuba, 1800-2010

Antonio Santamaría García¹²⁵

A Javier, Mónica y Juan

A. La excepción sin regla. Cuba y las independencias y economías latinoamericanas decimonónicas

El siglo XIX despertó convulso en Hispanoamérica. La invasión francesa de España en 1808 inició un proceso que acabaría con su independencia. Atrás quedaban años de reformas para que el imperio aportase más renta a la metrópoli y centralizar su administración, lo que restó poder a la elite criolla. No obstante hay acuerdo sobre la dificultad de explicar la emancipación por causas económicas y sobre que sus efectos fueron negativos y empeoraron con las guerras que asolaron luego a los países. Sin embargo, sí se han esgrimido esos factores para explicar que Cuba siguiese unida a España (Prados; Amaral, eds. 1998). Igual que en el resto del imperio, se formaron juntas de gobierno, se discutió qué hacer, pero la secesión no fue atractiva para su oligarquía (Vásquez 2008).

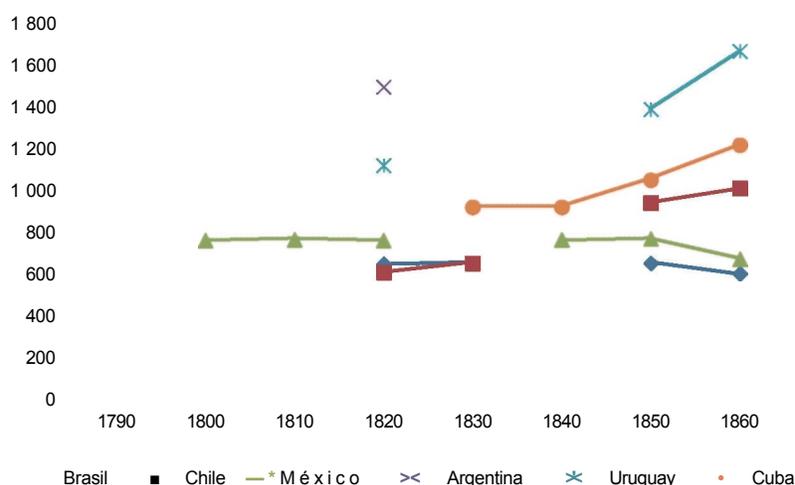
Desde finales del siglo XVIII la economía de Cuba crecía mucho más que en épocas previas gracias a su oferta de azúcar. Su renta real per cápita aumentó un 6,5% desde entonces hasta la década de 1840, frente a un 0,5% en México (Santamaría; García Álvarez 2004: 228; Salvucci 1993), lo que se debió a cambios de mercado, aunque facilitados por reformas iniciadas en los años sesenta, que siguieron durante la emancipación de la América continental y, al contrario que allí, favorecieron a la elite criolla. Además de esos factores hubo otro clave: debido a la escasa población insular el progreso de su producción azucarera fue posible por la importación de miles de esclavos. Sin duda se temió que un proceso de independencia interrumpiría la trata africana y generaría inestabilidad, poco idónea para la salud de los negocios, como ocurrió con la revolución de Haití en 1791.

Estimar qué habría pasado si Cuba se hubiese independizado al inicio del siglo XIX implica comparar su caso con otros en América. Económicamente hablando es más adecuado hacerlo con los caribeños, pues por entonces se intentaba un crecimiento similar al de las Antillas inglesas o francesas, y además se logró gracias a que la elite agro-comercial, antes que el gobierno, puso los medios (González-Ripoll; Álvarez, eds. 2020) y la *coyuntura revolucionaria americana* (empezando por las independencias de Estados Unidos y Haití), las condiciones necesarias. Suponer como contrafactual, no ya una rebelión esclava, sino que se hubiese abolido la trata en 1808 y la esclavitud en 1845, a la vez que en el Caribe inglés, equivaldría a pensar en una Cuba distinta de la que conocemos.

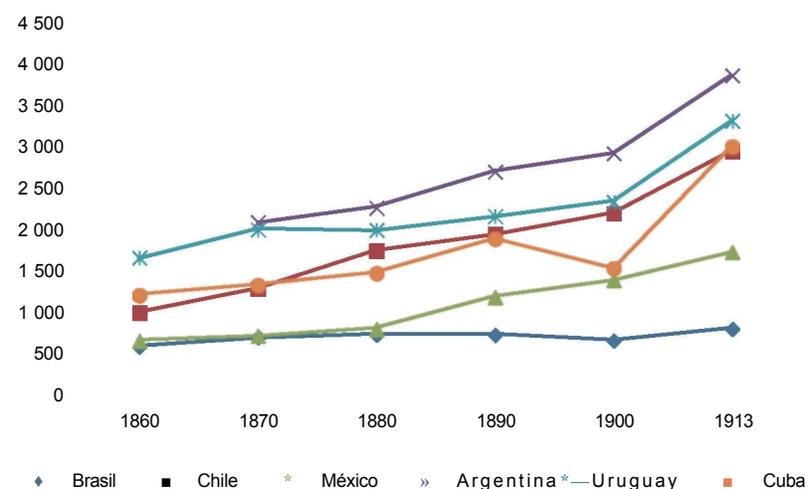
GRÁFICO V.1
RENDA PER CÁPITA REAL DE LAS MAYORES ECONOMÍAS
LATINOAMERICANAS, 1790-1913

(En dólares internacionales constantes Gary-Khamis)

a) 1790-1860



b) 1860-1913



Fuente: Prados 2006, 2007, y para los años que no ofrece datos. Santamaría 2010a (para Cuba), y Prados; Amaral, eds. 1993; Bulmer-Thomas 1998, OXLAD (www.oxlad.qeh.ox.ac.uk) y www.latin-focus.com (para el resto).

La Cuba que conocemos es azucarera como las demás Antillas y esclavista durante más tiempo, aunque también socio-económicamente hispanoamericana. Su especificidad, además, no es mayor que la de los países de su entorno, pero sí se puede afirmar que al precisarla topamos con los mismos factores aludidos al hablar de su *no independencia* a inicios del siglo XIX. Por eso es conveniente analizarla en términos comparados.

Debido al tipo de producción en que se especializó, como había ocurrido en otras Antillas, la economía de Cuba se integró antes en el mercado mundial que el resto de las latinoamericanas. El gráfico V.1 muestra que su renta per cápita creció más desde finales del siglo XVIII que la de aquellos países para los que se tienen datos y en 1820-1830 sólo era superada por la de Argentina y Uruguay.

Cuando las otras economías latinoamericanas se integraron en el mercado mundial en la segunda mitad del siglo XIX, su crecimiento se equiparó al de la cubana. El efecto de la independencia y de los conflictos posteriores, la demografía, el desarrollo relativo de las distintas regiones y el tipo de especialización explican que esto sucediese en unos lugares antes y en otros después. La demanda de azúcar (la principal mercancía del comercio internacional decimonónico), carne o ciertos minerales, experimentó un auge más temprano que la de cereales, café o banano. Además la producción de dulce es una agro-manufactura y como la caña pierde contenido en sacarosa si no se muele tras su corte, implicó crear una industria más compleja que la requerida por esas otras exportaciones y con mayor valor añadido, razón por la cual Cuba ha sido tradicionalmente el país más industrial de Latinoamérica, aunque su sector secundario fuese deformadamente azucarero¹²⁶, y uno de los líderes mundiales en el procesamiento fabril del edulcorante (Dye 1998).

Al valor añadido de la industria se sumó la productividad laboral. Hasta 1886 Cuba fabricó azúcar con esclavos, cuyos rendimientos fueron mayores que los de cualquier otra mano de obra antes de la Revolución Industrial (Higman 2005)¹²⁷. Para dotarse de trabajo, empero, tuvo dificultades más tempranas y mayores que sus vecinos. Sus 274.000 habitantes en 1792 (5,2 por km²) crecieron a tasas más bajas: 30% entre 1850-1870 y 60% en 1870-1912, cifras sólo similares a las de México¹²⁸.

Todos los países estudiados tuvieron problemas de escasez demográfica y laboral, pero al ser su crecimiento posterior, extensivo en trabajo o mayor su población, sufrieron menos dificultades que Cuba para dotarse de mano de obra. La isla careció de alternativas a la trata de esclavos para expandir su oferta azucarera hasta los años de inmigración en masa, a finales del siglo XIX, cuando se convirtió en destino de cientos de miles de personas tras abolirse la esclavitud, en lo que si se asemeja a los otros casos con que aquí se la compara. Así la ralentización del incremento de su renta entre 1860-1880 que muestra el gráfico 1 se debió al cese definitivo del comercio negrero en 1873, que inauguró el proceso abolicionista, y al inicio de una vasta transformación en su industria azucarera para adaptarse a ello y que en su fase final se completó con la adopción de las tecnologías de la Segunda Revolución Industrial.

Siguiendo con la dotación de factores, el tamaño del país no explica el grado y la cronología de su crecimiento. Brasil, Argentina o México son 77, 25 y 18 veces mayores que Cuba; Uruguay sólo 1,6 veces. Históricamente la densidad demográfica es pequeña en todos y todos disponen de vastas tierras y ventaja comparativa para algún producto transable, aunque ninguno como la del azúcar en la mayoría del territorio cubano. También distinguí a la isla, igualmente debido a su *boom* exportador más temprano, por la construcción de infraestructura que lo facilitase. *La era del ferrocarril* empezó en 1837, tres décadas antes que en resto de América Latina; en 1860 todavía disponía del 50% del kilometraje ferroviario abierto en la región (818 kilómetros) y la cobertura de la red viaria con que acabó contando no tiene parangón en su vecindad. Además, por ser una colonia, los proyectos de tendido de trenes no estuvieron ligados a la consolidación de los Estados y territorios nacionales. Tampoco estuvieron afectados por la inestabilidad sociopolítica que determinó el fracaso de muchos

En 1913 el producto industrial no-azucarero cubano era un 10-15% del PIB, como en las grandes economías latinoamericanas, pero el azucarero generaba otro 20%, Bulmer-Thomas 1998; Santamaría 2002.

La productividad de los esclavos en los ingenios cubanos en 1860 superaba los 1.200 dólares constantes. En Argentina en 1900 era 1.161 dólares para todo el trabajo, Santamaría; García Álvarez 2004; Astorga *et al.* 2003: 33. En Argentina creció un 64 y un 305%; en Chile un 36 y un 79%, Santamaría; García Álvarez 2004: 74.

de esos proyectos en otros países de la región por carecer de expectativas razonables de beneficios, sobre todo para atraer la inversión extranjera necesaria, lo que sí garantizó en Cuba la vinculación ferroviario-azucarera (Sanz, coord. 1989).

La expansión de ferrocarril en Cuba, por tanto, fue anterior a la de otros países latinoamericanos porque también lo fue su desarrollo exportador y por eso, al igual que en ellos, se trató de un fenómeno regional. En el siglo XIX se limitó al este insular, lo mismo que la plantación azucarera, y causó similares desequilibrios económico-espaciales. Sanz, ed. 1998, prueba, además, que sólo se formaron grandes redes nacionales donde la producción exportable y el mercado abarcaron la mayoría del territorio; es decir, en Argentina y México, aunque con menor densidad que en Cuba, donde la vinculación ferroviario-azucarera, asimismo, dio lugar a otra red de líneas industriales, sin parangón tampoco en la región, pues su kilometraje acabaría duplicando al de servicio público.

Ferrocarril e ingenio se extendieron por el este de Cuba en el siglo XX. Antes, como muestra el gráfico V.1, con los cambios en su industria azucarera, su economía y la internacional durante la Segunda Revolución Industrial, la isla iniciaba una fase de crecimiento mayor que la precedente, quebrada sólo por su conflicto independentista, común a toda América Latina y que duró hasta el fin del ciclo alcista exportador tras la Primera Guerra Mundial. En los tiempos en que se emancipó de España, sin embargo, Cuba había reforzado su especialización productiva y añadía a ese rasgo otro inexistente cuando lo hizo el resto de Hispanoamérica y que se aduce para explicar por qué y cómo lo hizo en 1898: con la intervención de Estados Unidos y vinculada política y económicamente a dicho país mediante una especie de protectorado y un tratado comercial. La razón es que en las décadas previas, según crecía su oferta de azúcar, su venta se fue concentrando en el mercado norteamericano y desde el decenio de 1880 exportaba al mismo un 80% del dulce que producía.

B. Una economía de plantación tardía

A mediados del siglo XVIII se iniciaba en región de La Habana un proceso de demolición de los vínculos que inmovilizaban la tierra. Las haciendas se dividían mediante arrendamientos y medianerías, y se ponían en explotación suelos antes ociosos sin afectar a su propiedad y generando rentas a sus dueños. La causa de ese fenómeno fue la demanda del puerto de la ciudad, donde se reunía, carenaba y proveía la Flota de Indias antes de retornar a Europa, lo que además de abastecerla permitía exportar mercancías locales¹²⁹. La principal exportación era entonces el tabaco, de modo que su cultivo y producción fueron también los que más crecieron (Portuondo 1994).

Las vecinas Antillas se habían especializado en producir azúcar para exportar. En 1640 surgía en Barbados el sistema de plantación comercial esclavista y se extendía velozmente por todo el Caribe, a excepción de las Antillas hispanas, donde se adoptó a finales del siglo XVIII (Schwartz, ed. 1994). Medió entonces una especial coyuntura de mercado, pero la rapidez con que Cuba aumentó su oferta de dulce (550% entre 1760-1769 y 1800-1809, cuadro V.3) no se explica desde el lado de la demanda. La demanda fue condición necesaria, pero no suficiente, igual que la reforma de su economía y administración colonial en esas fechas, destinada a impulsar los cultivos exportables. Prueba de ello es que lo mismo ocurrió en Puerto Rico, la otra isla española, pero hasta 1815 ésta no experimentó un crecimiento similar al cubano (Naranjo; Santamaría 2002). La condición suficiente es que en la Gran Antilla, cuando fue posible disponer de clientes y trabajo (esclavos), los demás factores productivos estaban preparados para una expansión de la envergadura señalada.

García 2008, prueba que la industria azucarera en Cuba se benefició del proceso de mercantilización de la tierra, recibió capital del comercio y el tabaco, de los situados con que la Hacienda mexicana financiaba la isla y cuyo monto fue creciendo desde la década de 1740 para fortalecer sus defensas, debido a las constantes guerras en el Caribe (Vázquez; Santamaría 2012).

En 1725 se creó el Astillero Real y se fortificó el puerto de La Habana. La inversión de capital y presencia de trabajadores que ello supuso también impulsaron la demanda de bienes y servicios, Santamaría 2009b: 69.

Recibió también crédito estatal, exenciones a su producción, exportación y otros incentivos, y fue favorecida por las desamortizaciones y la expulsión de los jesuitas —obtuvo préstamos procedentes de los bienes incautados a esa orden y pudo dotarse de terrenos enajenados al clero. Se estima que la inversión en el sector aumentó de 1.300.000 dólares en 1700-1740 a 3.700.000 en 1750-1760 y 6.000.000 en 1770-1780. Y la elite criolla participó activamente en su desarrollo mediante su presencia en la dirección de la Compañía de Comercio de La Habana, creada en 1740 para administrar el monopolio del tráfico de africanos, azúcar y tabaco, o el privilegio de mercedación de tierras concedido al Cabildo de la ciudad. Como resultado la oferta de dulce creció de 5.000 a 8.000 toneladas entre 1760 y la independencia de EEUU, y a 12.000 antes de la revolución haitiana. Y, lo más importante, lo hizo en ingenios cada vez mayores, con más capacidad, caballerías y esclavos. Los datos del cuadro 1 proceden de una muestra de 276 plantaciones, muestra amplia aunque quizás no suficientemente representativa, pues indican que desde los años sesenta ganaron productividad empleando menos trabajo, suelo y capital, pero parece exagerada la reducción por unidad del primero y el segundo entre 1741-1762 y 1763-1800.

CUADRO V.1
PRODUCCIÓN, ESCLAVOS Y TIERRA POR INGENIO EN CUBA, 1700-1740 – 1763-1800

Años	Producción (toneladas)		Esclavos (miles)		Tierra (caballerías)				Valor (dólares)	
					Total	De caña	Total	De caña		
1760-1740	31		37		27		4		28	
1741-1762	39	26%	60	62%	29	11%	3	71%	51	84%
1763-1800	54	38%	45	-25%	36	23%	7	-51%	48	-7%

Fuente: García 2008: 360.

Fuente 2004, cree que en Cuba no se adoptó antes el sistema de plantación debido a la escasez de mano de obra. En 1762 moraban en ella 142.200 almas, la mitad en su tercio oeste. El 25% eran esclavos. En 1775 el número de éstos no había crecido, pero en 1792 se duplicaba (de 44.000 a 85.000) y como resultado la población aumentaba un 60%. Y el proceso no se detuvo: en 1817 eran 553.000 los habitantes y 199.000 los africanos (110 y 135% más) y el 53% de los primeros y 61% de los segundos vivían en la región occidental (Portuondo 1994: 293).

Aunque Cuba hubiese dispuesto de más población no habría podido competir con el rendimiento de los esclavos de otras Antillas. Éstos empezaron a llegar masivamente tras invadir La Habana los ingleses en 1762 —se importaron 4.000 en sólo 11 meses—, lo que además dejó en evidencia que las recién estrenadas defensas, ideadas contra los piratas, eran ineficaces frente a flotas como la británica, y que si España quería mantener la isla eran necesarias reformas y contar en ellas con la elite criolla, cuyas milicias habían sido clave para recobrar la plaza. Urgía también que las colonias caribeñas se autofinanciasen (ya se ha señalado que dependían de un situado enviados desde México) y mitigar el contrabando y el desabastecimiento que sufrían en tiempo de guerra. Problema añadido era la decadencia del monopolio comercial y de las flotas, aún con el parche que supuso la autorización de navíos de registro desde 1748 cuando dicha flota no podía organizarse.

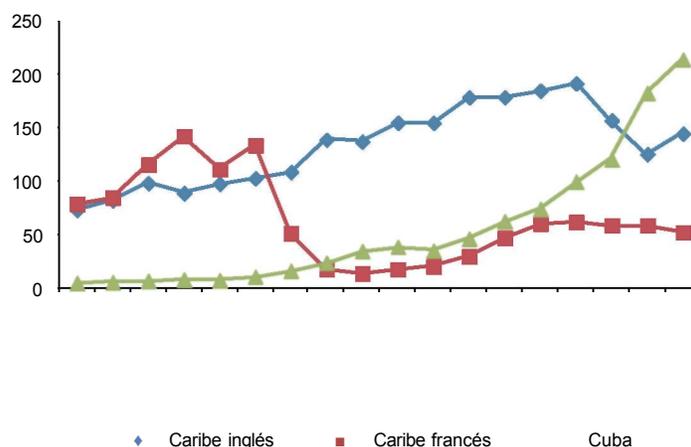
Tras recuperar La Habana, España inició una reforma del imperio empezando por Cuba. Se liberalizó la trata y el comercio con países amigos en tiempo de guerra y desabastecimiento, aunque *de facto* el monopolio nunca se reinstauró. En general esas medidas se han analizado desde la óptica metropolitana. Desde la colonial, y el lado de la oferta, suponían la continuación del proceso iniciado con la movilización del factor tierra, pues ya que en España no había suficiente mercado para los frutos coloniales, aseguraban su exportación a otras partes y proveían trabajo. También se liberalizó la entrada de inmigrantes y capital y se otorgaron más exenciones a la actividad productiva. Y todas las disposiciones se ampliaron luego para incentivar el afincamiento en Cuba de los franceses huidos de Haití y, después, de quienes marcharon del resto de Hispanoamérica durante su independencia. Entonces, en 1818, esas medidas se consolidaron en leyes estables. La elite local siguió siendo

favorecida. Sanz 2005, prueba que el reparto de realengos fortaleció a la más fiel al rey, y Funes 1998, que su secular disputa con la Marina por el derecho de tala de bosques se decidió a favor de la oligarquía criolla que, además, reforzó su poder con la creación de Sociedades Económicas y un Consulado de Comercio, que operaron como entes consultivos de gobierno. También se estipuló, pero años después, que sería cubano el intendente de Hacienda, la principal autoridad tras el gobernador y responsable de la economía política. Con ello se configuró una nueva relación colonial en la que, como contrapartida, España extraía renta mediante la protección de sus exportaciones a la isla y aranceles al tráfico mercantil liberalizado y para favorecer que se efectuase en barcos nacionales.

Cuba iniciaba así el siglo XIX con una economía distinta a la del resto del imperio. Había estado muy vinculada a su organigrama comercial, pero en torno a ella surgía otra más local que acabaría predominando. Las reformas no se pensaron para recuperar poder y extraer renta, sino para que la isla generase riqueza y se autofinanciase, por lo que incentivaron un proceso de transformación que estaba en marcha y se fueron ampliando en respuesta a las coyunturas favorables que se presentaron. Frente a la historiografía que las ha analizado desde la óptica del resto de Hispanoamérica se puede decir que las reformas tuvieron éxito donde empezaron a aplicarse, tuvieron tiempo de madurar y mostrar flexibilidad cuando la ocasión lo requería, y dieron lugar a una nueva relación colonial (Santamaría 2009b; Vázquez; Santamaría 2012).

El gráfico V.2 muestra que la independencia de Estados Unidos favoreció la oferta de azúcar del Caribe francés. El cese de su comercio con otras colonias inglesas benefició también a la producción cubana, pero aún así ésta era sólo de 11.000 toneladas en 1785-1789, frente a las 130.000 y 103.000 toneladas de los territorios galos y británicos.

GRÁFICO V.2
PRODUCCIÓN DE AZÚCAR DEL CARIBE INGLÉS, FRANCÉS
Y CUBA, 1760-1764 – 1845-1849
(Medias quinquenales)



Fuente: Deerr 1950; Naranjo; Santamaría 2002.

La liberalización del comercio y de la trata facilitaron el crecimiento de la oferta azucarera cubana aprovechando las dificultades de la competencia desde los años setenta. Pero no fue hasta la revolución de Haití, en 1791, cuando quedaron a disposición de otros postores los miles de esclavos que hasta entonces importaba la colonia francesa y los mercados de dulce que abastecía el principal exportador de dulce del mundo. Jamaica fue quien más se benefició: entre 1785-1808 aumentó su zafra en 33.000 toneladas, pero Cuba duplicó la suya y mantuvo su progresión tras abolirse la trata en el Caribe inglés en 1808 y la esclavitud en 1845, superándolo en producción a partir de entonces.

C. Azúcar sobre rieles o cómo Cuba transformó el sistema de plantación

La rapidez con que Cuba aumentó su oferta de azúcar en las favorables coyunturas de mercado de finales del siglo XVIII e inicios del XIX se explica, por tanto, porque los factores de producción estaban preparados. Las reformas no fueron la causa, aunque facilitaron la exportación y disponer del recurso más escaso: esclavos. Constatar este hecho es relevante pues cuando varió la situación y se redujeron los incentivos a partir de la década de 1830 dicha oferta experimentó un crecimiento aún mayor que en épocas precedentes: hasta 1870 se multiplicó por 10 (cuadro V.3).

El gráfico V.3 muestra la correlación entre oferta cubana de azúcar y número de esclavos. El crecimiento de la producción del Caribe británico se estancó con el cese de la trata y entró en crisis tras la abolición. Un tratado anglo-español prohibía la trata en Cuba en 1817, pero no se cumplió y hasta 1845 llegaron a la isla 15.000 africanos anuales. Entonces la población de color superaba a la blanca en la isla, sucedieron una serie de rebeliones y en respuesta a ello y a las presiones de Inglaterra contra el tráfico negrero tras la referida abolición en sus dominios, la Ley Penal endureció su persecución. Pero la medida fue efímera. Gran Bretaña estaba más interesada en preservar el equilibrio de poder en las Antillas y que Cuba siguiese siendo de España, por el tipo de relación colonial establecida, dependía del progreso de su oferta de dulce y éste del comercio negrero.

Entre mediados de los años cincuenta y el inicio del proceso de abolición en 1868 volvieron a llegar 14.500 negros al año a Cuba, pero su precio aumentó¹³⁰ y los hechos evidenciaban que *el tiempo de los esclavos* tocaba a su fin. Santamaría; García Mora 2002, prueban que fueron ineficaces soluciones como importar chinos, aplicadas en otras Antillas¹³¹, y que los ingenios, mientras pudieron, siguieron usando africanos y compensaron su escasez con adelantos técnicos. También fracasaron los proyectos para incentivar la migración española desde la década de 1810, salvo en el caso de los canarios (en 1850 había en la isla 35.000), que se ocuparon en el cultivo de tabaco y viandas para abastecer a las ciudades y plantaciones, en los que no predominaba el trabajo esclavo (Naranjo; García 1996).

A la escasez y carestía de los esclavos se sumaron otros problemas que desde la década de 1830 cambiaron las condiciones en que se inició la expansión azucarera de Cuba. Isabel II, ante la oposición a que una mujer rigiese España al morir Fernando VII y que dio lugar a las guerras Carlistas, se apoyó en gobiernos liberales que procuraron modernizar la economía y que las colonias contribuyesen más a ello y al esfuerzo bélico. Así, los tiempos de exenciones e incentivos dejaron paso a una mayor presión fiscal¹³² en un momento en que los hacendados insulares pensaban cómo extender el cultivo cañero a tierras mejores y alejadas de los puertos del noroeste. La razón era la necesidad de aumentar su producción y reducir sus costes frente al crecimiento de la competencia y la caída de los precios. Tras el bloqueo continental durante las guerras napoleónicas en Europa surgía una industria que elaboraba azúcar de remolacha, que enseguida contó con protección y empezó a restar mercado a la oferta caribeña¹³³.

Estados Unidos, principal proveedor de Cuba junto con España, elevó su tarifa azucarera de 0,33 centavos la libra en 1830-1839 a 0,6 en 1845, en respuesta al aumento de los aranceles insulares. Sin embargo, luego la redujo, y hasta los años sesenta no pasó de 0,14 (Goizueta-Mimo 1976: 74) para facilitar su abastecimiento de dulce, lo que también explica el crecimiento de la oferta cubana de

¹³⁰ Pasó de 320 pesos en 1800-1850 a 530-600 hasta el cese de la trata en 1872, Pérez de la Riva 1979; Bergad *et al.* 1995.

¹³¹ Llegaron 150.000 chinos entre 1840 y 1872, cuando se prohibió reclutarlos por los abusos cometidos, Pérez de la Riva 2000.

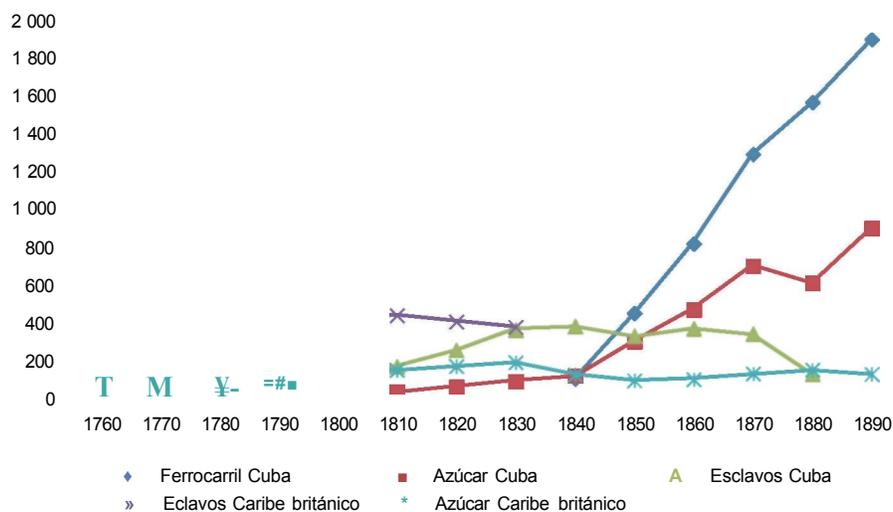
¹³² En 1938 se elevó el arancel para el azúcar y el tabaco antillanos en España y aumentó un 18% el de las mercancías foráneas si se transportaban en barcos nacionales y un 29% en caso contrario, Le Riverend, 1987: 431.

¹³³ La oferta mundial de azúcar creció de 580.000 a 980.000 toneladas en 1830-1845, la de remolacha de 10.500 a 60.900. El precio bajó de 8,5 centavos la libra en 1825-1829 a 4,8 en 1840-1844. Luego varió poco hasta los años sesenta, Moreno Friginals 1978: III.

azúcar y la progresiva concentración de su comercio en ese país desde entonces debido a la protección de los mercados europeos.

Se ha señalado que la oferta de azúcar de Puerto Rico también se expandió, pero más tarde. Santamaría 2011a, prueba que esto se explica porque el efecto de las reformas allí fue más determinante, de modo que al reducirse los incentivos y crecer la presión fiscal, los cambios en la coyuntura de mercado, la caída de precios y la escasez de trabajo, provocaron su estancamiento después de 1845. En Cuba, por el contrario, las sólidas bases en que se había basado su desarrollo azucarero permitieron afrontar tales circunstancias con un aumento de la producción mayor que en épocas precedentes, gracias a que éste dejaba de estar correlacionado con el de los esclavos para correr en paralelo con el del ferrocarril (gráfico V.3).

GRÁFICO V.3
PRODUCCIÓN DE AZÚCAR (TONELADAS), FERROCARRILES (KILÓMETROS) Y
ESCLAVOS (MILES) EN CUBA Y EL CARIBE BRITÁNICO, 1760-1890
(Escala semilogarítmica)



Fuente. Santamaría 201 1a.

Adoptar el sistema de plantación esclavista cuando las otras Antillas iban a iniciar la abolición obligó a cambios en Cuba para ahorrar trabajo que darían lugar a la versión más acabada de ese sistema. El ferrocarril ofreció soluciones a todos los problemas que se estaban presentando: permitió extender el cultivo de la caña a nuevas tierras y compensar la caída del precio del dulce y la carestía de los esclavos mejorando la productividad y los costes. Hay que tener en cuenta que fabricar azúcar es una tecnología de proceso continuo con un sector agrario y otro industrial en tres fases: molienda, evaporación y purga, por lo que cualquier innovación en una precisa ajustes en las demás para evitar estrangulamientos. Desde finales del siglo XVIII aumentaba el área sembrada y se usaba maquinaria a vapor para procesar más caña y extraer más jugo de ella. Esto elevó aún más la demanda de materia prima y requirió mecanizar la casa de calderas con tachos al vacío a partir de la década de 1850 (Ely 2002; Cantero 2005).

En 1837, nueve años después que en Inglaterra, corría en Cuba el primer ferrocarril (La Habana-Bejucal). Para su tendido el Estado pidió un crédito en Londres, pero fue capital privado quien financió los siguientes proyectos ferroviarios que, en una isla mal dotada de caminos, comunicaron en solo dos décadas la mayoría de la región habanero-matancera. Todos sus puertos contaron con trenes, compitiendo por el transporte del interior, donde al compás se fundaban ingenios, hasta el extremo de sufrir dificultades que obligaron a fusiones tempranas. Enseguida las vías se extendieron también hacia Pinar del Río —la comarca más occidental y principal productora de

tabaco— y el centro insular, que desde los años cincuenta sería el área primordial de expansión de la plantación. En el este hasta 1902 sólo se abrieron ferrocarriles en zonas aisladas: las azucareras y mineras de Santiago y Guantánamo, las bananeras de Baracoa, Sagua y Nipe (extremos sur y noreste) o la ganadera de Camagüey (centro) [Zanetti; García Álvarez 1987; Santamaría 1998].

Plantación, esclavos y ferrocarril fueron el eje medular de la economía cubana, pero construir trenes e ingenios cada vez mayores, con más tierra y mejores máquinas requirió modernizar el sistema financiero. Tradicionalmente la industria azucarera había empleado crédito refaccionario acumulado en el comercio, la trata o el retorno de inversiones en Europa y Estados Unidos, donde los hacendados establecieron redes de negocio para exportar, adquirir tecnología y capital o colocar beneficios (Bahamonde; Cayuela 1992). Desde la década de 1840 las necesidades requirieron completar tales prácticas con la creación de bancos, algunos vinculados al depósito del dulce en las terminales ferroviarias de los puertos, otros más específicos, como el Banco Español, semipúblico y con el tiempo muy dependiente de los intereses del Estado, que también centró su actividad prestataria en el sector externo. Fruto de ello la tasa de interés se redujo del 20 al 6% (Roldán 2004; Cantero 2005).

D. La especialización como proceso histórico y la distribución espacial y sectorial del crecimiento

El transporte encarecía un 20% el comercio en Cuba antes del ferrocarril, lo que permite estimar su ahorro social en un 7% del PIB en 1890 —más que en Estados Unidos (4,7%), donde había alternativas al tren— y un 16% entre 1837-1918 (entre la apertura de la primera línea y la guerra mundial), inferior al 33, 28 y 26% de México, Brasil y Argentina, como cabía esperar por haber empezado antes su construcción en la isla. Si se estima la productividad total de los factores, indicador más preciso del efecto del ferrocarril en el crecimiento, las cifras disminuyen, pero se mantienen las diferencias por idéntica razón (Cuba 6%, Brasil 15%, México 10% y Argentina 8%, Herranz 2009).

El efecto del ferrocarril en el coste del azúcar se estima en un 15%, equivalente a su incremento por el encarecimiento de los esclavos (Santamaría 2011a). Si se añaden los efectos indirectos, medidos en el contexto del cambio tecnológico y del aumento de la productividad y de los rendimientos industriales, asociados a la disposición de más tierras y al uso más racional del trabajo que facilitó la mejora del transporte, dicho coste decreció progresivamente de 3,6 a 2,5 centavos la libra entre 1830 y 1870, y más que el precio (de 7 a 5 centavos), lo que permitió mantener la competitividad de los ingenios cubanos (Santamaría; García Álvarez 2004: 282).

Aumentar la oferta de azúcar y su competitividad también tuvo costes de oportunidad. En casi toda Cuba el cultivo y procesamiento de la caña tiene ventaja comparativa. Hacia 1830 sus ganancias superaban en un 50% a los costes, las del tabaco o el café sólo en un 30% y las de otros cultivos en un 20. La diferencia creció con el ferrocarril, el cambio tecnológico y la expansión de la frontera agraria, y provocó una concentración de los recursos en la industria azucarera (Naranjo; Santamaría 2002: 343). Hay zonas de la isla donde varios productos poseen igual ventaja, pero les perjudicó la atracción que la mayor rentabilidad del ingenio ejerció sobre la tierra, el capital y el trabajo, en especial según aumentaron las dificultades para importar africanos y se elevó su precio. La especialización, por tanto, fue un proceso progresivo y con desigual efecto espacio-sectorial.

Para optimizar la dotación relativa de factores la industria azucarera en Cuba fue extensiva en el uso de la tierra. Entre 1780-1814 producía 2 toneladas por hectárea y 0,18 por esclavo, pero mientras la segunda cifra aumentó hasta 1,3 en 1845-1874, la primera disminuyó hasta 1,7. En su crecimiento, además, el cultivo de la caña acaparó los mejores suelos (cuadro 2, Santamaría 2011a).

CUADRO V.2
SUPERFICIE EMPLEADA Y PRODUCTO AGRARIO GENERADO POR
LOS CULTIVOS EXPORTABLES EN CUBA, 1830-1860
(En porcentajes)

	1830		1860	
	Superficie	Producto	Superficie	Producto
Cultivos comerciales	38	41	71	79
Azúcar	18	23	48	63

Fuente: Santamaría; García Álvarez 2004: 136.

Así el desarrollo azucarero en Cuba fue paralelo a la reducción absoluta o relativa del producto de otros sectores que rivalizaban por los mismos recursos, como el del café. Su expansión empezó en el oriente de la isla con los franceses migrados de Haití y fue igual de intensa que la del dulce, pero en la década de 1840 entró en crisis y acabó desapareciendo de las exportaciones (cuadro v.3) debido a la mayor presión fiscal y a la escasez del trabajo en un contexto de aumento de la competencia, sobre todo de Brasil, y de caída de precios (de 48 a 12 centavos la arroba entre 1838-1846, Pérez de la Riva 1944; Friedlaender 1944: 212). Al ubicarse en el este insular, además, los cafetales no dispusieron de la infraestructura ferroviaria con que contaron los ingenios y sufrieron la concentración en éstos de los costosos esclavos. García 2008, prueba su traslado masivo al centro insular, por donde se extendía el cultivo cañero a mediados de la centuria. En cuanto al capital, el necesario para fundar un ingenio creció un 100% entre 1830-1860 (Marrero 1981: X, 206) pero ya se ha visto que era la actividad más rentable¹³⁴.

Distinto es el caso del tabaco. Su oferta creció desde finales del siglo XVIII, salvo en la década de 1780, pues se trataba de un estanco monopolizado por la Real Factoría, que debido a la abundancia de *stocks* ordenó entonces reducir su cultivo. Sufrió también el avance del ingenio, que lo confinó al extremo oeste de Cuba, donde tenía ventaja comparativa, pero tal ubicación le permitió contar con ferrocarriles. Hay que recordar que había sido la principal exportación y fuente de rentas del Estado en la isla, quien lo favoreció con exenciones arancelarias y la supresión del estanco en ella en 1818, aunque no en España. Lo más llamativo de sus datos de producción (cuadro V.3) es que ésta siguió creciendo cuando aumentó la presión fiscal y el coste de los esclavos y cayeron los precios (de 36 a 10 centavos la arroba en 1838-1846). La razón es que era una actividad a cargo de familias campesinas que requería relativamente poco capital y trabajo y que por ello, y por no coincidir su cosecha con la cañera y asegurar un mercado con la especialización en elaborar puros de calidad, fue menos afectada por la concentración de recursos en la industria azucarera (Ortiz 1973; Stubbs 1989).

CUADRO V.3
OFERTA MEDIA ANUAL DE AZÚCAR, TABACO Y CAFÉ EN CUBA, 1760-1769 – 1895-1889
(Miles de toneladas, miles de cigarros y porcentajes)

Años	Azúcar	Tabaco		Café
		En rama	Cigarros	
1760-1769	5,7	1,1		
1770-1779	7,9	38%	2,0	86%
1780-1789	9,4	20%	1,7	-15%
1790-1799	20,4	116%	1,8	9%
1800-1809	37,0	82%	2,9	61%
				0,7
				2,3
				246%

(continúa)

Con otros sectores pasó algo similar. Por ejemplo la ganadería pasó de generar el 13% del producto agropecuario en la década de 1830 a un 3% en la de 1860, Santamaría; García Álvarez 2004: 136.

Cuadro V.3 (conclusión)

Años	Azúcar		En rama				Cigarros		Café	
1810-1819	41,0	11%	2,0	33%				8,4	273%	
1820-1829	68,7	67%	1,7	15%				13,8	64%	
1830-1839	110,0	60%	2,1	24%	0,1			21,2	54%	
1840-1849	198,6	81%	2,5	20%	0,2	50%		14,4	-32%	
1850-1859	388,9	101%	3,9	59%	0,4	133%		4,9	-66%	
1860-1869	519,7	30%	4,6	19%	0,5	29%		2,7	-44%	
1870-1879	681,7	31%	5,0	9%	0,4	-22%		0,6	-98%	
1880-1889	627,4	-8%	4,5	-10%	0,2	-50%				
1890-1894	900,1	54%	6,3	40%	0,2	0%				
1895-1899	426,5	-43%	4,5	-29%	0,1	-50%				

Fuente: Santamaría y García Álvarez 2004: 127.

Los casos analizados ilustran la formación de una estructura económica compleja pero progresivamente especializada, pues según decrecía la importancia de sectores que competían con el ingenio por los recursos, progresaron otros complementarios, aprovechando sus externalidades (infraestructura ferroviaria, comercial, inversión de beneficios). Así ocurrió con el tabaco, con los derivados azucareros, como los licores y el ron¹³⁵, y con actividades que atendían la demanda básica de ciudades y plantaciones¹³⁶. El número de fincas agropecuarias pasó de 6.000 a 14.000 en 1778-1827 y a 35.000 en 1861 (Venegas 2001) y los en los ingenios se producían alimentos y se criaba ganado para el consumo, el trabajo y el transporte, que con los tejares, aserraderos, carpinterías, fundiciones y talleres que había en ellos generaban un 10% de su ingreso (Marrero 1981: X, 215).

El producto agroindustrial menos vinculado con las exportaciones, estimado en un 40% de la renta al inicio del siglo XIX, se redujo luego al 30% y se mantuvo en esa cifra. Creció en términos absolutos debido al aumento del ingreso en la centuria (gráfico V.1)¹³⁷ pero reforzó su complementariedad respecto del sector externo. Con la extensión del ferrocarril y la monetarización de las principales actividades, la economía de mercado fue ganando espacio en Cuba y fue posible importar bienes básicos y no producirlos internamente. Así desde la década de 1850 el valor de los alimentos en las compras insulares en el exterior no bajó el 40% (Zanetti 1998).

Se ha dicho que la especialización tuvo también un efecto espacial. Las actividades más perjudicadas por el avance del ingenio —ganadería, cafeicultura— se concentraban en el este, donde además de algunas otras, sufrieron distintas dificultades. Desde la década de 1830 el beneficio de unas minas cerca de Santiago convirtió a Cuba en el segundo productor mundial de cobre. Su exportación creció de 1.100 a 35.000 toneladas en los años cuarenta. Luego declinó velozmente por agotamiento de las vetas y en los setenta se abandonaron (Roldán 2005). En el noreste se inició el comercio internacional del banano aprovechando las condiciones del área para su cultivo y el recalado en ella de barcos que se dirigirían a Estados Unidos desde diversos lugares. Sus ventas aumentaron de 300 a 12.000 racimos en 1804-1830 y a 1.000.000 en 1868, pero después se estancaron al reforzarse su fiscalización por estar el negocio vinculado al contrabando, en una zona mal comunicada, lejos de los centros de poder colonial, y descubrirse a mediados del siglo XIX que servía de tapadera al tráfico de armas destinadas acciones subversivas. Los importadores buscaron entonces alternativas y fomentaron la plantación de plátano en otras Antillas (García Álvarez 2008).

Su exportación creció en 1788-1873 de 188.000 a 16.325.000 litros, Moreno Friginals 1978: III.

16 fundiciones atendían en 1820 la demanda de ingenios y ferrocarriles, y su número se redujo luego a 12, pero aumentó su tamaño, Le Riverend 1985: 222.

Se redujo también el valor del contrabando. Santamaría; García Álvarez 2004: 166, 229, estiman que de un 25% de la renta a inicios del siglo XIX a un 15 en 1880.

En suma, en 1792 el 39% de la población vivía en la mitad este de Cuba; en 1862 el 23%. Sus principales productos sufrieron dificultades que redujeron su aportación al ingreso agregado del 15-20 al 10%. En la región se abrieron pocos ferrocarriles; el número de esclavos, siendo la economía tan dependiente de su trabajo, decrecía del 12 al 5% del total insular, y sus ingenios sólo ofertaban el 8% del azúcar. Por el contrario, en 1775 ese territorio concentraba el 19% de las pequeñas fincas agropecuarias del país y en 1861 el 35%. En circunstancias tales estallaba allí en 1868 una guerra de independencia que se alargaría hasta 1878 y se circunscribía prácticamente al oriente de la isla.

E. Guerra, estancamiento y crisis azucarera. El azúcar en el mercado de Estados Unidos y el modelo colonial

En ausencia de una relación más convencional, de mercado, la de España y Cuba se basó en vínculos especiales, de negocios, entre la elite de ambos territorios (Cayuela 1993), aunque la consolidación del Estado colonial desplazó del poder a la oligarquía criolla desde la década de 1830 a la vez que aumentaba la presión fiscal. Parece que ésta lo aceptó para no alterar el orden social esclavista mientras creció la economía, pero en 1868 había signos de cambio. En Estados Unidos, donde la isla vendía el 55% de su azúcar, tras la Guerra de Secesión se recuperaba la oferta de dulce, se elevaba el arancel un 60%, caía el precio un 15% (Goizueta-Mimo 1976: 74) y se abolía la esclavitud, lo que suponía una nueva amenaza para mantenerla en Cuba. Ante tales circunstancias sus elites exigían reformas y una ampliación de los derechos civiles en sintonía con las demandas de la revolución liberal española de 1868.

La mayoría de la elite criolla permaneció fiel a España en la guerra de 1868-1878, y al no llegar al oeste el conflicto tuvo pocos efectos directos sobre la economía, aunque no indirectos. Los mambises liberaron a sus esclavos y el gobierno respondió iniciando el proceso de abolición con niños y ancianos y con el cese de la trata en 1872. Se cerraron los ingenios obsoletos, sobre todo en el este por su mayor atraso y el impacto de las luchas, pero también en occidente cuando no pudieron afrontar los problemas laborales y el cambio tecnológico con que se compensaron. El cuadro V.4 muestra que el aumento de la oferta azucarera entre 1860-1877 se correspondió con una reducción del número de fábricas y un incremento de su producto por unidad. Para ello cultivaron más tierra, como cabía esperar de su tipo de crecimiento extensivo, y mejoraron la productividad del trabajo, lo que corrobora que mientras fue posible siguieron usando esclavos, pues la disminución del número de estos fue menor que la del área sembrada.

CUADRO V.4
INGENIOS, TRABAJADORES, TIERRA (CABALLERÍAS) PRODUCCIÓN TOTAL
Y POR UNIDAD (TONELADAS), 1860 Y 1877

	1860		Total	1877		
	Total	Por ingenio		Variación (%)	Por ingenio	Variación (%)
Ingenios	1 365		1 190	-13		
Tierra total	50 500	43,6	46 400	-8	38,8	-11
Tierra de caña	20 800	15,2	18 400	-12	15,5	2
Trabajadores	198 600	145,5	131 400	-34	110,4	-24
Esclavos	129 800	95,1	94 800	-27	79,7	-16
Producto	448 800	328,8	516 300	15	433,8	32

Fuente: Rebello 1860; DGHIC 1877, García Mora; Santamaría 2002.

Durante la guerra la oferta de azúcar siguió creciendo hasta 770.000 toneladas, techo del ingenio esclavista cubano. La escasez de trabajo, la caída de los precios y un nuevo aumento del

arancel de Estados Unidos explican su estancamiento luego, oscilando entre esa cifra y 520.000 toneladas en las décadas de 1870-1880 (cuadro V.3).

Entre 1840-1870 la presión fiscal sobre la economía cubana aumentó del 2,7 al 3,3% del ingreso, pero éste creció un 33%. La guerra agravó la situación: en 1881 dicha presión era del 6,3; se elevó un 91% y el PIB sólo un 17. La balanza de capital compensó el desajuste pues, pese al endeudamiento durante el conflicto (Roldán 1997), dejaron de importarse esclavos y entraron grandes inversiones británicas para adquirir ferrocarriles y puertos, así que su saldo, negativo y aproximadamente de un 3% del producto en los años sesenta, bajó del 1% en los ochenta. En cuanto a la balanza mercantil, fue progresivamente deficitaria con España, pero con Estados Unidos tuvo una evolución inversa gracias a la exportación de dulce.

Para acabar la guerra se acuñaron 72.000.000 de pesos en billetes que fueron difíciles de colocar y causaron inflación¹³⁸. No hay datos al respecto, pero el déficit y la concentración de la actividad de los bancos al servicio del Estado debieron afectar al crédito y a las tasas de interés. El Banco Español se usó como emisor y se creó el Hispano-Colonial para asumir las operaciones de deuda y expedir bonos por 15.000.000 de pesos con que afrontar la campaña final del conflicto (Roldán 2004; Rodrigo 2001). Y vinculados a tales problemas surgieron otros tan trascendentes como inmensurables. La deuda se avaló con la renta de aduanas, lo que dejó en manos de intereses privados decisiones sobre el principal ingreso del erario de Cuba, perjudicando además a la oligarquía criolla, ya que cuando fue preciso refinanciarla sus títulos se vendieron fuera de la isla. Sin duda ello debió lesionar los lazos entre la elite local y la metropolitana, pilar básico de la relación colonial. Y acciones como la anterior formaron parte de una política deliberada, pues como prueba Quiroz 1998, esta última fue también favorecida por el remate de los bienes embargados a los mambises.

La guerra cesó en 1878 sin que se hubieran resuelto sus causas, con la promesa de reformas políticas (equiparación de los derechos civiles de Cuba y España) y económicas, más necesaria que en 1868, pues el conflicto y el inicio de la abolición reforzaron la especialización productiva de la isla al acelerar la modernización de los ingenios, y agravaron los desequilibrios espaciales. Y a ello se unía otro factor: la oferta de azúcar de remolacha crecía en 1865-1881 del 32 al 50% de la mundial, que a su vez lo hacía un 73% impulsada por la demanda. Y el efecto para Cuba era una reducción del 80% en sus exportaciones a Europa y una mayor concentración en Estados Unidos, que llegaba al 86% (Moreno Fragnals 1878: III) cuando su arancel, aparte de elevado (3,3 centavos la libra), superaba a los precios tras la crisis de 1883-1884¹³⁹. La elite cubana se reunía en una Junta Magna y reclamaba reducir la tarifa a las importaciones norteamericanas, liberalizar el comercio con la metrópoli, racionalizar la administración y aminorar los presupuestos. Era lo que se esperaba de la paz, pero las medidas se postergaron (Roldán 2001) pues implicaban una reforma de la relación colonial tal y como se había concebido a finales del siglo XVIII.

Cuba reportaba a España rentas fiscales y un mercado protegido. Ese modelo ha sido tildado de anacrónico comparado con el británico, pero las condiciones de la metrópoli y de su isla eran muy diferentes y lo incoherente habría sido un sistema similar al inglés. Además funcionó, y tanto en términos de crecimiento económico como políticos, ya que la corona hispana mantuvo la colonia un siglo después de la independencia del resto de su imperio americano. El problema es que cuando se estableció no se podía prever que un tercer país acabaría acaparando sus exportaciones. Ese fue el principal inconveniente que se presentó y su remedio, de lograrse, relegaba a un segundo plano las demás dificultades (Santamaría; García Álvarez 2004: 234).

La inflación fue del 15% en 1864-1872. Luego se estabilizó, Santamaría 2000a; Piqueras 2003: 110.
Por el aumento de la competencia caía de 4,2 a 2,8 centavos la libra.

F. Centrales por ingenios y colonos por esclavos

Con la firma de un *modus vivendi* con España en 1884, Estados Unidos redujo su arancel azucarero un 15%. Esto acalló a la elite cubana y permitió aplazar las reformas. El presupuesto volvió al nivel de preguerra, pero con menos ingresos, y empezó a saldarse con déficits que promediaron 4.000 pesos al año. La mayor partida del gasto era la deuda (10.500.000 pesos anuales, Roldán 1997). Los hacendados reiteraron que ello afectaba al crédito en un momento en que la transformación de sus ingenios se debía al proteccionismo, pero también a los cambios tecnológicos de la Segunda Revolución Industrial, que completaron su mecanización fabril, obligaron a concentrar su oferta y en Cuba coincidieron con el fin del proceso de abolición y exigieron grandes inversiones.

La mecanización del ingenio se completó con la adopción de centrífugas para la purga, fase final de su cadena fabril. Aparte de ahorrar costes esto respondía a que la demanda requería estandarizar el producto, pues en la década de 1880 el azúcar centrifugado desplazó del mercado mundial al depurado por otros métodos¹⁴⁰. Además, por ser Estados Unidos su principal cliente y haber surgido allí una industria refinadora que desde 1887 formaba un *trust* y en 1891 lograba un arancel que favorecía la importación de azúcar crudo (96° de sacarosa), Cuba se especializó en elaborar azúcar crudo (Eichner 1969).

Conforme a la lógica de las tecnologías de proceso continuo, la parte final del ingenio fue la última mecanizada e implicó ajustes en el resto. Las innovaciones permitían economías de escala, lo que exigía optimizar la capacidad fabril. Esto y las inversiones necesarias obligaron a centralizar la oferta, ampliar el latifundio y mejorar el transporte, pues se ha señalado que la caña debe molerse tras su corte y además en Cuba es un cultivo anual, no bianual como en otras partes, pero se planta en distintos meses y retoña varias veces. Así durante la cosecha, que sólo es posible hasta que la lluvia lo impide de junio a octubre, es preciso coordinar los tiempos de siega, ya que cada cepa madura en una época diferente y rentabilizar la mayor extracción de jugo que posibilitan los adelantos fabriles requiere seleccionar las más idóneas. Por ello los nuevos centrales tuvieron que disponer de más caña en sus campos de la que iban a procesar (Dye 1998).

El otro problema que se hubo de afrontar fue laboral. García Mora; Santamaría 2002, prueban que en 1877, cuando los ingenios iniciaron su proceso de centralización, la tecnología explicaba el 40% de la variabilidad en su oferta. Sembrar un 10% más de tierra o aumentar un 10% los esclavos otro 40% a partes iguales, y contratar más chinos o asalariados un 3,2%, así que no hubo razones microeconómicas para la abolición, aunque por muchas otras sólo pudo lograrse que ésta fuese gradual. Ante la escasez de brazos causada por el cese de la trata y sin crecimiento demográfico que lo compensase (0,2% anual en 1862-1877 y 1,2% en 1877-1887) los ingenios completaron su mecanización, ampliaron sus latifundios y acapararon a los africanos, pues por mucho trabajo ahorrasen seguían precisando obreros. La prueba es que aún así su producción agregada se estancó (cuadro V.3) hasta que la inmigración les proporcionó una alternativa.

La necesidad de inmigración explica otro rasgo de la modernización de los ingenios cubanos. No sustituyeron esclavos por jornaleros, sino que implementaron cambios técnico-organizativos que centralizaron la oferta de azúcar pero descentralizaron la de caña, dejándola en manos de colonos más o menos independientes. El colonato permitió a antiguos hacendados convertirse en empresarios agrarios y era más atractivo para ex esclavos e inmigrantes que trabajar por un salario. Además los centrales pudieron transferir a los colonos parte de los altos costes laborales y del exceso de materia prima que precisaban para operar con eficiencia (Dye 1998; Santamaría; García Mora 1998).

Hasta entonces se producían hasta 16 tipos de azúcar según su grado de pureza.

CUADRO V.5
POBLACIÓN, INMIGRACIÓN ESPAÑOLA, ÍNDICES DE PRECIOS
Y DE SALARIOS REALES, 1882-1884 – 1895-1899

Años	Población (miles)		Españoles (miles)		Índices	
	Total	Crecimiento (%)	Entrada	Saldo	Precios	Salarios
1882-1884	1 540		69,8	20,8	100	100
1895-1889	1 620	5,3	93,6	30,4	96	96
1890-1894	1 798	10,8	131,8	54,0	99	106
1895-1899	1 692	-5,8	229,5	-8,0	97	

Fuente: *Estadística* 1891-1912; Santamaría 2000a.

El cuadro V.5 muestra que Cuba empezó a recibir migración en masa tras la abolición de la esclavitud (1886). Incluye la entrada de españoles además del saldo —medida aproximada de los que se quedaron—, indicador del flujo estacional requerido por la zafra. Indicador tan sólo, pues hubo otros motivos para dejar la isla y ese flujo llegó también de otras Antillas y no hay datos precisos del mismo. Además las cifras no excluyen a los soldados. De ahí su aumento durante la guerra de 1895-1898. Ambos movimientos de población proporcionaron el trabajo temporal y fijo (colonato), que al descentralizarse causó problemas en la coordinación que precisaban los centrales para ser eficientes. La solución fue comprar suelo y tender ferrocarriles industriales con el fin de lograr condiciones de monopsonio y capturar las cuasirentas inherentes a la propiedad de la tierra, de modo que los colonos dependiesen de los ingenios para transportar la caña, no pudiesen fijar el precio de la materia prima y fuesen preferiblemente arrendatarios (Guerra 1973; Dye 1998).

Por las razones citadas, entre los líderes azucareros mundiales, Cuba fue el único productor que descentralizó la oferta de caña. Además sus centrales fueron los más grandes (1.100 en 1877 producían 775.000 toneladas de azúcar; 450 en 1894 elaboraban 1.100.000, Pino 1984: 213), con más tierra y trenes propios (1.800 kilómetros en 1899, *Trocha* 2009: 16). La principal cuestión que esto plantea es cómo se financió. En la crisis de 1883-1884 quebraron muchos bancos, pero se reforzaron los vinculados al Estado y a los ingenios y ferrocarriles y se concentró aún más el crédito en la deuda pública y la actividad comercial, lo que junto a la renta extraída de la isla por España, obligó a depender cada vez más del capital exterior (Fernández 2002).

En 1890 la inversión en la industria azucarera ascendía a 50.000.000 de dólares. Como la abolición fue gradual su descapitalización en los 6.000.000 de dólares que valían sus esclavos también lo fue. Además no supuso un gasto similar en capital fijo, sino variable (caña, salarios) y la compra de máquinas, tierra y tendido ferroviario se realizó a lo largo de tres lustros. Sin embargo hubo de asumirse el coste de ajuste que implicaba coordinar todas las partes del ingenio y que se traducían, hasta que se lograba, en la subutilización durante un tiempo de la capacidad instalada (Dye 1998). Ese coste a finales de la década de 1880, cuando fue más elevado —cuando podían fabricarse 1.100.000 toneladas y sólo se ofertaban 630.000—, llegó a representar un 25% del importe medio unitario de fabricación del azúcar. A tales sumas además hay que añadir los gastos de refacción, unos 900.000 dólares cada zafra, y sus intereses: otros 80.000.

Como la tierra y el utillaje básico —un 20% de la inversión— implicaron pocos gastos al ser los centrales fruto de la concentración de antiguos ingenios, transformar la industria azucarera requirió al menos 39.000.000 de dólares. A finales del siglo XIX el capital estadounidense en Cuba superaba los 45.000.000 y el británico los 70.000.000. Al menos un tercio del primero financió desde la década de 1880 el fomento de centrales por empresas vinculadas al *sugar trust* y asociadas a firmas locales. Del segundo más de 11.000.000 se usaron en adquirir ferrocarriles. Falta saber cómo se transfirieron a los ingenios los recursos no invertidos directamente en ellos, aunque la concentración del crédito en el sector exportador permite intuirlo. Además las casas de comercio y fabricantes de maquinaria

extranjeras aportaron capital adelantando pagos por azúcares futuros y aplazando los adeudos por la tecnología que vendían¹⁴¹.

Las cifras anteriores suman un 70% del coste de la centralización de los ingenios. El resto debió llegar vía crédito e inversión. Rodrigo 2002, por ejemplo, muestra que empresarios españoles que hasta entonces habían remitido ganancias a la metrópoli invirtieron el sentido de sus transferencias.

G. Estructura sectorial de la economía especializada. Del mercado compartido al fin de la colonia

La centralización del ingenio reforzó la especialización económica y la estructura productiva complementaria del sector externo. Se ha señalado el caso del crédito. En el del ferrocarril, que pasó de 1.567 a 2.225 kilómetros entre 1880-1899 y, como la plantación, se extendió por el centro de Cuba, no se logró abrir una vía que conectase el este con el oeste de Cuba, y en occidente se iniciaron procesos de fusión de líneas de servicio público, acuciadas por la competencia entre ellas y de los trenes industriales, que surgieron para acarrear caña —carga que no interesaba a aquellas líneas por su gran volumen, poco valor y por requerir una infraestructura utilizable sólo en tiempo de cosecha—, pero que enseguida transportaron también el azúcar hasta los puertos (Santamaría 1998).

Para las fusiones ferroviarias llegó capital de Gran Bretaña, que ante la competencia de las potencias de la Segunda Revolución Industrial, se centraba entonces en el sector financiero y los servicios (Bahamonde; Cayuela 1992). En Cuba se aprovechó el espacio que dejaba en ellos el capital hispano-insular al centrarse, a su vez, en la concentración azucarera. Por ejemplo en la integración más importante de líneas de tren, que unió las empresas habaneras, participó la Casa Schoeder, el español Ramón Argüeyes y el Banco de Comercio y Almacenes Azucareros de Regla (García Álvarez 1999; Zanetti; García Álvarez 1987: 175).

El tabaco es de nuevo ejemplo de la determinación de toda la estructura productiva por el sector externo. Se había afianzado en ella como segundo rubro en las exportaciones (generaba un 8% de su valor) y su oferta agraria aumentó en paralelo a la azucarera, aunque la de sus manufacturas se redujo a partir de 1870-1879 debido a la competencia de otros productores y a que no se mecanizaron, al parecer por la oposición del emergente movimiento obrero (Le Riverend 1985: 490; Stubbs 1989: 31, cuadro 3). En 1890-1894 dicha oferta creció notablemente fruto del acuerdo con Estados Unidos y, por tanto gracias a la solución al problema del dulce. En 1891 ese país elevaba su arancel para el azúcar y la elite de Cuba se reunía en el Movimiento Económico, reclamando las mismas reformas que en 1884 (Estrade 1995). El esfuerzo de modernización de los ingenios, dado que operaban con rendimientos a escala, sólo se rentabilizaría asegurando la demanda. La política comercial norteamericana se basaba en la reciprocidad y la isla no ofrecía a las mercancías norteamericanas ventajas que compensasen un tratamiento similar para su azúcar. El tratado lo proporcionó, el arancel bajó de 1,8 a 1,4 centavos la libra y la zafra cubana pasó de 636.000 a 808.000 toneladas en 1890-1891 y a 1.111.000 en 1895, lo que redujo los costes un 25% (Santamaría; García Álvarez 2004: 35).

El tratado de 1891 permitió aplazar de nuevo las reformas coloniales. Los productos de Estados Unidos crecieron, en valor, del 20 al 35% de las importaciones de Cuba y detrimento de los británicos¹⁴², pues no se perjudicó a los españoles y la metrópoli pudo extraer más renta de su isla. El saldo de la balanza comercial a favor de España pasó de 7.500.000 a 14.000.000 de dólares al año entre 1885-1889 y 1890-1895 y las cargas fiscales de 16.000.000 a 24.000.000 de dólares, gracias al aumento del 3,3% anual del PIB per cápita respecto a 1881, pero en perjuicio de la relación colonial, pues se eludía resolver los problemas y, faltando ya la garantía de estabilidad política que fue la

Cálculos basados en datos de inversión y refacción de varios ingenios del Archivo Nacional de Cuba (Fondos Valle-Iznaga y Escribanías), Bahamonde; Cayuela 1992; Iglesias 1998; Zanetti; García Álvarez 1987; Pino 1984, y Jenks 1928.

Cayeron de 23 a 7%, Zanetti 1999: 117.

esclavitud, incluso con una mayor polarización social, debido a que con la inmigración se trató de *españolizar* Cuba, el progreso de la economía quedaba en manos de la voluntad de un tercer país. En efecto, en 1895 Estados Unidos no renovó el tratado, justo en el momento en que estallaba otra guerra de independencia, y en ese conflicto las elites ya no iban a ser tan *fieles* como en el de 1868-1878.

El tratado de 1891 reforzó la estructura económica, por lo que favoreció a las actividades que habían sobrevivido a la ventaja comparativa del azúcar, o aprovechaban sus externalidades y no competían con importaciones de España y Estados Unidos. El capital norteamericano, frente a la primacía del local y del británico en los trenes e ingenios del oeste, buscaba oportunidades en el este de Cuba y en la producción de hierro o banano¹⁴³ que, como la de tabaco, dispusieron de ferrocarriles.

A finales del siglo XIX Cuba seguía siendo un país de pequeños campesinos. Eran el 55% de sus habitantes. El número de vegas de tabaco creció de 4.500 a 8.500 en 1877-1890, y el de otras fincas y ranchos de 20.100 a 26.500 (Le Riverend 1985: 488). Aunque perjudicadas por la importación de alimentos (40% del valor de las compras insulares en el exterior), que el ferrocarril distribuía por el territorio, la concentración de recursos en los ingenios y la elevación del salario real debido a la abolición y a la necesidad de atraer inmigración (cuadro V.5), su producto aumentó un 2,2% anual entre 1881 y 1890-1895, más que la población (1,4), favorecido por la urbanización¹⁴⁴ y las ventajas para exportar fruta y verdura a Estados Unidos que otorgó el tratado de 1891 (Santamaría; García Álvarez 2004: 263).

Idénticos factores favorecieron a finales del siglo XIX el desarrollo en Cuba, como en otros países americanos, de una industria para abastecer el mercado interno. La Ley de Sociedades española de 1869 facilitó su organización moderna y que, además de crecer, se concentrase y perdiese parte de su carácter artesanal. Dicha industria daba empleo al 15% de la población activa, generaba un 15% del PIB y especializó su oferta en la provisión de servicios urbanos (electricidad, combustible) y en la producción de bienes básicos de consumo. Tabaco y licores generaban el 50% de esa oferta, y textiles y cueros, metales y maderas y alimentos otro 40% en partes iguales (Marqués 2006).

En suma, la oferta menos vinculada a las exportaciones creció en Cuba en términos absolutos, pero en 1895 generaba un tercio del PIB, igual que en 1840. Los datos sobre inversiones corroboran la afirmación. Hacia 1830 las llamadas *industrias menores* acaparaban un 40% de las mismas, cifra que se redujo al 30 una década después y apenas varió el resto del siglo XIX (Goizueta-Mimo 1974: 132).

Otro rasgo que se reforzó a finales del siglo XIX fueron las diferencias entre el desarrollo del oriente y el occidente de Cuba, que no se redujeron hasta la extensión de los ingenios y ferrocarriles por el este, siguiente paso en la expansión de la industria azucarera, pero que habría de esperar a la independencia. Antes, asegurado el mercado, su PIB real per cápita crecía un 3,3%, más que la media mundial (2,7) o latinoamericana (gráfico V.1), más que el británico (2,1) o el francés (0,7), y como el de Alemania (3,2) o Estados Unidos (4,3), los líderes de la Segunda Revolución Industrial (Maddison 1986), pero mantener esas tasas hubiese requerido voluntad del gobierno norteamericano para que la isla siguiese siendo de España, aun en el supuesto de que se hubiese reformado la relación colonial.

H. Guerra y ocupación. Costes y beneficios de la independencia

La guerra duró cinco años y fue devastadora (cuadros 3 y 5; Iglesias 2005). Ninguna parte se había impuesto cuando Estados Unidos ocupó Cuba en 1898. Su gobierno no modificó la estructura productiva, la viabilizó, completó la liberalización de la tierra, favoreció el movimiento de capital y el tendido ferroviario, lo que junto a la desaparición de muchas actividades y la entrada de inversiones que se centraron en construir ingenios y trenes en el este, reforzaron la especialización de la economía

La producción de hierro creció de 24 a 335.000 toneladas y la de plátanos de 5.000.000 a 7.000.000 racimos entre 1880-1884 y 1890-1894, Moyano; Fernández 1998; García Álvarez 2008.

La tasa de urbanización pasó del 30 al 40% entre 1881-1899. Según Luzón 1989, esto se debió a la estructura demográfica creada por la producción azucarera y su demanda de trabajo temporal y de servicios.

insular. El Tratado de Reciprocidad firmado al acabar la ocupación, en 1902, similar al de 1891, aseguró el mercado azucarero que ésta requería y, en comunión con el protectorado impuesto por la Enmienda Platt, vincularon económica y políticamente la isla a Estados Unidos.

Santamaría 2003b, estima el coste de la independencia en un 20% del PIB per cápita. Si se hubiese podido reformar la relación colonial, evitar la guerra, prorrogar el tratado con Estados Unidos, asegurar importaciones más baratas y condiciones para la entrada de capital, y extender el tren y los ingenios por el este de Cuba, habría sido un 30% mayor a finales del siglo XIX y un 7-8% al inicio del XX. Hay que sumar dos porcentajes similares al último correspondientes a lo que estaba creciendo la economía y al valor de la renta extraída por la metrópoli. Eliminar la protección a las exportaciones españolas, en cambio, sólo habría supuesto un 1%, pues después de 1898, por su competitividad o adecuación al gusto del consumidor, sobre todo de la inmigración que siguió llegado de España, mantuvieron una cuota del 10% del mercado insular, frente al 35 que tenían antes (Zanetti 2009).

Aunque decrecieron a finales del siglo XIX, los precios siguieron altos en relación a los del azúcar (cuadro V.5), lo que mermó un 70% el poder de compra del dulce. Por la dependencia que Cuba tenía de la importación de bienes básicos, si los precios hubiesen disminuido igual que los de Estados Unidos, el PIB habría sido un 2-3% mayor. Tras la independencia se redujeron un 35% gracias a la apertura del mercado a las exportaciones norteamericanas.

El salario real creció un 8% entre 1894 y 1913 debido a la escasez de trabajo, agravada por el impacto demográfico de la guerra, y a la necesidad de atraer inmigrantes (cuadro V.7). Su coste y la exportación de capital en concepto de las remesas que éstos enviaban a sus países de origen y del retorno de inversiones, empero, deben considerarse como retribución de factores productivos no disponibles internamente y con efecto económico positivo.

El acuerdo con Estados Unidos abarató las importaciones, optimizó la ventaja comparativa del azúcar y tuvo efectos positivos a medio plazo, hasta el fin del ciclo alcista exportador (Santamaría 2002). Éstos se compensaron luego con el aumento de la vulnerabilidad de la economía que implicó reforzar su especialización (vulnerabilidad frente a las oscilaciones del comercio, los precios y los flujos de capital internacional). Sin embargo el tratado no se firmó hasta que hubo en Cuba un gobierno soberano que lo ratificase y sólo entró en vigor en 1903, lo que causó un retraso en la recuperación de su crecimiento que se cifra en un 8% del PIB.

En síntesis, según los supuestos anteriores, el PIB real per cápita de Cuba podría haber sido 2.520 dólares a finales del siglo XIX y 3.070 en 1903, un 33% mayor, aunque se hubiese ralentizado su incremento ulterior, que en 1903-1905 fue del 25% y llegó a 2.890 dólares (cuadro V.7). En términos comparados su crecimiento decimonónico fue similar al de los países nuevos, aunque más sostenido debido a su temprana expansión exportadora, pero después de 1900 reforzó la tendencia *stop & go* típica de las economías especializadas de América Latina (Santamaría 2003b).

I. Recuperación y crecimiento *stop & go*

La recuperación económica se retrasó hasta que la oferta de azúcar recobró el 1.100.000 toneladas de 1894, tras reducir el tratado de 1902 el arancel de Estados Unidos de 1,69 a 1,33 centavos la libra (cuadro V.6) y estabilizarse el precio en más de 2,5 centavos (en 1902 había bajado de 2). Entonces estaba construido el ferrocarril que unía el oriente con el occidente de Cuba y la producción de dulce del este crecía del 10 al 20% del total nacional.

Frente a la escasez de trabajo el gobierno de Estados Unidos autorizó la inmigración de caribeños durante la zafra y fomentó que continuase la de españoles¹⁴⁵. A esto contribuyó que la guerra

Usó la autorización para la inmigración de antillanos como arma para que la Cámara Constituyente cubana aceptase la Enmienda Platt y negoció con los representantes de la migración española para que mantuviesen sus negocios en Cuba, García Álvarez; Planos 1995: 106; Echevarría 2002.

se había planteado contra la dependencia colonial, no contra ellos, sus lazos con los criollos y su peso demográfico y en sectores clave de la sociedad y economía de Cuba (Naranjo; García Álvarez 1998). Así llegaron a la isla 24.000 personas anuales en 1900-1906, aunque 8.400 se marcharon, indicador aproximado el flujo estacional que requería la cosecha cañera (Naranjo 1984; Maluquer 1992).

En 1913 había en Cuba un 20% más de tierra en explotación que en 1895, aunque un 25% permanecía ocioso. Los ferrocarriles azucareros sumaban 4.600 kilómetros y los públicos 3.300 con la construcción, respectivamente, de 2.800 y 1.000 nuevos, el 60% de ellos en el este. El volumen de carga y los ingresos por kilómetro de los segundos crecía de 2.500 a 3.600 toneladas y de 3.800 a 4.100 dólares. Tres empresas británicas siguieron concentrando la propiedad de la red occidental y la Cuba Co., que construyó la línea oriental y operaba 730 kilómetros, continuó tendiendo vías e integrando antiguas compañías que ya operaban en el este (Zanetti; García Álvarez 1976).

A los bancos creados en el siglo XIX se unieron otros extranjeros y criollos (Morgan, Royal Bank of Canada, Nacional), cuyo movimiento de capital representaba en 1913 un 35% del PIB. El tipo de interés bajó del 10% de 1894 al 5-6%, pero el crédito siguió concentrado en el sector externo (Wallich 1950). Tales recursos y la inversión foránea y pública financiaron la reconstrucción de Cuba y el crecimiento. Speyer & Co. prestó al Estado 51.000.000 de dólares entre 1904-1909, y aunque por la buena marcha de la economía y la Enmienda Platt —que ponía cota al gasto y endeudamiento—, los presupuestos fueron moderados y se saldaron con superávit¹⁴⁶, un 25% se destinó a obras públicas y otro 25% a educación. La carga impositiva, además, se mantuvo en un 5,5% del PIB, pero los ingresos dependían en un 80% de la renta de aduanas (IHC 1998: 406).

La inversión extranjera en Cuba se cuadruplicó entre 1895-1914. Ascendía a 440.000.000 de dólares repartidos por igual entre capital británico y norteamericano. El primero se concentraba en ferrocarriles (60%) y valores públicos (25%), y el segundo en centrales (25%), deuda (15%) y trenes, minas y obra civil (35%) [Jenks 1929]. El retorno de capital (incluidas las remesas de la inmigración y la deuda) representó un 6-7% del PIB (Santamaría 2000b), aunque se compensó con un superávit¹⁴⁷ comerciales crecientes y términos de intercambio favorables¹⁴⁷. Esto confirma el efecto positivo que tuvo a medio plazo del Tratado de Reciprocidad, pese a que el valor de los productos procedentes de Estados Unidos en las compras cubanas en el exterior aumentase del 42 al 54% (IHC 1998: 64), a que se mantuviesen la concentración de las ventas de azúcar en ese país y la dependencia alimentaria de las importaciones (cuadro V.7), y a que se elevaran los porcentajes que la renta del sector externo suponía en el PIB y que el ingreso del dulce representaba en las exportaciones (del 48 al 68% y del 50 al 71% entre 1900-1904 y 1910-1914). Ese incremento fue a costa del tabaco, que aumentó su participación en ellas hasta el 39% al inicio del siglo XX para disminuir al 20% una década después, con un estancamiento de su producto, no obstante su oferta agrícola crecía de 17.000 a 35.000 toneladas (Stubbs 1989). El resto de las mercancías redujeron su pequeña participación en el comercio del 11 al 9%.

Tras la recuperación de la guerra el producto de los sectores menos vinculados con el externo creció igual que la economía y se mantuvo en un 20% del PIB (Santamaría 2000b). El vínculo comercial con Estados Unidos y el tratado de 1902 favorecieron a algunos de ellos. La exportación de fruta aumentó en valor de 730.000 a 2.530.000 dólares en la década de 1910 (Fernández 2005: 62) y la de plátanos pasó de 800.000 a 2.600.000 racimos, aunque sufrió la expansión de la caña. En la rada de Nipe, por la que se extendió su cultivo en el siglo XIX, se estableció en 1898 la United Fruit y empezó a producir azúcar (Zanetti; García Álvarez 1977)¹⁴⁸.

La industria también reforzó la complementariedad de su crecimiento y tipo de oferta respecto al sector externo. Como a finales del siglo XIX, en la década de 1910 daba empleo a una sexta parte de la población activa, al 60% en los sectores tabaquero, textil y del metal y madera, y al 20% en el alimenticio y la construcción. Se mantuvo también la minería del hierro en el este (Marqués 2002; *Censo* 1907).

En 1903 el presupuesto fue de 18.000.000 de pesos, un 4,5% de PIB. Hasta 1913 creció un 40%, pero la renta nominal aumentó en un 100%.

Considerando 1900-1904=100, en los quinquenios siguientes fueron 115 y 125, Zanetti 1998: 190.

El número de reses también creció de 690.000 a 3.140.000 en 1901-1913, *Estadísticas* 1919.

La oferta de azúcar volvía al nivel de 1894 con el tratado de 1902 y lo duplicaba una década después (2.515.000 toneladas en 1913). Sólo operaban ya centrales —los últimos ingenios cerraron durante la guerra—, pero los 170 activos cada año, tras el ajuste inherente a su remodelación o apertura después de 1898, sobre todo en el este de Cuba, y una vez la inmigración garantizó el trabajo, aumentaron su producto por unidad de 8.000 a 15.000 toneladas, mejoraron su rendimiento un 30% y sus costes de 1,65 a 1,34 centavos la libra, con precios, además, levemente al alza (cuadro V.6).

CUADRO V.6
OFERTA DE AZÚCAR (MILES DE TONELADAS), RENDIMIENTO, PRECIO
Y ARANCEL DE ESTADOS UNIDOS (CENTAVOS POR LIBRA), 1900-1905– 1950-1959
(Medias quinquenales)

Años	Oferta	Crecimiento (%)	Rendimiento ^a	Precio	Arancel Estad
1900-1904	789,4	85	9,8	2,30	1,55
1905-1909	1 301,0	65	10,3	2,44	1,35
1910-1914	2 081,8	60	11,1	2,59	1,21
1915-1919	3 348,2	61	10,9	4,32	1,00
1920-1924	4 045,6	21	11,5	5,35	1,58
1925-1929	4 946,0	22	11,8	2,22	1,76
1930-1934	3 048,2	-38	11,9	1,04	1,90
1935-1939	2 866,4	-6	12,5	1,61	0,90
1940-1944	3 238,0	13	12,6	2,12	0,84
1945-1949	5 003,2	55	12,6	5,35	0,65
1950-1954	6 184,6	24	13,1	5,09	0,50
1955-1959	5 409,6	-13	12,9	5,00	0,50

Fuente: AAC 1959.

^a El rendimiento se mide en arrobas de azúcar producidas por cada 100 arrobas de caña molida, ajustado a 96° de polarización (contenido en sacarosa del azúcar).

El crecimiento impulsado por el azúcar fue discontinuo. La oferta interna carecía de capacidad para compensar las crisis en las exportaciones, que además no solían acompañarse de una reducción proporcional en la factura de las importaciones de bienes, capital y trabajo, no obstante la disminución del salario real (cuadro V.7). A ello se añadió el efecto de la inestabilidad política. En 1906-1909 Estados Unidos volvía a intervenir en Cuba en respuesta a un alzamiento liberal y en 1912 se sofocaba otro de la población de color insatisfecha por las desigualdades. Y así se alternaron años de depresión (1905-1907, 1909-1911) y bonanza (1907-1909, 1911-1913) como corresponde al patrón *stop & go* de crecimiento, aunque con saldo positivo. En 1901-1913 el PIB real per cápita aumentó un 95% y en 1903-1913 un 18; se incrementó la natalidad y el consumo de carne, y se redujo la mortandad o el número de habitantes por médico (Ibarra 1992: 333). En América Latina, con un tipo de crecimiento similar, sólo Argentina y Uruguay superaban a Cuba en renta por persona (gráfico V.1), no obstante la peculiaridad económica de la isla, y que además explica su posterior evolución. La Gran Antilla, por su nivel de ingreso, tasa urbanización, esperanza de vida o inversión extranjera estaba entre las más economías avanzadas de la región, pero igual posición ocupaba entre las más atrasadas en indicadores como el valor del comercio exterior en el PIB o su concentración en un sólo producto y un sólo mercado (Santamaría 2003a).

J. El azúcar en guerra o la alteración de las bases del crecimiento económico cubano

La guerra mundial reforzó la especialización de la economía de Cuba como otros sucesos anteriores, pero de modo tal que alteró las bases en que se había asentado su crecimiento y el de su oferta azucarera, su joven Estado y sus vínculos con Estados Unidos. Además en su transcurso hubo dos fases muy diferentes: entre 1914-1916, antes de que ese país se declarase hostil a Alemania en 1917, el PIB real per cápita cubano aumentó un 11,7% anual, pero a partir de entonces disminuyó, y si consideramos todo el período bélico, 1914-1919, la renta se redujo un 3,9% al año (Santamaría 2000b).

La oferta de azúcar de Cuba crecía en 1913 más que la demanda de Estados Unidos, pero la guerra evitó tener que moderarla o buscar otros clientes y obligó a seguir expandiéndola. La producción europea de dulce disminuía un 61% entre 1913-1919, lo que permitió a la Gran Antilla elevar la suya un 66% (cuadro V.6), y lo hizo como en épocas previas: aumentando la cantidad de tierra (de 1.400.000 a 2.700.000 hectáreas), los kilómetros de ferrocarril de los centrales (de 4.600 a 10.300), y su producto por unidad (de 14.500 a 21.500 toneladas) más que el número de ingenios¹⁴⁹.

La inmigración siguió aportando el trabajo. Entre 1910-1914 arribaban a Cuba 37.000 personas al año; en 1915-1919 llegaban 51.000, y lo que más aumentó fue el flujo estacional (de 13.000 a 18.200 personas), vinculado a la cosecha azucarera. Gracias a ello la población creció un 19,4%, se equilibró su distribución espacial¹⁵⁰ y, junto con una inflación del 46%, se abarató el salario real un 30% (*Población 1977*: 72; Santamaría 2000b; cuadro 7).

¹⁴⁹ Debido a los costes de ajuste técnicos, los 34 centrales fundados durante la guerra producían en 1919 el 25% del azúcar insular, aunque tenían capacidad para fabricar el 35%. El 74% de esos ingenios, además, se establecieron en la mitad este del país, cuyo porcentaje en la zafra total de la nación pasó del 30 al 44%, Santamaría 2000: 37.

¹⁵⁰ En 1899 vivían en el este el 12% de los cubanos; en 1919 el 30% gracias al aumento de la oferta azucarera.

CUADRO V.7
INDICADORES BÁSICOS DE LA ECONOMÍA CUBANA, 1900-1905 – 1950-1959
(Medias quinquenales)

Años	Población (miles)	Crecimiento (%)	PIB per cápita (dólares)	Crecimiento (%)	Índices		Exportaciones (millones de dólares)			Importaciones (millones de dólares)		
					Precios	Salarios reales	Total	Azúcar (%)	A Estados Unidos (%)	Total	Alimentos (%)	De Estados Unidos (%)
1900- 1904	1 775	0,3	2 017	1,6	100	100	68,8	50	76	66,9	36	42
1905- 1909	2 191	4,7	2 472	4,5	108	102	107,7	61	86	94,8	36	49
1910- 1914	2 583	3,6	2 521	0,4	131	82	157,1	71	84	119,7	38	54
1915- 1919	3 085	3,9	2 422	-0,8	208	61	379,2	85	76	252,9	37	71
1920- 1924	3 373	4,2	2 226	-1,6	217	67	450,7	88	82	330,7	37	70
1925- 1929	4 245	2,3	2 041	-1,7	164	83	306,3	83	77	248,9	38	61
1930- 1934	4 531	1,3	1 697	-3,4	120	86	111,8	73	72	81,9	34	56
1935- 1939	4 681	0,7	2 226	6,2	120	85	151,9	80	78	108,1	27	67
1940- 1944	4 489	0,9	2 548	2,9	156	78	261,2	78	86	154,0	30	81
1945- 1949	5 445	1,4	2 349	-1,5	280	102	581,1	83	67	407,6	32	81
1950- 1954	5 737	1,9	2 804	3,9	293	113	646,5	85	59	550,2	32	76
1955- 1959	6 387	2,3	2 927	0,9	288	110	682,6	80	64	693,2	21	74

Fuente: para la población y el PIB Santamaría 2000b; para los precios y salarios Santamaría 2000a y Zanetti; García Álvarez 1977; y para el comercio Zanetti 1989.
Nota: Dólares internacionales constantes Gary-Khamis.

La mayor alteración que causó la guerra fue financiera. Las inversiones de Estados Unidos en Cuba crecían un 460% entre 1913-1919, y sólo en la industria de la caña un 1.200% (Jenks 1928). La oferta de los centrales azucareros norteamericanos pasaba del 38 al 70% de la zafra. Antes del conflicto, además, esos ingenios eran propiedad de refinadoras o comercializadoras de dulce asociadas normalmente con capitales locales. Después del conflicto, el desembolso necesario para aumentar rápidamente la producción rebasó la capacidad de autofinanciamiento del sector y de los créditos refaccionarios y requirió acudir a los bancos. Morgan, Royal Bank, Chase Bank o City Bank y los criollos Banco Español o Banco Nacional, invirtieron y prestaron grandes sumas para fomentar ingenios y ampliar los existentes.

La economía se bancarizó. Préstamos y depósitos sumados superaban el 75% del PIB en 1918 (Wallich 1953: 68), el crédito siguió concentrado en el sector externo y para acceder mejor a él los centrales azucareros se reorganizaron y concentraron. Los pertenecientes a firmas dueñas de más de un ingenio pasaron del 38 al 46% en 1913-1919 y los inscritos como sociedades anónimas del 45 al 65%. Símbolo de ese proceso fue la Cuba Cane Co., creada en 1915 por el español Manuel Rionda, asociado a capital hispano-cubano, a Morgan o al City Bank. Fue la mayor azucarera del orbe y no fomentó centrales: compró 17, con 110.000 hectáreas de tierra y 600 kilómetros de ferrocarril, a los que añadió luego 140.000 hectáreas y 1.200 kilómetros, para aumentar un 123% su capacidad y elaborar en 1919 el 14% de la zafra insular¹⁵¹.

Al endeudamiento y sobrecapitalización de los centrales durante la guerra se unió el coste de ajuste asociado al aumento de su capacidad. Como además usaron más trabajo y dedicaron más tiempo a la zafra (un 8% de días más), el rendimiento cayó un 2% y el coste creció de 1,34 a 3 centavos la libra; un 120%, cuando el precio lo hizo un 67% (Santamaría 2002: 463, cuadro 6).

En 1917 Estados Unidos declaró la guerra a Alemania. A petición de los Aliados, también empezó a regular el mercado del azúcar, a fijar sus precios y a comprar toda la zafra cubana (cuadro V.6). Los bienes básicos se encarecieron en la isla y la renta per cápita cayó un 29%, lo que causó graves conflictos (Dumoulin 1980). Para afrontar la situación el Estado obtuvo un préstamo 37.000.000 de dólares de Morgan, quien ya le había concedido 15.000.00 entre 1914-1915. Además elevó la carga fiscal (un 100% entre 1913-1919), el gasto (un 115%) y la deuda interna¹⁵² y el malestar social fue *in crescendo*. La razón de la crisis fue la balanza de capital, cuyo saldo negativo pasó del 5 al 12% del PIB entre 1910-1914 y 1915-1919 y distrajo el 60% del superávit comercial, que aumentó de 37.000.000 a 127.000.000 de dólares, gracias a términos de intercambio positivos y a que las exportaciones crecieron más que las importaciones. También se incrementó el peso del azúcar, de los alimentos y de las mercancías norteamericanas en el comercio exterior (Rodríguez 1990, cuadro 7).

En otros países americanos la guerra contrajo las importaciones y el flujo de capital y favoreció a la oferta interna. En Cuba el vínculo con el mercado de Estados Unidos evitó que esto pasara y la industria azucarera acaparó más recursos, lo que afectó a otras actividades económicas y agravó la crisis. La producción de tabaco creció un 14% en 1913-1919, pero hasta 1917 disminuyó y su porcentaje en las exportaciones cayó del 20 al 9%. El de otros bienes agrarios lo hizo del 9 al 6%, y en relación con el PIB del 12 al 6%, mientras el de las manufacturas se mantuvo en un 12% (Marqués 2002; Santamaría 2000b, cuadro 7). Sólo aumentó en 100.000 el número de reses y la venta de plátanos en el exterior se redujo a la mitad (García Álvarez 2008: 180).

Muchas compañías otras siguieron su ejemplo. El capital bancario respaldó la creación de la Punta Alegre Sugar Co. (2 centrales en 1919); Cuban-Dominican Sugar Co. (2), Antilla Sugar Co. (2), Sugar Plantations Operating Co. (5), Camagüey Sugar Co. (2) o Hersey Co. (2), varias de ellas con ingenios en Puerto Rico y Santo Domingo, además de en Cuba. Menos crédito precisaron las grandes firmas hispano-insulares y de Estados Unidos que ya operaban en Cuba: la Cuban Trading Co. de Rionda (6 centrales), Cuba Co. (2), United Fruit Co. (2), Cuban American Sugar Co. (6), Guantánamo Sugar Co. (2), Central Cuba Sugar Co. (4), las sociedades de las familias Gómez-Mena (3), Castaño (3), Azpurú (2) o de Edwin Atkins (2), aunque no así las de Domingo León (4), Florentino Almeida (4), José López Rodríguez (2) o de las familias Laborde (2), Lezama (4), González Abreu (4) o Terry (2). Pino 1984; Ayala 1999; Santamaría 2002: 37, 420. Aumentó de 10.000.000 a 34.000.000 de dólares, IHC 1998: 407.

En suma, como otros sucesos anteriores, la guerra reforzó la especialización de la economía de Cuba. Frente a ellos, empero, el beneficio de aumentar la cosecha azucarera no compensó el coste, lo que fortaleció los rasgos que diferenciaban a las isla de las economías más desarrolladas en América Latina (grado de monoproducción, concentración del comercio en una sola exportación y un solo mercado) y, además, sobrecapitalizó su principal industria, endeudó al país, perjudicó a la oferta interna y redujo las opciones para afrontar futuras crisis.

K. De la *danza de los millones a las vacas flacas*. Ajuste al alza de la oferta azucarera cubana y fin de su ciclo alcista

Al acabar la guerra Estados Unidos dejó de regular el mercado del azúcar. La impresión de escasez que esto provocó encareció el precio de 6 a 12 centavos la libra promedio en 1919-1920, pero la impresión era falsa y a la *danza de los millones* siguió una deflación que dejó las cotizaciones en 3,1 centavos. La crisis de 1920-1921, mundial y fruto del ajuste postbélico, fue para Cuba sintomática de los problemas acumulados por su economía, pero a la vez provocaría su agravamiento.

El precio del azúcar volvió luego a crecer, pues la crisis renana frenó la recuperación de la oferta europea y una plaga de mosaico el aumento de la caribeña. El problema fue que con 3,1 centavos por libra de 1921 no podían pagarse los créditos contratados por futuros y pignorados a 10 centavos. Esto causó la quiebra de los bancos que carecían de respaldo de matrices extranjeras (Nacional, Español), de quienes especularon en el mercado del dulce durante la guerra y la *danza de los millones* y de muchos pequeños inversores y ahorradores. El efecto puede valorarse considerando el referido grado de bancarización que había alcanzado la economía cubana. El Estado dictó una moratoria, pero la retiró enseguida, pues suponía congelar el pago de las nóminas, hubo amenazas de huelga, y Morgan lo exigió como condición para concederle un préstamo de 50.000.000 de dólares con que afrontar la crisis (Santamaría 2002: 177).

Las causas de la crisis de 1920-1921 fueron las mismas que provocarían la de 1930, aunque en la principios de los años veinte no se contrajeron las exportaciones y el flujo de capital. Por esa razón la economía de Cuba inició una fase de oscilaciones aderezada de decisiones empresariales que agravaron sus problemas, debido a que poder financiarlos evitó resolverlos. Fruto de la crisis un 25% de los centrales cambiaron de dueño, 5 empresas adquirieron 25 ingenios y los bancos controlaron los consejos directivos de las mayores compañías¹⁵³, completando el desplazamiento del capital azucarero tradicional iniciado durante la guerra. Además, con el City Bank y las firmas refinadoras de Estados Unidos a la cabeza, se apostó por aumentar las exportaciones de dulce para eliminar competencia, cuando los remolacheros de ese país habían pedido su reducción para no presionar por un incremento del arancel norteamericano, que en 1921 se elevaba de 1 a 1,6 centavos la libra y en 1922 a 1,76. Así la estrategia de *dumping*, aparte de fracasar, sobrecapitalizó aún más a los centrales insulares y evitó el ajuste de su oferta. Santamaría 2002, prueba que *salvar* a los quebraron en 1921 fue la razón por la que ésta siguió creciendo, a pesar de la saturación del mercado, y hasta superar en 1925 la producción de 1919 en 1.200.000 toneladas, en un momento en que la de Europa iniciaba su recuperación definitiva, lo que causó una crisis de precios que se considera el fin del ciclo alcista azucarero (cuadro V.6).

El propio City Bank reconocía que la decisión de seguir invirtiendo en azúcar se basó en previsiones erróneas de mercado (Cleveland; Huertas *et al.* 1985: 106), pero una vez tomada había que minimizar pérdidas. Los costes de ajuste técnicos implicaban que los centrales fundados o modernizados desde la guerra produjesen menos de lo que permitía su capacidad y, por tanto, con rendimientos económicos inferiores a sus posibilidades. Eran los que había contratado más crédito y

El City Bank creó la General Sugar Estates Inc. para gestionar 17 centrales que acabaron en sus manos al no poder sus dueños devolver los créditos que les había concedido la entidad financiera. En conjunto sus ingenios producían en 1925 el 25% del azúcar cubano, pues además, junto al Chase Banks, controló los consejos directivos de grandes empresas como la Cuban-Dominican o la Punta Alegre, que también adquirieron nuevas fábricas, Pino 1984.

sufrieron más la crisis de 1920-1921 y evitar su cierre obligó a desarrollar esa capacidad para que fuesen eficientes. Santamaría 2002, prueba que fueron esos ingenios los que más aumentaron su oferta y que con ello la industria azucarera cubana volvió a ser la más rentable del orbe¹⁵⁴.

El aumento de la oferta azucarera cubana se realizó en un solo año: de 4.000.000 de toneladas promedio en 1919-1924 a 5.386.000 en 1925. La razón es que entonces se sabía que la recuperación de la europea obligaría a cambiar de estrategia, a reducir las siguientes zafras y a lograr un acuerdo internacional. La reducción se fijaría según la producción de los centrales y los que operaban por debajo de su capacidad debían dejar de hacerlo para no ser perjudicados. En efecto, en 1927 se limitaba un 10% la oferta de cada uno, pero nada se consiguió (continuó bajando el precio, no prosperó el citado acuerdo y Estados Unidos no redujo su arancel, pues las exportaciones a ese país no se recortaron) y en 1929 se eliminó la medida. Para la economía la consecuencia fue más especialización y a mayor coste. Los ingenios ganaron competitividad, su número pasó de 198 a 177 en 1919-1929, su oferta por unidad creció un 44%, y como las nuevas tecnologías ahorraban trabajo y tiempo, los días de molienda disminuyeron de 132 a 92 y el azúcar elaborado por fábrica y jornada aumentó un 113%. Para ello emplearon un 13% más de tierra, tendieron otros 2.000 kilómetros de ferrocarriles industriales, alcanzando sus líneas 12.500 kilómetros, invirtieron 30.000.000 de dólares, y mejoraron el rendimiento un 11% y el coste un 13%. El problema es que la contracción de la demanda, la caída de precios (un 60% desde 1914-1919) y el incremento del arancel estadounidense, evitaron que ello se tradujese en crecimiento económico (cuadro V.6), ya que, además, la concentración de recursos en la plantación azucarera afectó al resto de las actividades. La producción de tabaco se redujo un 24% en 1919-1929, la exportación de torcido y cigarrillos un 20 y 31%, la cabaña vacuna se estancó y la participación en el PIB del ingreso de los sectores menos vinculados con el comercio exterior sólo se elevó del 20 al 31% (IHC 1998; Santamaría 2000b, 2002).

Efecto positivo de la especialización fue un mayor equilibrio territorial. En el este vivían en 1919 el 33% de los cubanos; en 1931 el 37%, pero su economía se vinculó aun más a la oferta de azúcar, que pasó del 45 al 65% del total insular. Además acaparó el 80% de los 450 kilómetros nuevos de tren que se construyeron y que comunicaron su región norte. Con ellos la red nacional de ferrocarriles de servicio público superó los 5.100 kilómetros, pero a pesar de que se completó entonces su concentración en dos empresas —una en el este y otra en el oeste— éstas también sufrieron dificultades. Sus ingresos por kilómetro disminuyeron un 18% (Zanetti; García Álvarez 1987: 267).

La población siguió creciendo con aporte migratorio, pues Cuba continuó careciendo de trabajo suficiente para las grandes zafras de 1919-1930. Llegaron 21.000 personas al año para laborar en ellas y 250.000 se afincaron en la isla. Mejoró la alfabetización, la mortandad o la esperanza de vida, pero los indicadores vinculados al consumo no superaron el nivel de la década de 1910 y el salario real se redujo un 15%, a pesar de que repuntó en 1925-1929 gracias a una deflación del 24%. Junto a la desestabilización del sistema socio-político y de las relaciones con Estados Unidos, debido al aumento del arancel azucarero norteamericano, esto agravó los conflictos sociales, ante lo cual la oligarquía formó un frente, liderado por Gerardo Machado, y ganó las elecciones de 1925. Su gobierno fue quien limitó la zafra en 1927-1928 y repartió el recorte entre los centrales para proteger a los más pequeños. También elevó el gasto de 60.000.000 a 80.000.000 de pesos, aunque el ingreso se estancaba en 85.000.000, e inició un plan de obras públicas destinado a tender una carretera que cruzase Cuba. Además, para presionar a Estados Unidos a negociar un nuevo tratado, dispuso una tímida reforma arancelaria¹⁵⁵. El superávit comercial se redujo de 112.000.000 de dólares a 56.000.000 entre 1919-1929, los términos de intercambio empeoraron un 40% y no se logró aminorar el peso de los alimentos en las importaciones, aunque sí contribuir a abaratar el coste de la vida y a mejorar los sueldos (Marqués 1989, cuadro 7).

En años previos la industria azucarera javanesa había operado con menos costes, Dye 1998: 42.

La medida agravó la pérdida de mercado en Cuba para las exportaciones de Estados Unidos, que había comenzado en 1920-1924 (cuadro V.7).

Disponer de capital evitó que la situación económica llegase a ser crítica. Tras descender en 1921, la renta per cápita volvió a crecer. En 1924 era un 15% mayor que en 1920, pero en 1929 sufría una caída similar (cuadro V.7). El gobierno obtuvo del Chase Bank y de Morgan 189.000.000 de dólares en 1926-1929 para costear su política. A pesar del aumento de la deuda, al reducirse los beneficios empresariales, la exportación de capital pasó del 14 al 8% del PIB entre 1919-1924 y 1925-1929 (Santamaría 2000b), llegó inversión foránea para rescatar a los bancos extranjeros, elevar la oferta de dulce y tender y fusionar ferrocarriles¹⁵⁶, y después de disminuir de 316.000.000 a 80.000.000 en 1920-1921, los depósitos y préstamos bancarios en 1929 superaban 240.000.000 de dólares, aunque el crédito siguió concentrado en el sector externo. Fruto de ello, sin embargo, al estallar la crisis de 1930 la economía de Cuba dependía del azúcar como nunca en su historia, y ahora también del capital financiero exterior, con el que había intentado, y sin éxito, compensar la crisis de ese producto, animar la oferta interna, frenar el desempleo y el deterioro del nivel de vida y aliviar la conflictividad social. El uso de violencia contra ella por parte del Estado y la creación del bloque oligárquico, además, radicalizaron el descontento y limitaron los cauces para su expresión institucional, lo que se agravó con una reforma constitucional en 1928 para prorrogar el mandato de Machado (López Segrera 1980).

L. La crisis de 1930 o cómo y porqué mantuvo Cuba su especialización azucarera

Cuba fue el país americano más afectado por la crisis de 1930. Con la depresión, a la caída de precios del dulce desde 1925, se sumó la de sus de las exportaciones y el colapso del flujo de capital con que se habían afrontado las dificultades. Maddison 1988, dice que la magnitud del *shock* se debió a la vinculación de la economía insular con la de Estados Unidos. El dólar, cuya circulación permitía el tratado de 1902, y la concentración de recursos en el azúcar, impidió afrontarlo con depreciación, control cambiario y diversificación productiva, como hicieron otras naciones (gráfico V.4). Esa tesis, empero, resulta de extrapolar situaciones ajenas y sus remedios, pues no fueron tales factores lo más grave para Cuba, sino el nuevo aumento del arancel azucarero norteamericano, hasta 2 centavos la libra, en 1930. Las exportaciones se redujeron por la contracción de la demanda, pero también como política deliberada para conseguir la reducción de ese arancel. El PIB per cápita cayó un 13 y un 32% en 1931 y 1932 y sólo creció un 4 y un 9% en 1933 y 1934. Si el flujo de capital se hubiese mantenido en el nivel de 1925-1929 éste habría sido un 3-4% mayor. El impacto, en cambio, de la tarifa azucarera de Estados Unidos y de la pérdida de su mercado para el dulce insular se cifra en un 5% de la renta en 1930-1931; un 7% en 1932 y un 13% en 1933. Por tanto, aparte de ser el efecto más dañino fue lo que más retasó la recuperación de la crisis (Santamaría 2002).

La oferta de las economías que experimentaron cambios estructurales durante la crisis se había diversificado antes. La guerra mundial contrajo las importaciones y tuvo un efecto positivo sobre ella, y para incentivarla se diseñaron políticas de industrialización, fiscales y monetarias. En Cuba, al contrario, el conflicto reforzó su especialización, Estados Unidos abasteció su mercado, y aunque su sector manufacturero generaba ingresos parecidos a los de otros países vecinos (gráfico V.4), mantuvo su complementariedad respecto al sector externo, que siguió siendo el dinamizador económico¹⁵⁷.

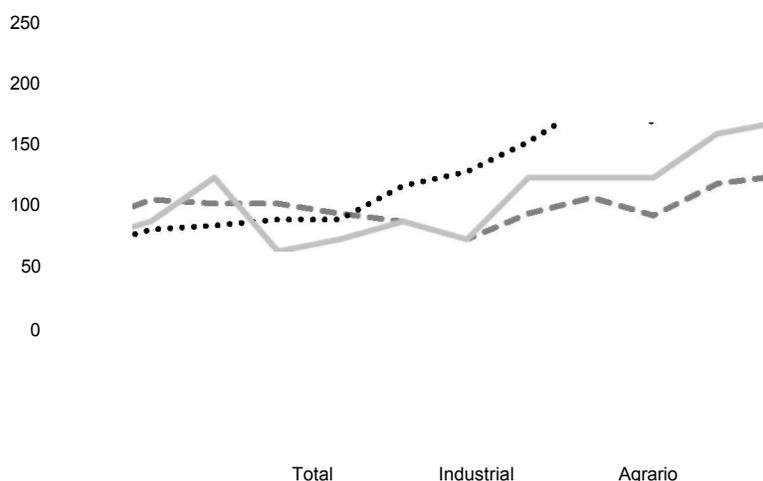
La política de Cuba frente a la crisis fue comercial, distinta a la de los países más ricos de América Latina, pero coherente con su estructura económica, también diferente. La prioridad, como desde finales del siglo XIX, siguió siendo asegurar la demanda azucarera. Por eso redujo

Las inversiones de Estados Unidos pasaron de 1.100.000 a 1.360.000 dólares en 1921-1925 y en 1929 aún ascendían a 1.019.000, Pino 1984: 393.

En 1913 las exportaciones generaban un 44% del PIB; en 1919 un 66% y en 1924 un 55%. En Argentina y Chile crecieron del 12 al 20%, igual que su producto industrial, pero la demanda interna se convertía en el motor del crecimiento, Thorp, ed. 1989; Díaz Fuentes 1996.

drásticamente su oferta de dulce (cuadro V.6) para lograr acuerdos en el mercado libre mundial (no sujeto a tratados bilaterales) y con Estados Unidos, y para conseguir que ese país bajase su arancel, considerando que la causa de su aumento habían sido las altas zafas insulares de la década de 1920. La expectativa era razonable, pues los remolacheros norteamericanos eran quienes tenían fuerza en el Congreso para modificarlo, pero los principales beneficiarios de su crecimiento fueron Hawai, Puerto Rico y Filipinas, que por ser territorios estadounidenses no pagaban ese arancel y elaboraban el azúcar con menos costes. Se consideraba, igualmente, que con ello gran parte del abastecimiento de dulce de Estados Unidos procedía del Pacífico y, por tanto, peligraría en caso de guerra en la zona, amenaza previsible en los años treinta, y se apelaba a su gobierno para que respetase el compromiso contraído con Cuba en 1898 y apoyase los negocios de sus ciudadanos en la isla.

GRÁFICO V.4
CUBA: PIB REAL PER CÁPITA TOTAL, INDUSTRIAL Y AGRARIO, 1900-1905 – 1950-1959
(Índice Laspayer; medias quinquenales)



Fuente: Santamaría 2000b.

Prueba de la coherencia de la política cubana frente a la depresión de los años treinta y de la falta de alternativas, es que el recrudecimiento del conflicto social como consecuencia de crisis acababa derrocando a Machado, pero el gobierno de la llamada Revolución de 1933 no la modificó. Sólo proyectó un reparto más justo de la renta (Soto 1897: 276). Por entonces Estados Unidos fijaba un sistema de cuotas, a precios mayores que los de mercado, para abastecerse de azúcar y no perjudicar a sus productores remolacheros, y el presidente Franklyn D. Roosevelt, con su *New Deal*, ofrecía a Cuba incorporarse al mismo si restablecía el orden constitucional.

Ninguna de las partes enfrentadas lograba imponerse. Clases medias y movimiento obrero, grupos sociales surgidos al amparo del crecimiento de años previos, como en toda América Latina, eran los más afectados por la crisis y estaban excluidos del poder por una oligarquía agraria, comercial y mambí. Se sucedieron episodios de violencia, huelgas, y obreros y campesinos tomaban en 1933 una treintena de centrales (Carr 1996). Estados Unidos intentó una mediación con un embajador, pero era coresponsable de los problemas y estaba deslegitimado como árbitro. Un motín de suboficiales propiciaba entonces las condiciones exigidas por ese país. Fulgencio Batista, su líder, dirigiría el ejército, se nombraba un gobierno provisional que convocaría elecciones y se pergeñaba un proyecto de Estado *pseudocorporativo* que favoreciese la convivencia, mantuviese la política económica con el giro social propuesto por los revolucionarios y usase la fuerza contra las manifestaciones violentas. Los motivos del conflicto no se resolvían, aunque la inclusión de Cuba en el sistema de cuotas azucareras norteamericano y el inicio de la recuperación económica permitían apaciguarlo (Tabares 1973).

En 1934 Cuba firmaba un nuevo tratado con Estados Unidos. Mantenía limitada su oferta de dulce para no deprimir el precio, propiciar la renovación de su cuota de exportación a ese país, que se renegociaría en 1937, y conseguir un acuerdo que distribuyese las ventas al mercado libre, rubricado ese mismo año. El Estado completó entonces la regulación de la industria azucarera con la Ley de Coordinación. Fijaría la producción y las exportaciones cada año y su reparto entre los centrales para evitar que algunos acaparasen el mercado norteamericano, que pagaba un 30% más por ellas. Fijaba también el precio de la caña, erogaba su abastecimiento entre los colonos, y estipulaba los salarios y otros derechos de los trabajadores (Zanetti 2004).

En los acuerdos de 1937 Cuba preservó su posición como mayor exportador azucarero del mundo (segundo tras Java en el mercado libre y primero en el estadounidense). En ambos conseguía una asignación de 3.000.000 toneladas de azúcar crudo. Esa cuota se correspondía con lo que el gobierno y agentes económicos consideraban imprescindible para garantizar el crecimiento económico y la rentabilidad de los centrales y, aunque era un 25% menor a la cantidad de dulce que la isla exportada en los años veinte, entonces la oferta superaba a la demanda. Además, como Estados Unidos compraba el 70% del azúcar cubano y rebajaba su arancel de 2 a 0,9 centavos la libra, la Gran Antilla obtenía un diferencial de ganancia que compensaba precios un 27% más bajos que los de 1925-1929 (cuadro V.6), y al que se añadían los beneficios derivados de la obtención de cuotas adicionales para vender en ese país azúcar refinado y derivados (mieles y siropes), equivalentes a otras 120.000 toneladas de crudo. A ello se añadía, finalmente, la expectativa de que en breve estallaría una nueva guerra mundial y con ella las exportaciones crecerían sensiblemente (Santamaría 2002: 426).

La posibilidad de lograr acuerdos para exportar azúcar y la falta de alternativas fueron condiciones necesarias para preservar la especialización de la economía cubana. La condición suficiente, sin embargo, fue que el ajuste de su industria azucarera le permitió seguir siendo rentable, asumir el coste de distribuir más equitativamente sus ganancias, perder flexibilidad en la administración de sus gastos variables en situaciones adversas y pagar más por la caña y el trabajo. Ese ajuste empezó en los años veinte. Las empresas más afectadas por la recesión de 1930 fueron las que más habían sufrido la crisis de 1920-1921, pero como gozaban de respaldo bancario pudieron reorganizarse y resolver sus problemas de sobrecapitalización. El resto habían realizado esa reorganización la década anterior y afrontaron mejor la Gran Depresión. Fue el caso de las firmas hispano-cubanas de Rionda, Falla, Gómez Mena, Aspuru, o de las estadounidenses United Fruit o Hersey, que incluso adquirieron nuevos centrales (Farr 1942; Santamaría 2002: 423).

Aumentar la producción en los años veinte había permitido optimizar la eficiencia de los centrales. Empezaban también entonces a intensificarla para reducir costes variables y siguieron haciéndolo después de 1930 para economizar caña y trabajo y afrontar su encarecimiento con la regulación estatal. Los días de zafra pasaron de 93 a 62 en 1919-1933, compensando así el descenso de la oferta por fábrica a que obligó la contracción de la demanda con el mantenimiento de la oferta por jornada en 330 toneladas y, por tanto, de los rendimientos a escala. La disminución de las inversiones¹⁵⁸, las leyes que prohibían construir nuevos trenes industriales desde 1924 y fomentar ingenios desde 1927, y el fin del ciclo alcista azucarero, afectaron a la invención y a la difusión de grandes adelantos técnicos, pero mediante pequeñas innovaciones los centrales cubanos mejoraron su productividad, el aprovechamiento de los derivados del dulce (siropes, miel, bagazo), su rendimiento (desde 1935 no bajó el 12,3%) y sus costes: de 2,25 centavos la libra en la década de 1920 a 1,77 en 1939, con ganancias del 16% (Santamaría 2002: 335; Zanetti 2009: 60, cuadro V.6).

Sin ganancias razonables en los centrales habría sido imposible financiar la política social, pues la recesión afectó drásticamente al sector externo y tras ella no recobró los niveles perdidos. Sin embargo la recuperación de la crisis fue similar a la de otros países americanos (Bulmer-Thomas 1989). El PIB per cápita volvía en 1935-1939 a cifras similares a las de 1920-1924, lo que facilitó el bajo incremento demográfico (0,7%) a causa de la situación económica y el cese de la inmigración, ya

Las inversiones estadounidenses disminuyeron un 30%, debido sobre todo a la devaluación de activos de las empresas azucareras, Farr 1937.

que el valor de las exportaciones era un 67% menor y el de las importaciones creció con más celeridad tras haber sufrido un descenso mayor (cuadro V.7), en parte porque el tratado con Estados Unidos devolvía a sus mercancías la cuota de mercado perdida en Cuba años antes. No obstante la balanza mercantil siguió arrojando superávits de más de 40.000.000 de dólares, y los términos de intercambio mejoraron un 30% desde 1929 (Birnberg; Resnick 1975).

El Estado tuvo ayuda financiera al inicio de la crisis. En 1929-1934 el Chase Bank le prestó 40.000.000 de dólares, lo que elevó la deuda externa un 25% (200.000.000). En 1933 declaró una moratoria, y aunque en 1937 logró acuerdos de refinanciación, no restableció su normal servicio para no reducir el gasto, que tras caer un 50% en 1929-1933, retornó a 80.000.000 de pesos según mejoraban los ingresos. Desapareció el superávit, pero no se usó el déficit como medida anticíclica, y el presupuesto se mantuvo en el 10-15% del PIB. Se diversificaron algo los impuestos, con tasas a las transacciones y utilidades, pero no se realizó una reforma fiscal y el erario siguió dependiendo de la renta de aduanas. La moderación del gasto, empero, no reanimó el crédito y el ahorro. El capital movido por los bancos disminuyó en 1929-1935 de 400.000.000 a 164.000.000 de dólares y en 1939 no llegaba a 200.000.000. Además el sector azucarero volvía a acaparar un 50% de los préstamos, cuando en 1932 esa cifra se había reducido al 18% (Alienes 1950: 211; Wallich 1953).

La política monetaria dificultó la reanimación del crédito. La emisión de 50.000.000 de pesos plata en 1934-1939 —el 70% del circulante—, por la ley Gresham, desplazó al dólar y al oro, contrajo un 50% la oferta de dinero e impidió su recuperación tras la crisis (en 1939 sólo había aumentado un 10%). Además afectó a la paridad con el cuño estadounidense, objetivo explícito de la política anti-recesión junto con el mantenimiento de Cuba en el patrón oro para favorecer al comercio (Pérez; Pazos 1940; Maddison 1986: 36). Muestra de esa contradicción es que el Comité Conjunto de las Corporaciones Económicas declaraba en 1936 que la moratoria de la deuda y las medidas fiscales y monetarias obstaculizaban el crecimiento, pero reconocía que el gobierno debía garantizar la paz civil y evitar —mediante justicia social el peligro del comunismo□ (CII 1936: 3).

La inversión extranjera volvió a los niveles precrisis (1.100.000 de dólares en el caso de la estadounidense) y también el porcentaje colocado en el sector azucarero, tras haber decrecido al inicio de la recesión (Santamaría 2009b: 609), aunque los nuevos capitales que entraban en Cuba empezaban a buscar alternativas a éste y a los ferrocarriles debido a la caída de sus beneficios, a la regulación estatal y a que ya disponían de infraestructuras suficientes. En cuanto a la balanza por cuenta corriente, desde 1932 empezó a arrojar saldos positivos, llegando a 36.000.000 de dólares en 1937 (Pino 1984).

La reanimación del sector externo, por tanto, no explica la recuperación de la crisis. Bulmer-Thomas 1989, sitúa a Cuba entre los países que la afrontaron con diversificación agraria. El ingreso de los cultivos menos vinculados a las exportaciones creció un 40% entre 1925-1939, pero no a causa de la reducción de aquéllas y de las importaciones, pues pese a ese incremento a medio plazo, en los años en que los valores comerciales fueron más bajos, 1931-1934, también experimentó una contracción. La cabaña vacuna aumentó un 5%, las ventas de banano en el exterior un 150% (IHC 1994: 408; García Álvarez 2008: 180; gráfico V.4), los centrales de Rionda o de la United Fruit dedicaron suelo a la ganadería y a la producción de plátanos respectivamente, y se legisló que todos los ingenios entregasen tierra a sus obreros (Zanetti; García Álvarez 1976). La industria asociada (alimenticia, textil, del cuero) también se benefició de ello (cuadro 8).

El producto industrial creció más que la economía (gráfico 4) gracias al aumento de la población urbana del 39 al 55% en 1931-1943 (*Memorias* 1973, *Censo* 1943) y de su demanda, y a un mayor acceso al crédito y a la inversión foránea y al gasto estatal en obras públicas, que junto a la minería o la generación de gas y electricidad captaban buena parte del nuevo capital de Estados Unidos que entraba en Cuba¹⁵⁹. Creció la oferta textil, de zapatos, papel, alimentos, calzados, energía o materiales de

El grupo Rockefeller invertía en petróleo y minas; Morgan y Sullivan & Cromwell en esos sectores, en textiles y bebidas, y el First National Bank o el Hannover Trust en las industrias química, eléctrica, telefónica y droguera, Pino 1984: 173.

construcción, el sector pesquero o la producción de minerales tradicionalmente extraídos en Cuba (hierro) y de otros: manganeso, barita, cromo, nafta (Calvache 1944; cuadro V.8). La de tabaco lo hizo durante la recesión azucarera, pero luego volvió al nivel de 1930. Su porcentaje en el valor de la exportaciones cayó del 20 al 10%, mientras la de los demás rubros del cuadro 8 se elevó del 7 al 13%, aunque el efecto más relevante de la diversificación económica en el comercio exterior fue el descenso del peso de los alimentos en las importaciones del 40 al 25% (Zanetti 1989; cuadro V.7).

CUADRO V.8
ÍNDICE DEL PRODUCTO DE LAS PRINCIPALES INDUSTRIAS CUBANAS, 1930–1959

Años	Bebidas	Zapatos	Alimentos	Papel	Textiles	Materiales de construcción	Minerales	Tabaco	Energía	Pesca
1930	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
1935	100	60	191	21	550	25	253	277	96	89
1940	137	197	273	60	1.750	56	1.671	95	142	108
1945	281	328	177	197	3.600	65	1.653	140	204	68
1950	326	356	268	119	6.800	115	695	150	329	117
1955	374	460	486	151	5.850	165	447	153	450	119
1958	381	580	486	179	7.250	394	394	174	554	240

Fuente: Pérez-López 1982.

La diversificación se apoyo con políticas de distribución de renta desde 1934, ratificadas en la Ley de Coordinación Azucarera de 1937 y en una nueva Constitución en 1940. Aparte de regular la industria del dulce para proteger a los colonos, a los obreros y a los pequeños centrales, y obligar a los ingenios a entregar tierras a sus operarios y a sembrar alimentos, se incentivó la agricultura con la prórroga del arancel de 1927, adaptado al tratado con Estados Unidos de 1934, que además favoreció la exportación de hortalizas y frutas a ese país. Por otro lado, en 1935 se diseñó un plan para el sector, pero su señera debía ser la creación de un banco que proveyese crédito y fue imposible hacerlo por carecer el Estado de instituciones que lo respaldasen —un Banco Central, un Ministerio de Agricultura—, lo que no animó al capital privado a participar en él (Santamaría 2002: 289).

Se redujeron los derechos de tonelaje para atraer a Cuba tráfico naval y se intervino la marina mercante para evitar su quiebra. Se permitió a los ferrocarriles elevar sus tarifas frente a la caída en un 68% en sus ingresos por kilómetro en 1929-1933 y una mejora de sólo el 10% en 1939 (Zanetti; García Álvarez 1987: 407), pero con ello se perjudicó a la oferta agraria, que tuvo que pagar mayores precios por el transporte. Y lo mismo pasó con el turismo, tercera fuente de divisas del país y que no se recuperó de la crisis, pese a que se le bajaron los impuestos¹⁶⁰, debido a la situación económica, a la conflictividad civil y a las medidas anti-migratorias con que comenzó la política socio-laboral (Santamaría 2002: 282).

Con la crisis y un paro del 34% Cuba dejó de atraer migración y ya no precisó importar trabajo para las zafras. En 1933 una ley prohibió la entrada de temporeros caribeños, que deprimían los salarios, y expulsó a los que residían en la isla y no tenían empleo (Zanetti 2006: 34). Otra ley obligó a las empresas a que el 50% de sus operarios fuesen cubanos, medida contra la nutrida colonia de españoles, que por esa razón empezaron a censarse en el país¹⁶¹.

Las leyes anteriores se completaron entre 1930-1937 con otras de sueldos mínimos (1 dólar al día los urbanos y 0,8 los rurales), para que los funcionarios recobrasen poder adquisitivo (que se había deteriorado un 23%) y sobre retribuciones no dinerarias (jornada de 8 horas, maternidad, accidentes, pensiones, creación de bolsas de empleo, de un fondo para desocupados y de una Caja de Seguros

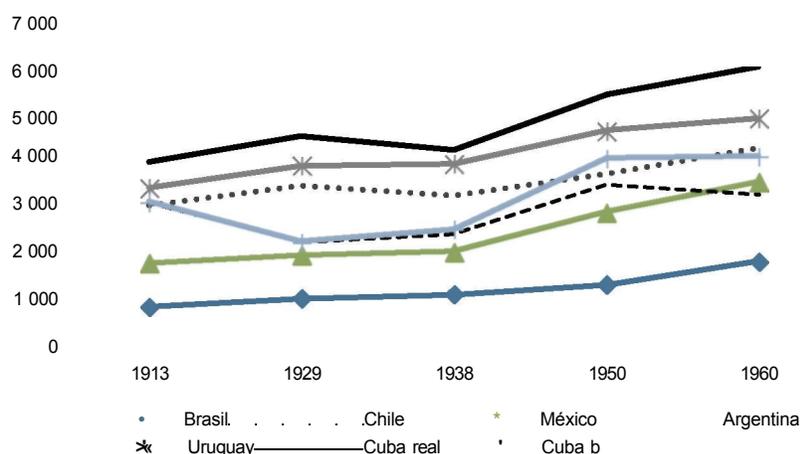
El número de turistas disminuyó de 86.000 a 26.000 en 1930-1933 y apenas creció luego hasta 47.000. Toda persona afincada legalmente en Cuba fue considerada cubana si no expresaba lo contrario, Álvarez 1936: 251.

Sociales). Se estableció un ente regulador que fijó el precio de los alimentos y la energía. Con tal esfuerzo institucional se logró contener la inflación y devolver al salario real al nivel de los años veinte dentro de un Estado *pseudocorporativo*, como se ha mencionado, que evitase conflictos de clase. Así se obligó a los trabajadores a sindicarse y a los hacendados y colonos a asociarse para tener derecho a las cuotas azucareras. Además se reglamentó el derecho de huelga y se creó un Ministerio de Trabajo y un consejo de arbitraje obrero-patronal (Toro 1975; Santamaría 2002: 292).

M. Equilibrio inestable en perspectiva comparada

Entre las grandes economías latinoamericanas la de Cuba fue la única que mantuvo su especialización tras la crisis de 1930. Como su estructura y opciones de ajuste fueron distintas, la política anti-recesiva de su gobierno también lo fue, pero no así la social, ya que tuvieron que afrontarse conflictos similares a los de países vecinos con medidas de distribución de renta. En ambos casos se obtuvo relativo éxito. En un mercado mundial cartelizado y sujeto a acuerdos bilaterales, la isla consiguió cuotas para su azúcar peores que las que tenía, pero mejores que las de otros grandes exportadores, y a precios más altos y suficientes para recobrar tasas de crecimiento que permitiesen financiar dicha política social sin apenas capital exterior (Santamaría 2002, gráfico 5).

GRÁFICO V.5
PIB REAL PER CÁPITA: CUBA, ARGENTINA, BRASIL, MÉXICO Y CHILE, 1913-1960



Fuente: García 2008: 360.

Nota: Cuba b: es el resultado de estimar que el producto industrial y agrario hubiese crecido desde 1929 a la tasa más alta registrada entre 1930-1960.

Zanetti 1989 o Dye 2005, juzgan negativamente la recuperación de la economía cubana, aunque basándose en lo que ocurrió después. Dice Díaz Alejandro 1989, que las medidas anti-crisis fueron acertadas en casi toda América Latina, pero se perpetuaron y se mostraron ineficaces frente a situaciones para las que no se habían pensado. En Cuba los problemas heredados de entonces no se resolvieron y acabaron empeorando. Touraine 1989, cree que los países de la región distribuyeron mucha renta en poco tiempo, lo que afectó a la inversión y al crecimiento. Es cierto. Sin embargo la alternativa habría sido mantener la conflictividad social, menos idónea aún para el crecimiento, y el esfuerzo de construcción institucional de los países desde los años treinta se basó en ese criterio (Thorp 1999), aunque como efecto colateral consolidase intereses que obstaculizaron su reforma cuando se fueron planteando dificultades.

La afirmación anterior obliga a un análisis a largo plazo. El PIB per cápita de Cuba era en 1938 un 35% menor que el de Argentina o Uruguay, cifra que se redujo hasta un 25% en 1950, pero

volvió a aumentar hasta el 45% en 1960 (gráfico V.5). Esa *desconvergencia* fue fruto de las dificultades para conciliar un crecimiento sostenido y la necesidad de mantener la política social, así como de los problemas y conflictos resultantes.

En efecto, la población de Cuba creció progresivamente en el período (cuadro V.7) gracias a la mejora de las condiciones de vida, pues la inmigración había sido reemplazada por emigración (entre 1.000 y 7.000 cubanos se trasladaban cada año a Estados Unidos) y las tasas de fecundidad y natalidad caían de 35 a 27‰ y de 134 a 113‰. Sin embargo mejoraban la mortalidad infantil y total (de 21 a 6‰ y de 169 a 33‰) y la esperanza de vida (de 42 a 59 años) hasta niveles no superados en toda América Latina (*Población 1977*).

Las tasas de urbanización y macrocefalia eran similares en Cuba a las del resto de las grandes economías latinoamericanas¹⁶², pero no así el porcentaje de su empleo agrario, que en la isla caía del 53% en 1931 al 47% en 1957, cuando en el resto de esas economías promediaba un 29% (Prados 2007). La razón era el efecto laboral de la cosecha cañera. Realizarla requería mucho trabajo temporal y ya no era atendido por la inmigración golondrina de antaño, lo que explica, junto al éxodo rural, una migración interna del 13% que registra el censo de 1953, así como que al aumento del desempleo (del 8 al 16% en 1953-1959) se uniese un problema de paro estacional que afectaba a un 10% de la población activa (Toro 1977: 240).

Por su juventud demográfica (45% menores de 14 años y 6% mayores de 65), la población de Cuba en edad laboral era sólo del 57% en 1953, pero su economía era incapaz de asegurarles trabajo. Esto provocaba una alta tasa de dependencia, agravada por el hecho de que el cese de la inmigración redujo el índice de masculinidad (113 en 1931; 105 en 1953) y de que menos del 15% de las mujeres tenían empleo remunerado¹⁶³. Fenómeno positivo, sin embargo, fue que siguió aumentando el porcentaje de los habitantes en la mitad este (del 39 al 47%) y equilibrándose la distribución espacial de la población (*Población 1977*).

La situación descrita fue resultado de la continuidad de ciertas políticas adoptadas frente a la crisis de 1930 y la discontinuidad en otras destinadas a compensar los desequilibrios y a que la especialización económica y el reparto más justo de la renta no dañase la relativa diversificación productiva. Se ha señalado que en la década de 1930 se preveía otra guerra en Europa, que reduciría su oferta de azúcar y permitiría el aumento de la cubana. Así ocurrió: a partir de 1942 creció de nuevo y superó el nivel de los años veinte, con una disminución del arancel norteamericano y precios al alza hasta que se recuperó la producción mundial a finales de los cuarenta. Pero entonces la Guerra de Corea propició que bajase aún más la tarifa de Estados Unidos y volviese a subir el precio.

Cuando se recuperó la oferta mundial de azúcar (creció un 7% en 1952) la de Cuba llegaba a 7.300.000 toneladas y el precio caía un 12%. Se decidía entonces volver a limitarla a 5.000.000 hasta 1956 en el marco de un nuevo tratado internacional, lo que junto a un recorte de la cuota de exportación a Estados Unidos redujo las ventas en 600.000 toneladas/año, aunque la Guerra de Vietnam permitió aumentar otra vez la zafra a 6.000.000 toneladas en 1957 (Silva 1975).

La industria azucarera siguió recurriendo a intensificar la producción para incrementarla¹⁶⁴ y mejorar sus costes y el rendimiento, que en la década de 1950 llegó al 13% (cuadro V.6). No aumentaron las inversiones, los kilómetros de ferrocarril o hectáreas tierra, pero tampoco decrecieron, de modo que la agro-manufactura cañera continuó acaparando el 50% del área cultivada en Cuba, además de determinar el mercado laboral y de imprimirle una fuerte temporalidad. Prosiguió también la sustitución del capital de Estados Unidos —que buscaba mejores oportunidades en otros sectores—

La población rural crecía un 71% entre 1931-1973; la urbana un 131%, y en La Habana vivían el 21% de los cubanos, Luzón 1989.

Además el 65% trabajaban en los servicios.

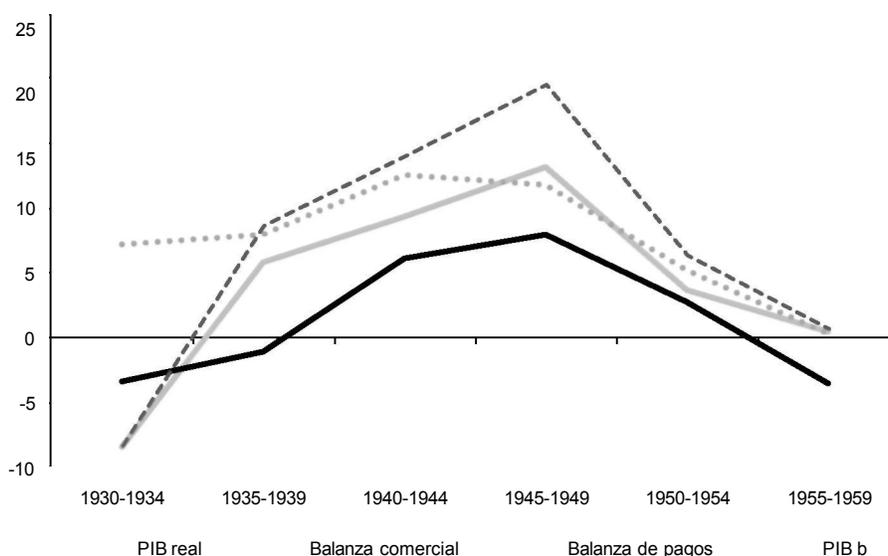
La oferta por central y día creció un 70% en 1937-1959, Zanetti 2009.

por nacional, y en 1951 los centrales de propiedad norteamericana eran 41 y elaboraban el 35% de la zafra cubana, cuando habían llegado a producir el 70%¹⁶⁵.

Fruto de las moderadas zafras y de precios azucareros pactados con Estados Unidos, las exportaciones crecieron un 70% en valor durante la guerra mundial, pero las importaciones sólo un 42%, pues Cuba carecía de reservas para afrontar su encarecimiento. El problema es que entonces se acumularon y, al seguir elevándose la producción de dulce, las compras de la isla en el exterior comenzaron a aumentar más que las ventas, incluso tras descender éstas en 1953. Además se mantuvo la concentración del comercio en Estados Unidos y la dependencia alimentaria externa (cuadro V.7).

Quienes juzgaban negativamente la recuperación de la crisis de los años treinta señalaban que Cuba *entregó* su mercado a las exportaciones de Estados Unidos a cambio de sólo un tercio de sus importaciones de dulce, salvo en los años de la guerra, cuando se eliminaron las cuotas hasta 1948. Sin embargo el cuadro V.7 muestra que aquéllas aumentaron más después del conflicto que antes, lo que conduce de nuevo a buscar la explicación de los problemas económicos en la debilidad de la oferta interna. Wallich 1943, cree que el principal de ellos era la vinculación del crecimiento, en magnitud y tendencia, con la balanza de pagos y el gráfico 6 confirma su tesis, pero también que habrían sido menos graves si se hubiese mantenido el incremento del producto agrario e industrial no azucarero en el nivel máximo alcanzado tras la depresión de 1930. En el gráfico V.5 se observa que así el PIB per cápita habría sido un 5% más alto en 1938, y un 20-25% en 1950-1960 y que pese a las dificultades del sector externo y la ausencia de cambio estructural, la economía insular no hubiese perdido convergencia respecto a las más avanzadas de América Latina y la conflictividad social habría sido menor.

GRÁFICO V.6
PIB PER CÁPITA, BALANZA COMERCIAL Y DE PAGOS DE CUBA, 1930-1959
(Medias quinquenales)



Fuente: Prados 2006, 2007, y para los años que no ofrece datos. Santamaría 2010a (para Cuba), y Prados; Amaral, eds. 1993; Bulmer-Thomas 1998, OXLAD (www.oxlad.qeh.ox.ac.uk) y www.latin-focus.com (para el resto) y Wallich 1953.

Nota: PIB b: contrafactual suponiendo un crecimiento mayor del producto agro-industrial no exportador. Ver gráfico V.5.

Hacendados tradicionales —familias Rionda, Gómez Mena o Falla— o el nuevo magnate azucarero, Julio Lobo, compraron buena parte de los centrales de empresas extranjeras, Alienes 1950: 150.

La economía de Cuba, por su grado de apertura y vinculación con la de Estados Unidos, conservó después de 1930 su tradicional componente cíclico, pero se potenció su efecto negativo, pues la inelasticidad de la demanda de azúcar provocada por el sistema de cuotas de aquel país y la contención del precio durante la guerra mundial, restaron potencial de crecimiento durante las fases de bonanza, y la limitación de la zafra y la escasa reducción de las importaciones agravaron el impacto de las fases de crisis. Ese problema se observó en la repercusión que tuvo en la isla la recesión norteamericana de 1938: el PIB cayó un 18%, cuando en las principales economías latinoamericanas aumentaba un 0,5 (Maddison 1986: 99). En un plazo más largo, entre 1904-1934 el valor de las exportaciones se incrementó un 67% y la renta un 117%, pero en 1934-1948, aquél se elevó un 560% y el ingreso sólo un 74%. Sólo entonces empezó el PIB a mostrar una tendencia menos vinculada con la del sector externo gracias a las reservas del país y a ciertas reformas.

La situación política cubana oscilaba con la económica. La década de 1940 se inició con una nueva Constitución, promesa de la revolución de 1933 y muy progresista para su época. Dice Marqués 1996, que no se desarrollaron todos sus preceptos, pero supuso la consolidación de las políticas redistributivas y de creación de una red de seguridad social e institucionalización del Estado para garantizar los avances en derechos y ejercer de regulador del mercado. Tras su aprobación hubo elecciones y las ganó Batista con el respaldo de una variada coalición de intereses.

Los gobiernos siguientes fueron continuistas. Ganó los comicios de 1941 y 1948 el Partido Auténtico, protagonista de la revolución de 1933, y siguió ampliando la política social, aunque también recortó las libertades civiles y de expresión y usó la violencia contra la oposición y el movimiento obrero cuando empeoró la situación económica y arreciaron las protestas. Además sucumbió a la corrupción conforme aumentaba la presencia estatal en la vida pública (López Segrera 1980). Para acabar con ella y cumplir el proyecto devaluado por los *auténticos*, algunos de sus miembros creaban en 1947 el Partido del Pueblo u Ortodoxo, y en las elecciones de 1952 todo apuntaba a que su candidato ganaría a su oponente, que era de nuevo Batista. Sin embargo el agravamiento del panorama económico y de la conflictividad social servía de excusa a este último para un golpe de Estado.

No es casual que la fundación del partido Ortodoxo coincidiese con la de un movimiento reformista, la Conferencia para el Progreso de la Economía Nacional (1948), que proponía incentivar su diversificación y la inversión foránea, pedir un estudio y un crédito al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF 1951) y optimizar y completar la institucionalización del intervencionismo estatal en la misma, como hicieron otros países en la década de 1930. Para ello proponía crear un Banco Nacional y otro de Fomento Agrícola e Industrial (Alienes 1950).

El Banco Nacional, creado en 1950, debía ordenar la oferta monetaria, muy afectada por las emisiones, acuñar, y suprimir la circulación del dólar (objetivo que no logró), abaratar la tasa de interés y movilizar el capital para aumentar la demanda, gestionar las reservas acumuladas durante la guerra mundial, financiar el déficit y las cajas obreras, prestar a la banca privada y conceder crédito a corto plazo (30 días en general y 270 para el agrario). Pero atajar los síntomas de los desequilibrios económicos no garantizaba resolverlos, aunque se esperaba lograrlo a medio plazo. E igual se puede decir de la adscripción de Cuba en 1947 al Acuerdo General de Aranceles y Comercio, que permitió diversificar algo las exportaciones, pero no las importaciones (BNC 1951-1959; Zuaznívar 1988: 34), y de las recomendaciones del estudio del BIRF (1951). Proponían potenciar un crecimiento más equilibrado de la estructura productiva usando trabajo y recursos ociosos, racionalizar el consumo de combustible, escaso en la isla, simplificar las relaciones laborales, emplear el incremento salarial, la mejora de la formación de la población y la aplicación de conocimiento científico-técnico para incrementar la productividad, e incentivar el crédito y la eficiencia de la gestión pública, empezando por la creación de un Consejo Nacional de Economía y por el esfuerzo en la elaboración de más y mejores estadísticas.

Los problemas no se resolvieron. La política social afectaba a la sostenibilidad del crecimiento, imprescindible para financiarla. La bonanza azucarera durante la Guerra de Corea alivió la situación, pero postergar las dificultades, como en otros momentos de la historia de Cuba, acabó agravándolas. Los

indicadores de bienestar mejoraron notablemente entre las décadas de 1930-1950. La alfabetización superó el 75%, la asistencia escolar pasó del 40 al 47%, el consumo per cápita de energía aumentó en un 110%. Hacia 1952 había en la isla 227 automóviles por cada 1.000 habitantes, 137 teléfonos, 60 radios, 53 televisores o 43 neveras. Sólo los países del Cono Sur igualaban esas cifras en América Latina o disponían de más médicos o camas de hospital por persona (Ibarra 1995; Santamaría 2000b; Thorp 1998; Mesa-Lago 2009). Pero la cuestión no era el nivel alcanzado, sino las expectativas, mucho menos ideales. No se habían resuelto desequilibrios básicos: la situación en el campo, de las mujeres o gentes de color era relativamente peor y se agravaría por el efecto más dañino que las dificultades económicas tienen sobre los menos agraciados. En general, además, las condiciones de vida de toda la población sufrieron un deterioro a partir de 1952¹⁶⁶, vinculado causa-efecto con la desestabilización del sistema político. Tras el golpe de Estado, Batista suprimió la aplicación de Constitución, derogó el derecho de huelga y restringió las libertades civiles y de expresión, con lo que la oposición y las manifestaciones de descontento se radicalizaron. En las ciudades se organizaban movimientos de protesta y Fidel Castro iniciaba su revolución.

La dificultad de conciliar crecimiento y equidad y el aumento de las desigualdades afectaron a todos los países latinoamericanos, pero no en el mismo grado que afligían a Cuba en 1959. En todos, además, la política social se diseñó asociada al empleo, lo que agravó las diferencias entre ocupados y desocupados (Thorp 1998), a las que se añadían en la isla las causadas por un paro estacional superior al de cualquier otro nación de la región. La inflación —156% entre 1940-1949, aunque se estabilizó después—, un problema mundial, encarecía el coste de la vida; el salario real se duplicó en 1937-1957, sin embargo luego sufrió también un deterioro (cuadro V.7). Y en tales indicadores se dieron las mismas disparidades observadas en otros. Los trabajadores habaneros acaparaban el 40% de las mejoras retributivas, las mujeres padecían más desempleo, y apenas había diferencias entre blancos y gentes de color entre quienes percibían sueldos más bajos, pero un 4,3% de los primeros ingresaba más de 60 dólares al mes, remuneración que sólo percibían en 2,8% de los segundos (*Censo* 1943; Luzón 1989). Luces y sobras, por tanto, pues las desigualdades raciales habían disminuido desde 1900 (Fuente 2004), la tasa de alfabetización femenina era mayor que la masculina y Cuba era el país más equitativo de América Latina¹⁶⁷. Si los cambios radicales se explican en función de las expectativas, la creencia en que el sistema socio-político y económico carecía de capacidad para satisfacerlas ayuda a entender el triunfo de la revolución.

Las reformas no lograron que el diseño institucional, la dotación de infraestructura y la asignación de recursos incentivasen cambios en la estructura productiva que favoreciesen el crecimiento manteniendo la especialización económica. La ventaja comparativa del azúcar sobrevivió a la crisis de 1930 (Dye 1998), pero no se gestionaron los beneficios que ello proporcionó en las siguientes coyunturas propicias para exportarlo de modo que no perjudicase al resto de la actividad y evitando los costes superasen dichos beneficios. La formación neta de capital fijo aumentó de 85.000.000 a 163.300.000 dólares en 1949-1958, un 40% más que el PIB, pero los centrales siguieron consumiendo un tercio y el resto de la agricultura sólo un 15% (menos que su contribución al ingreso agregado). E igual ocurría con el trabajo y la tierra, cuando además un 25% de la superficie cultivable en Cuba no se explotaba y por eso la siembra de caña o la ganadería eran producciones extensivas (Álvarez *et al.* 1963).

El gráfico V.4 mostraba que el crecimiento de la agricultura no azucarera siguió siendo insuficiente frente a las crisis del sector externo. Se detuvo con la expansión exportadora de los años

Entre 1955-1957 disminuyó el consumo per cápita de carne y la parte del gasto familiar dedicada a alimentos pasó el 40 al 57%. La mejora en la vivienda fue tan evidente como diferencial. En las ciudades el 87% de las casas tenían luz, el 53% agua corriente y el 34% eran insalubres; en el campo esos porcentajes se invertían: 9, 2 y 75% respectivamente. Además sólo un 5% de los habitantes del medio rural comían habitualmente carne o pescado, sólo un 11% bebían leche y, aunque el 80% eran dueños o arrendatarios de tierra, si su raza era negra esa cifra disminuía al 50%, Nelson 1941; *Censo* 1953; Pollit 1967.

El Gini (0,55) era el cuarto mejor en América Latina y la cobertura de sus pensiones (63%) la más alta, Mesa-Lago 1994: 19; Brundenius 2009.

cuarenta; se recuperó con las reformas ulteriores y se ralentizó al final de los cincuenta. La propiedad se repartía desigualmente (el 85% de las fincas eran medianas y pequeñas, pero únicamente disponían del 20% del suelo) y las principales actividades económicas sufrían serias dificultades. El producto ganadero, que representaba un 20% de la renta agraria, apenas creció desde 1943; el del tabaco pasó de 14.000.000 a 56.000.000 de dólares en 1939-1946, luego descendió y en 1958 únicamente recobraba el nivel perdido; el banano dejaba de exportarse (Alienes 1950: 43; Stubbs 1989: 206). A la falta de incentivos y protección se unía la de crédito, que sólo se alivió en parte después de 1948. Los llamados *cultivos menores* captaban entonces el 22% de los préstamos bancarios, pero esto no evitó que su oferta para el mercado interno cayese un 2% en 1950-1952, mientras duró la bonanza azucarera, ni permitió compensar con su aumento del 5% desde 1953 el cese de aquélla (López Segrera 1983: 335).

La urbanización y la demanda urbana, el gasto público y el atractivo de ciertas actividades para la inversión, pesaron más en los problemas de desarrollo de la industria cubana que la concentración de recursos en los centrales. Por eso tras la guerra mundial creció a tasas superiores a las del resto de la economía (gráfico V.4), pero de modo poco uniforme, y mantuvo su complementariedad respecto al sector externo. Así entre 1935-1954 se elevó del 45 al 55% el porcentaje de los bienes para la producción en su oferta, pero a la vez que disminuía el de los bienes duraderos del 19 al 12%. Y, así, el número de fábricas y de trabajadores industriales aumentó de 703 a 1.840 y de 14.000 a 55.000, pero más que el de empleados por empresa o que su capital agregado (de 25.000.000 a 40.000.000 de dólares). Esto se debió a que la mayoría de ellas preservó su carácter familiar-artesanal y su escasa tecnificación¹⁶⁸, pese a que convivieron con grandes y modernas compañías mieras, eléctricas, gasistas, metalúrgicas, químicas o refinadoras de petróleo (López 1955; CEPAL 1950, 1958). Dice Zuaznávar 1988, que el movimiento obrero se opuso a la mecanización y, sin duda, otros intereses (hacendados, importadores, inversores extranjeros) obstaculizaron un desarrollo más equilibrado de la industria, pero la causa principal de dicho problema fue estructural. El cuadro V.8 mostraba la expansión de todos los rubros de actividad en la década de 1950 salvo del minero.

Al beneficio tradicional en Cuba del hierro o el cobre se había unido en la década de 1950 el del cobalto o el níquel, que pasó de 830.000 a 2.000.000 toneladas, pero al final de la misma la minería se vio perjudicada por el cese de la demanda ligada a los conflictos bélicos internacionales. Sin embargo tal actividad y la manufactura asociada sólo generaban un 12% del ingreso industrial. La producción tabaquera, química, energética y la construcción representaban otro tanto cada una y la de alimentos un 26%. Esto permite afirmar que el 30% de la oferta del sector secundario estaba determinada por la demanda externa y el 70% por la interna, sobre todo por el consumo de las ciudades, en las que se concentraban las fábricas. Concretamente en La Habana se ubicaban el 60% (Gutiérrez 1952).

Crédito, inversión y políticas asociadas reforzaron el desequilibrio de la oferta industrial y su inelasticidad frente a las oscilaciones del comercio exterior. El capital bancario creció de 200.000.000 a 1.600.000.000 de dólares en 1937-1959, pero el 60% de los préstamos siguieron dirigidos a financiar al sector externo y al Estado (las importaciones y el gasto público). La actividad azucarera acapara un 30% y las demás manufacturas sólo un 7%. La inversión extranjera, sobre todo la de Estados Unidos, que aumentó de 560.000.000 a 1.000.000.000 de dólares en 1940-1948, estancándose además la colocada en centrales (250.000.000) y con una elevación moderada de la destinada a deuda y valores públicos (de 240.000.000 a 340.000.000), se reubicó en la minería, el refinado de petróleo y la generación de energía, que pasaron del 5 al 27% del total de su capital, mientras en el resto de la industria sólo lo hizo del 4 al 8% (Brundenius 1985).

La labor del Banco Central y las reformas lograban movilizar y atraer capital, pero no cambiar la estructura productiva. Al empeorar la situación económica en 1953 la política de Batista perseveró

Lo que más creció fue el número de pequeñas fábricas, que en 1957 eran el 65% de las industrias cubanas, Toro 1975; Pérez-López 1982.

en estimular la inversión foránea, aunque sin medidas que permitiesen usarla para afrontar los problemas, de modo que aumentó aún más su concentración en rubros con altas expectativas de mercado o de beneficios: minerales, petróleo, electricidad o bienes básicos. No recurrir al proteccionismo y al control de cambios evitó incurrir en financiación de ineficiencias o en la dependencia de las importaciones para la demanda industrial de insumos que empezaban a sufrir otros países americanos¹⁶⁹, pero no en la dependencia exterior para adquirir tecnología y bienes de capital. Se otorgaron concesiones a firmas de Estados Unidos (Standard Oil, General Electric, Hedge, Colgate) empleando el escaso crédito interno (el Banco de Fomento), sin incentivar la reinversión o impedir la exportación de beneficios. Además se contrataron empréstitos por 160.000.000 de dólares, aumentó la deuda y la oferta monetaria, que con antelación habían crecido un 140 y 600%, y se usaron las reservas (que así descendieron de 571.000.000 a 52.000.000 en 1952-1958) para financiar políticas de gasto compensatorio. El presupuesto, que en años prósperos se había incrementado un 140%, siguió elevándose hasta superar 380.000.000 de pesos en 1959 (Zuaznívar 1988; Álvarez *et al.* 1963: 112).

El gasto tampoco tuvo gran impacto productivo. Se destinó a sueldos públicos, subvenciones y un plan de obras públicas que animó la construcción (cuadro V.8), aunque agravó los desequilibrios económicos al centrarse en La Habana. Se logró aminorar la dependencia alimentaria del exterior, la inflación y la caída del salario real (cuadro V.7), pero apenas se creó empleo ni se consiguió mejorar los términos de intercambio. Y al déficit mercantil se unió el de la balanza de capital (50.000.000 de dólares promedio desde 1953). Por eso, y por efecto de la crisis, los egresos públicos crecieron más que los ingresos y no se reformó el sistema fiscal. El 80% de la recaudación procedía de 12 tributos y el 20% de otros 200; el 72% eran impuestos indirectos, que encarecían el consumo¹⁷⁰, y el 42% gravaban el comercio. Las cargas sobre el capital aportaban sólo un 14%, de modo que fomentar la inversión privada generó pocos recursos al erario, igual que la labor empresarial del Estado, que se limitó a la nacionalización parcial del ferrocarril del oeste, debido a los problemas que atravesaban sus dueños británicos, pero no pudo sanearlo por presiones del movimiento obrero y compensar así el coste de la incautación¹⁷¹. Ni siquiera el turismo, sensiblemente recuperado tras la guerra mundial y que llegó a reportar 51.000.000 de dólares en 1953 (el triple que en los años treinta) permitió contrabalancear el drenaje de divisas, pues aún se trataba de una actividad minoritaria (Gutiérrez 1952).

La crisis y el fracaso de la política agravaron los conflictos y éstos la situación económica. El *concilio* social logrado por Batista en 1933 quebró con su dictadura. La violencia contra la oposición y la ruptura del orden constitucional radicalizaron las posturas al eliminar los cauces para su normal confrontación y el descontento aumentó con la creciente corrupción en los negocios públicos, las concesiones al capital foráneo y la falta de acuerdo en política azucarera. Frente a quienes abogaban por abrir mercados en el este de Europa (Cepero 1989: 289), Batista optó por limitar la zafra en 1953 y especular con los *stocks*. Winocur 1992, dice que así perdió el apoyo de los hacendados. Fue su mayor error, pues sin respaldo de una mayoría social y de Estados Unidos por sus métodos dictatoriales, y con una revolución en marcha, la *deserción* de la elite económica y su desconfianza en soluciones pensadas para aliviar la situación en espera de mejores tiempos, no para atajar sus causas, confirma la tesis de la falta de expectativas, que a finales de 1959 calaba también en el dictador. Abandonaba entonces Cuba y Castro ocupaba el poder.

La demanda industrial de insumos cubanos y extranjeros creció por igual, Gutiérrez 1952.

El ingreso por impuestos directos pasó de 7.000.000 a 11.000.000 de pesos en 1938-1958; el generado por tributos al consumo de 19.000.000 a 280.000.000, Álvarez *et al.* 1963.

El ferrocarril sufrió los mismos problemas que el resto de la economía y, además, la competencia de la carretera y de la aviación comercial, que afectó al tráfico de viajeros, cuyos beneficios cayeron un 62% en 1939-1958, mientras los de la carga crecían sólo un 9%. La firma estadounidense dueña de los trenes del este afrontó mejor la crisis gracias a su infraestructura, más racional y moderna, y a la inversión en empresas de transporte por carretera, incluso planteó al Estado gestionar todo la red de caminos del hierro del país, Zanetti; García Álvarez 1987: 311.

N. Llegó el comandante y *mandó parar* o la isla que se repite

Y en eso llegó Fidel —canta Carlos Puebla— y *mandó parar*. Planificación centralizada, política e igualitarismo empezaron entonces a regir la economía, pero por causa o azar, sin modificar su estructura y radicales problemas. Y sigue así, aunque al desaparecer la URSS, su *valedor*, ha dejado de ser *azucarera* e iniciado una crisis no resuelta por tímidas e erráticas reformas.

Es difícil analizar lo sucedido pues el proceso no ha acabado, está envuelto en pugnas ideológicas y hay déficits en la estadística. En 1959 la economía dependía en exceso del comercio exterior, del azúcar y su venta en Estados Unidos. Adolecía de persistentes problemas de financiación por no haber equilibrado su estructura productiva para compensar las oscilaciones del sector externo, y por la dificultad de trasladar al trabajo los costes de las crisis y la necesidad de atender crecientes demandas distributivas y de importar bienes básicos. Esto afectaba al crecimiento y a la productividad y se resolvía con desajustes fiscales y deuda, con impacto negativo en la inflación y el crédito —imprescindible para acometer reformas—, y terminó agravando los problemas y generando conflictos y desconfianza que impidieron al sistema sobrevivir. La revolución mantuvo la dependencia comercial, del azúcar y de un único cliente, hasta su desaparición, que además aportó capital para costear la política social, el efecto nocivo de la especialización en la oferta interna y la merma de productividad que supuso *abolir* los incentivos materiales al trabajo. La represión de la oposición se ha combinado con emigración y exilio, sobre todo a Estados Unidos, y se puede hablar de una economía cubana en la isla y otra allí, con la que permuta recursos humanos por remesas. Esos rasgos han prevalecido tras el fin de la URSS y también la necesidad de un *socio* que provea petróleo y ayudas, aunque ahora a cambio de servicios, no de dulce, por lo que la *sociedad* está aún más sujeta a la voluntad política del *amigo*, la Venezuela de Hugo Chávez, quien determina qué importar, su precio y el del crudo que envía a Cuba por menos valor que el de mercado.

Desde la crisis de 1990 al fracaso económico del castrismo se ha unido el deterioro de sus logros sociales. La larga fase de crecimiento mundial alcanzó también a Cuba y alivió la situación, el crecimiento, pero no las expectativas. Y ahora que llegan tiempos más hostiles el líder arrojar dudas sobre la supervivencia: —el modelo cubano ya no nos sirve ni a nosotros□ (Goldberg 2010). Es *la isla que se repite*, que dice Benítez Rojo 1999, o *la revolución que la repite*, pues si es o no *la hora final*, como lo fue para otros proyectos en 1898 o 1959, está por ver. Oppenheimer 1992, ganó el Pulitzer con un libro titulado así y ya han pasado años. Por ahora la intención de este generalista esbozo de un proceso tan largo y complejo es sólo apuntar cómo se va a analizar. Frente a los estudios habituales, que optan por un enfoque de política, lo cabal en un estudio que empezaba a finales del siglo XVIII, es hacerlo en su historia, atento a continuidades y discontinuidades, y en términos comparados.

Mesa-Lago estudia desde hace años la economía revolucionaria sin más peaje que a la evidencia, lo que otorga a sus tesis una aceptación inmensurable en tema tan polémico. Sostiene que aquélla se ha caracterizado por ciclos alternos de ortodoxia y pragmatismo político en respuesta a sus condicionantes. La historia indica, empero, que la prioridad ha sido ortodoxa y su dejación la mínima posible y una táctica de retorno.

El castrismo no fue en su origen socialista. Estados Unidos respondió a su política nacionalizadora inicial con un embargo que completó cuando se declaró marxista-leninista para acercarse a la URSS, acción-reacción conforme a la lógica bipolar de la Guerra Fría. Así a la erosión del mercado como articulador económico-social, a la política distributiva, de diversificación, industrialización y de reforma agraria, imbuida de discurso *anti-azúcar* —considerada el azúcar como causa de todos los *males* de Cuba— siguió la adopción del modelo soviético de planificación centralizada.

Grandes zafras en los primeros años y el uso de recursos infrautilizados evitaron una crisis temprana, pero la diversificación no dio frutos y la crisis llegó en 1962, coincidiendo, además, con un cierto alejamiento de la URSS por haber excluido a Cuba de las negociaciones con Estados Unidos durante la crisis de los misiles. Siguió entonces un debate de alternativas: el socialismo de mercado frente al modelo chino y la construcción del *hombre nuevo* y de condiciones subjetivas capaces de

cambiar las objetivas, postulado por Ernesto *Che* Guevara. Castro dividió la economía entre los defensores ambas y la situación empeoró, ante lo cual optó por la segunda, aunque cambiando el discurso *anti-azúcar* por *azúcar para la diversificación*, ayudado por el establecimiento en 1963 de precios subvencionados para el dulce en las URSS y los países del CAME. Pragmatismo, pues, en el ciclo más idealista de la revolución, y que acababa imponiéndose con el proyecto de realizar una zafra de 10.000.000 toneladas en 1970 e inauguraba la fase económico-social más exitosa del castrismo. La exportación de dulce se concentró definitivamente en la Europa del este, aumentó su oferta y también la de otros bienes agrarios e industriales, y de modo notable, aunque desigual. Además mejoró el consumo por la relativa abundancia de bienes de venta libre y la ampliación efectiva de los racionados. Se experimentó, en fin, un fuerte crecimiento resultado del incremento de la inversión, de la mejora de la productividad del capital y trabajo —si bien es cierto que partían de niveles muy bajos— y de la reducción del exceso de circulante, pero a costa de acumular deuda en divisas y de abultados déficits fiscales y en las balanzas comercial y por cuenta corriente, financiados por la dadivosa ayuda soviética y su petróleo barato.

Tras asumir su presidencia Mijail Gorbachov en 1985, los problemas que atravesaba la URSS provocaron reformas que acabarían con el país y con la especial relación soviético-cubana. Y como otras veces la respuesta del castrismo fue ortodoxa: el Proceso de Rectificación, que empeoró la situación (Mesa-Lago 2003).

Muestra el cuadro V.9 que la economía revolucionaria estuvo influida por los ciclos de política, pero aún más por los ciclos del azúcar. En respuesta a sus dificultades iniciales se reestructuró conforme a su especialización, nunca desterrada más que en el discurso, lo que permitió recobrar en 1972 el nivel de PIB per cápita de 1959. Aunque el techo de oferta azucarera alcanzado entonces (8.500.00 toneladas), la pérdida de competitividad de los centrales y la crisis del petróleo, redujeron luego el crecimiento. La ayuda de la URSS, la cuota de *oro negro* asignada a Cuba, que si no consumía cobraba en divisas en tiempos de crudo muy caro, y el aumento de las exportaciones mineras¹⁷², permitieron evitar la depresión que asolaba entonces América (Maddison 1988, gráfico 7). Se reforzaban a cambio los deteriorados lazos con Moscú tras la crisis de los misiles, con el envío de tropas a las excolonias lusas se África, uno de los escenarios de la Guerra Fría.

Santamaría 1994, prueba que la oferta de azúcar, y con ella la política azucarera, siguió respondiendo a los precios. Se redujo hasta 1963, mientras el precio mundial se mantuvo estancado en 2,9-3,4 centavos la libra y el precio soviético en 4,1; pero la URSS lo fijó entonces en 6,1 centavos todos los años, y no obstante la oscilación y descenso de la cotización mundial, Cuba recibió una media de 4 centavos por sus exportaciones de dulce, que aumentó a 4,7 al final de los setenta. La ayuda de ese país, por tanto, reforzó de nuevo la especialización de la economía insular con lo que hoy se llama *precio justo*. Estados Unidos también había pagado un plus por el azúcar cubano, aunque sujeto a las variaciones de la oferta y la demanda, pero ahora se lograban minimizar las fluctuaciones de la producción por razones de mercado, aunque no por otras causas. Los Centrales y la agricultura cañera se modernizaron con tecnología soviética, sin embargo esto no evitó que la ausencia de competencia, el uso y abuso de trabajo voluntario —poco cualificado—, las decisiones políticas y la dirección centralizada mermasen la productividad. Intentar una cosecha de 10.000.000 toneladas en 1970 afectó a las de 1971-1972 (en las que sólo se lograron 5.900.000 y 4.300.000 toneladas) y el 12,2-13,2% de rendimiento logrado hasta 1968 cayó a un mínimo de 9,9% en 1972 y a una media de 11,1% en 1970-1993 (Fernández 1989; Pérez-López 1994).

Las exportaciones de minerales crecieron, en valor, de 36.000.000 de dólares en 1960-1964, a 60.000.000 en 1965-1969, 170.000.000 en 1970-1979 y 330.000.000 en 1980-1989, y la llamada *reexportación de petróleo* (cobro en divisas de la cuota de crudo que Cuba no se consumía) de 40.000.000 de dólares en 1975-1979 a 315.000.000 en 1980-1989, JUCEPLAN 1977; Mesa-Lago 2003.

CUADRO V.9
INDICADORES BÁSICOS DE LA ECONOMÍA CUBANA, 1960-1964 – 2000-2009
(Medias quinquenales)

Años	Población (miles)	Crecimiento (%)	PIB (dólares per cápita)	Crecimiento (%)	Azúcar (miles de toneladas)	Crecimiento (%)	Exportación (millones de dólares)	Importación (millones de dólares)	Balanza (millones \$)
1960-1964	7 360	3,0	3 116	1,2	5 229	0,7	603	737	-134
1965-1969	8 206	2,3	1 810	-14,6	5 300	0,3	662	1 053	-391
1970-1974	9 936	4,2	3 354	9,3	5 980	2,6	1 215	1 315	-100
1975-1979	9 580	-0,7	3 635	1,5	6 660	3,0	3 101	3 403	-302
1980-1984	9 848	0,6	4 614	4,2	7 520	1,9	4 827	5 746	-919
1985-1989	10 360	1,0	5 010	1,6	7 600	0,2	5 512	7 789	-2 277
1990-1994	10 756	0,8	3 060	-12,7	6 180	-3,7	2 780	3 220	-440
1995-1999	11 030	0,5	2 711	-2,6	3 800	-7,7	1 620	4 200	2 580
2000-2004	11 222	0,3	3 326	3,7	3 300	-2,6	1 670	4 140	2 470
2005-2009	11 400	0,3	5 467	7,8	1 300	-12,0	3 000	5 360	2 360

Fuente: el PIB per cápita, medido en dólares internacionales constantes Gary-Khamis, pondera las distintas estimación existentes desde 2000: Mesa-Lago 2009; Brundenius 2009; Santamaría 2010; FMI 2010; PNUD 2005; ONE 2002, 2007, 2008, de donde proceden también los otros datos.

El azúcar siguió generando el 80% del valor de las exportaciones de Cuba hasta la década de 1990 y todo el comercio de la isla se concentró en Europa del este (51% en 1960-1964; 80% en 1980-1989). Respecto a 1959, por tanto, sólo cambiaba el destino. Los demás bienes, salvo minerales y el petróleo *reexportado*, redujeron su porcentaje en las ventas del país hasta 1979, incluido el tabaco¹⁷³, aunque lo recobraron luego, llegando al 12%¹⁷⁴. Hasta entonces bajó poco el peso de los alimentos en las importaciones (de 20 a 13%) y el de las manufacturas (de 22 a 16%), y la mejora de la oferta interna y nivel de vida y sus altos precios dispararon el del combustible (de 19 a 33% entre 1970-1974 y 1985-1989). El desarrollo industrial, la renovación de los centrales, de los ferrocarriles y los transportes en general, con ayuda y material soviético y del CAME, explican que la maquinaria y equipos preservasen su proporción en más del 33% de esas importaciones (Zanetti; García Álvarez 1987: 392). El gasto en dichas compras exteriores, además, superó siempre al ingreso por exportaciones, creció más que este último en años de bonanza y decreció menos en las crisis, lo que implicó déficits constantes en la balanza, que después de 1980 rebasaron 1.770.000.000 de dólares (cuadro V.9) y no se compensaron con el superávit del intercambio mercantil con la URSS (2.770.000.000 de dólares sólo en 1986-1990), pues su causa fue el aumento de las importaciones de otros mercados¹⁷⁵.

El principal problema de la economía de Cuba, por tanto, siguió siendo la debilidad de su oferta interna, no el sector externo. El proyecto *azúcar para diversificar* no hacía sino reconocerlo y, como en otros momentos de su historia, tuvo poco éxito.

El ingreso agrario no azucarero cayó del 18 al 13% del PIB en 1960-1980, aunque en 1980-1989 aumentó hasta el 16%. Como también se elevó la renta, creció en términos absolutos, pero en general sólo después de 1970, lo que redundó en la paradoja de que en la época de discurso *anti-azúcar* su evolución fue peor que después. En sus inicios la revolución colectivizó los medios de producción, y la ineficiencia de la gestión centralizada y la falta de incentivos al trabajo redujeron la productividad. Se estancó la cabaña vacuna, mermó la porcina y la avícola (-60 y -12% respectivamente) y la oferta de tabaco o leche (-29 y -50%). Únicamente mejoró la de arroz, cítricos y huevos (13, 27 y 259%).

El producto agrario creció sensiblemente desde 1970, y sobre todo en los años ochenta. Se aplicó un plan de modernización¹⁷⁶ y mejoró algo la eficiencia fruto de la autorización de ciertos cultivos privados y de su venta libre, pues en el caso de las granjas estatales apenas varió. El número de reses, cuya cría monopolizaban esas granjas, cayó un 14% en 1970-1989, pero aumentó el de cerdos o aves (361 y 105%), la oferta de leche (143%), de tabaco (31%), huevos (45%), arroz (67%) o cítricos (787%). Sin embargo, en tiempos en que el crecimiento económico y de los salarios disparaban el consumo¹⁷⁷, esto fue insuficiente para alimentar a la población y sustituir importaciones que, al contrario, se incrementaron¹⁷⁸. A pesar de que la inversión en el sector primario se elevó un 45% en 1975-1989, igual que su producción neta, al sempiterno problema de Cuba (los centrales seguían acaparando el 50% del capital y de la tierra) se unía el del castrismo: la productividad descendía un 12% en la década de 1980 (Mesa-Lago 1994: 234; Nova 2009).

La industria no azucarera mejoró su aportación al PIB un 7% entre 1960-1989 gracias al aumento de la inversión neta en la economía del 11 al 17%, pero se mantuvo la concentración de los recursos en los centrales y apenas varió la estructura productiva manufacturera, especializada en alimentos, textiles, tabaco, energía y minerales. Entre 1960-1970 se redujo la oferta de los dos primeros y la de puros (-33 y -38%), y creció la de pescado (242%), níquel (185%), acero (122%) o

¹⁷³ Pasó de 10 a 2% en 1960-1979 y no se recuperó luego.

¹⁷⁴ En 1960-1978 el máximo fue de 6,3%.

¹⁷⁵ Durante la crisis de 1973 los términos de intercambio mejoraron un 27% y el poder de compra de las exportaciones un 88%, frente al -20 y -72% promedio en América Latina, Maddison 1988.

¹⁷⁶ Por ejemplo, el número de tractores creció un 16% y su potencia un 25%.

¹⁷⁷ La cuota de racionamiento de arroz per cápita creció de 4 a 6 libras en 1969-1979 y se liberó la compra de carne, pescado o huevos, Mesa-Lago 1994: 234.

¹⁷⁸ De ellas procedía el 54% del aporte calórico ingerido por la población.

electricidad (64%). Y todas, salvo esta última (212%) y la de tejidos (182%), ralentizaron su desarrollo en 1970-1979¹⁷⁹.

Mayores fueron las mejoras sociales. El Gini pasó de 0,55 a 0,22 entre 1959-1985¹⁸⁰. El alto crecimiento demográfico de las décadas de 1960-1970 se redujo luego a menos del 1% (cuadro V.9) debido al bajo aumento vegetativo y a la emigración. Son especialmente conocidos los éxodos de Mariel, en 1980, y el de los *balseiros* tras la depresión de 1990, y se estima que hoy viven en el extranjero el 28% de los cubanos (2.500.000 personas), huida que ha aliviado la presión sobre la economía, ha servido de válvula de escape frente a las crisis y el descontento, y ha aportado remesas, pero también ha supuesto a la fuga de capital humano. El 16% de los habitantes de Cuba tiene hoy más de 60 años y las pensiones representan un 26% de las rentas del trabajo.

La revolución ha proporcionado pleno empleo virtual (desde 1980 el paro oscila del 4 al 8%), pero a costa de la productividad. Además incorporó a las mujeres al trabajo: son el 55% de la población y ocupan el 55% de los puestos, y con porcentajes iguales a los masculinos en los de mayor responsabilidad (Luzón 198), salvo en el gobierno, en el que están poco representadas. Hasta su crisis el sector azucarero siguió acaparando el 30% del empleo agrario y el 20% del industrial, pero la población total dedicada a la agricultura ha ido disminuyendo progresivamente (36% en 1960; 19% en 1990; 5% en 2008) por el aumento de la urbanización, cuya tasa es del 75%, como en las grandes economías latinoamericanas. La distribución espacial de los habitantes ha sufrido pocos cambios, sin embargo, pues se controla políticamente.

Salud y educación han sido las prioridades del castrismo. Entre las décadas de 1950-1980 mejoró la mortandad infantil, la esperanza de vida (de 34 a 11‰ y de 64 a 75 años), el número de médicos o camas de hospital por cada 1.000 habitantes (de 0,9 a 3,3 y de 4,3 a 5,3) o la tasa de morbilidad (Mesa-Lago 2009: 53). También se universalizaron la sanidad, las pensiones y la enseñanza. Gracias a las campañas pedagógicas la alfabetización de los primeros años de la revolución y a la elevada escolarización el número de iletrados ha pasado del 24 al 1%, la matrícula en centros de educación básica del 54 al 92%, en los institutos de secundaria del 29 al 88%, y en las universidades del 4 al 23%. Y todos esos avances han reducido las diferencias sociales (entre moradores del campo y la ciudad, negros y blancos, mujeres y hombres), y han evitado el trabajo y la desnutrición infantil (ONE 2008).

La revolución, por tanto, mantuvo a Cuba entre los países más igualitarios de América Latina y con mayores avances y superiores a los registrados en la isla hasta 1959, aunque a costa de expulsar población y de libertades. Es cierto que en muchos de esos países latinoamericanos el progreso en las libertades y en la democracia efectiva han sido discontinuos hasta las últimas décadas, y que pese a los avances actuales la situación dista de ser ideal. Es cierto también que miles de personas se han visto obligadas a abandonarlos por causas económicas y políticas, pero ningún caso es hoy menos halagüeño que el de Cuba en lo concerniente a los derechos civiles y políticos o a las perspectivas de su economía (PNUD 2009). Además, no obstante aún conserva niveles de equidad y acceso a los servicios de salud y de educación comparativamente altos, su deterioro ha sido considerable desde 1989 y han empeorado las desigualdades. El problema es que la ayuda exterior sostuvo un sistema productivo progresivamente especializado, desequilibrado e insuficiente para satisfacer las necesidades de la población y financiar las políticas sociales, y que éstas han afectado sensiblemente más que antes de 1959 a la inversión, la productividad y el crecimiento sostenible.

Ñ. La política no cabe en la azucarera

Así trovaba Carlos Varela en 1994, y cantaba también: *ya no nos quieren ni el pato Donald ni el osito Misha*. En efecto, tras el fin de la URSS los problemas de la economía cubana, si no han conducido al

La de pescado creció un 81%, la de níquel un 24% y la de acero un 124%, Mesa-Lago 1994.
El siguiente mejor de América Latina era el de Costa Rica: 0,39, Brundenius 2009: 45.

colapso, ha sido por una combinación de causas y azares que, sin resolverlos, han permitido ir sobreviviendo. En ausencia del mercado, las ayudas y el petróleo soviético el PIB per cápita real cayó un 52% en 1989-1993. Además el castrismo recuperó la ortodoxia con el Proceso de Rectificación, poco eficaz frente a la crisis de toda la actividad productiva a causa del retroceso de la demanda y de las dificultades de renovación tecnológica¹⁸¹. Creció la oferta monetaria y el déficit fiscal, se hundieron las exportaciones y las importaciones aún más y, lo que es peor, luego volvieron a aumentar sin que las ventas en el exterior detuviesen su rebaja, lo que generó un desbalance de 2.600.000 dólares al año en 1995-1999. Era el fin de dos siglos de especialización y el fruto esperado de cómo se había construido y evolucionado esa especialización.

La ayuda de la URSS cesó en 1991, el petróleo que enviaba a Cuba se redujo en un 76% en 1987-1996. La deuda externa insular (37.000.000.000 de dólares) era en términos per cápita la mayor de América Latina (Mesa-Lago 2003: 174). Se iniciaba el Período Especial y una tímida reforma en 1992 que permitía la circulación del dólar, algún trabajo y cultivo por cuenta propia¹⁸² y mercados libres para vender la oferta campesina. Además se potenció la biomedicina, resultado de los avances científico-sanitarios de la revolución, el turismo y la inversión extranjera, y se suavizó la relación con el exilio y la emigración, que dejaron de ser *gusanos* para ser *comunidad cubana en el exterior*. Mesa-Lago 2003, dice que, sin embargo, no se abandonó el *vicio* de alternar ciclos ideológicos y pragmáticos y en 1997 se inició una desaceleración de las reformas y, con eso, del progresivo crecimiento registrado desde 1994.

Hay déficit estadísticos para medir el crecimiento durante toda la revolución. En los años sesenta empezó a estimarse el Producto Social Global (PSG), como en la URSS, que presenta problemas de doble contabilidad y excluye muchos servicios. Aquí se intentan resolver ajustándolos con la valoración del gobierno y varios analistas de la relación entre el PSG y el PIB, que los organismos económico-estadísticos insulares volvieron a calcular a partir de 1996 (Santamaría 2010), aunque sobrevalorado *oficialmente*, por lo que las cifras que empleamos aquí son una media de las ofrecidas por los estudios alternativos (cuadro V.9). Iguales dificultades presentan indicadores como el Índice de Desarrollo Humano (PNUD 1995), cuyos datos se han modificado arbitrariamente¹⁸³.

Aunque los datos ameritan precaución, es evidente que la economía de Cuba ha crecido a elevadas tasas desde 1999, salvo en 2002, gracias a la ayuda que empezó a prestarle entonces Venezuela tras asumir Chávez el poder, a las reformas y la larga fase alcista mundial, pero también a los bajos niveles de partida. El gráfico V.7 muestra que el Estado insular estima un PIB per cápita que en 2000 y 2009 superaba en un 20 y 30% la media de los cálculos alternativos. Nadie discute, sin embargo, que su aumento ha sido sensible, pero tampoco que tras alcanzar cierto nivel se han paralizado dichas reformas. Así ocurrió en 2003 con la *Batalla de las Ideas* y su incremento se redujo del 13 al 3%. No obstante el impacto de los huracanes que asolaron el país en 2005, cifrado en un 20% de la renta, obligó a volver al pragmatismo. Posteriormente se ha intentado retornar a la ortodoxia, pero la actual crisis internacional parece imponer de nuevo practicidad.

El cuadro V.9 mostraba una recuperación de las exportaciones, sobre todo a finales de la década de 2000, pero también de las importaciones, que ha mantenido la balanza sin grandes cambios (en unos -2.500.000 dólares anuales). En toda su historia Cuba no halló alternativa a la especialización azucarera y los problemas que se fueron presentando se afrontaron con acciones orientadas a asegurar el mercado. Reemplazar el socialista desde 1990 ha sido imposible y la especialización ha cesado abruptamente, sin alternativa, pero se mantienen rasgos de antiguos tiempos que explican un continuismo inconcebible sin ellos. Se han buscado nuevos socios. En valores, la isla envía el 64% de sus exportaciones, en proporciones similares, a Países Bajos, Rusia y Venezuela; el 23% a China y

El producto agrario no azucarero cayó un 65% en 1989-1995. Disminuyó el rendimiento de todos los cultivos y aumentaron los costes un 60%. El consumo per cápita, que había crecido muy poco antes, también sufrió un fuerte deterioro, Nova 2009: 37.

El número de *cuentalpropistas* creció desde entonces hasta 100.000 personas y el de agricultores privados hasta 200.000, Mesa-Lago 2003: 174.

Mesa-Lago 2002, 2009, propone algunas correcciones que permiten ajustarlo.

Canadá, y el 17% a España, Italia y otras naciones. De estas últimas recibe un 40% de sus importaciones, un 45% de España, Venezuela e Italia y un 15% de Francia, Canadá y China.

Pese al embargo Cuba envía el 7% de sus exportaciones a Estados Unidos y recibe bienes básicos. El valor de ese comercio creció de 4.000.000 a 320.000.000 de dólares en 2001-2006, fruto de la distensión promovida por Bill Clinton y de las autorizaciones de George Bush para paliar el efecto de los huracanes, no obstante el endurecimiento del bloqueo durante su mandato.

La balanza de capital no compensó la mercantil. Se logró pasar de -380.000.000 a 49.000.000 de dólares en 2004-2009. Luego el saldo ha sido de -1.200.000.000 en 2010 y de -75.000.000 en 2011. Las reservas han crecido de 600.000.000 a 4.200.000.000 en 2004-2008, pero son insuficientes para afrontar las dificultades financieras. Tras su colapso la oferta de azúcar redujo su porcentaje en las exportaciones hasta el 5% en 2008. En proporción inversa ha aumentado el de los minerales (de 6 a 57%), el del pescado, las verduras, las frutas, los licores, los fármacos o el cemento (un 433%), incluso en detrimento del consumo interno en algunas ocasiones, pero el ingreso sumados de todos ellos es un 50% menor que el del dulce antaño (ONE 2008).

En las importaciones ha crecido el porcentaje de los alimentos (23%), mal endémico de la historia económica de Cuba, pues la isla compra en el exterior el 84% de los bienes básicos que consume. El porcentaje de las manufacturas cayó un 16% durante el Período Especial, pero luego ha aumentado debido a la desindustrialización del país. El de las máquinas y equipos se ha mantenido en 30-35% y el del petróleo, que representa una cuarta parte del valor de las compras insulares en el exterior, ha disminuido algo gracias al incremento de la oferta interna y al suministro de Venezuela, cuyo crudo se pagaban en 2008 a 27 dólares el barril, cuando el precio mundial de referencia era de 147 dólares. Ese es el rasgo que prevalece de la época de la especialización. El país andino carece de demanda para el azúcar que adquirirían las URSS y el CAME o Estados Unidos, y carece también de oferta para surtir el mercado cubano, pero prevé petróleo barato y subsidios, que en 2008 sumaban 9.405.000.000 de dólares, cifra superior a la vieja ayuda soviética. El 61% se abona por los servicios de 40.000 médicos, maestros y técnicos insulares, el 7% es la subvención del *oro negro* y el resto inversiones en proyectos. Por tales conceptos la balanza de capital con Venezuela aportaba a Cuba 8.200.000 dólares en 2007.

La caída del PIB desde 1990 permite estimar que Cuba vivía un 12% por encima de sus posibilidades gracias a la ayuda de la URSS. La de Venezuela representa hoy el mismo porcentaje en su renta. Aunque el nuevo socio ya no es el mercado de la isla. Se le prestan servicios socio-educativos, en vez de los militares de tiempos soviéticos, aunque la asimétrica relación con él sigue estando justificada por la ideología y sujeta, igual que antes, a la *voluntad del amigo*, que podría prescindir de los servicios y la ideología que compra, o valorarlos en menos, dejando a Cuba sin alternativa para obtener el capital y petróleo que recibe a cambio. La actual crisis mundial, la caída del precio del crudo, el enorme déficit fiscal del gobierno de Chávez, o la posibilidad de que éste deje el poder no son, sin duda, buenas expectativas (Mesa-Lago 2009).

La inversión global en la economía se recuperó de la debacle de los años noventa y aumentó hasta el 12% del PIB en 2009, cifra inferior a la media latinoamericana y al 26% que se considera necesario (Pérez Villanueva 2008). La inversión extranjera sólo ha crecido desde 2000 de 2.100.000.000 a 2.500.000.000 de dólares y la formación bruta de capital del 5 al 9% de la renta. La inflación oficial supera el 4%, el déficit fiscal el 24% del producto y la tasa de cambio se fija en 24 pesos/dólar, pero sigue habiendo dos monedas con valor liberatorio parcial (los bienes importados o considerados prescindibles se pagan en CUC, equivalente al dólar, y se gravan hasta un 300% *ad valorem*), lo que perjudica la productividad y las exportaciones. Los términos de intercambio han empeorado¹⁸⁴ y se ha mantenido el pleno empleo, aunque debido a que el 75% es público y a que prevalecen los problemas de sobreocupación e ineficiencia del trabajo. De hecho, hace unos meses se

Considerando 1985-1989=100, en los lustros siguientes se han reducido a 74, 62 y 47, a causa de no contar con un mercado privilegiado y del encarecimiento del petróleo.

anunciaron despidos masivos y diversificación laboral autorizada. A esto es a lo que se refiere el aserto vivir por encima de las posibilidades y con ayuda de una asociación que puede quebrar. A esto y a un gasto de 36.730.000.000 dólares en 2007, con ingresos de 35.010.000.000, que además proceden de impuestos indirectos (el 56% provienen del consumo y de las remesas en divisas), y a una deuda de 16.600.000.000 de dólares, más otro tanto que no se reconoce a Rusia, y cuyo servicio supone un 20% del PIB, pues el embargo y falta de crédito de organismos internacionales obligan a depender de préstamos a corto plazo por los que se paga hasta un 22% de interés (Brundenius 2009; ONE 2008).

El embargo se publicita como causa de todos los problemas. Su efecto es grande: 96.000.000.000 de dólares; 140% del PIB en 2008, pero también es *hijo de la revolución* y de las condiciones en que se ha dado, y como tal hay que descontarle la contraparte que han supuesto las ayudas soviética y venezolana (75.000.000.000 de dólares). Aún así el referido porcentaje sólo se reduce hasta el 30% del PIB y ofrece una idea de los costes del castrismo. Las remesas del exilio y la emigración, por otro lado, promedian 900.000 dólares al año. Su monto se sobrevalora ideológicamente (1,4% del PIB o 90 dólares per cápita, frente a los 208 que recibe México de su población en el exterior), aunque son fuente insustituible de divisas y proporcionan acceso a ellas al 60% de los cubanos. Sin duda podrían aumentar y serían más efectivas económica y socialmente si se permitiese invertirlas.

El embargo se endureció en los tiempos más difíciles con las leyes Torricelli de 1992, y Helms-Burton de 1996 y con el gobierno Bush desde 2002, pero se ha visto que tras los huracanes que asolaron Cuba en 2005 el comercio con Estados Unidos no ha dejado de crecer y que siguen llegando remesas. Además, a las ofertas de distensión el castrismo ha contestado negativamente —como en el caso de la crisis de las avionetas de 1996 frente a las de Clinton— o dudando de su certeza. Así ha ocurrido, por ejemplo, con las medidas de Barak Obama, que facilitan los viajes y el envío de dinero de exiliados y emigrantes a la isla. Hay quien ve signos de cambio en recientes manifestaciones de Fidel Castro o en la excarcelación de disidentes en respuesta a peticiones de la UE, que lo ha exigido como requisito para mejorar sus relaciones con Cuba, tema siempre en discusión entre los socios europeos, pero que en general se ha saldado con bastante permisividad, justificada con que de otra manera se perjudicaría a la población (UE 2009).

Junto a las remesas, la ayuda venezolana y la cooperación al desarrollo¹⁸⁵, el turismo y la inversión extranjera son las principales fuente de divisas. El primero creció desde cifras insignificantes a 101.000 visitas al año en la década de 1980 y 1.700.000 en 2008, y a 40.000.000 y 19.000.000 de dólares en ingresos en las mismas fechas. Tras el 11S se estancó, pero en 2008 eran ya 2.300.000 los turistas y la renta que generan, no obstante ha aumentado proporcionalmente menos, sigue representado un 20% del PIB. Sin embargo, pese a que se han realizado grandes inversiones, el sector es deficitario en servicios, no cubre su oferta totalmente, depende en exceso de las importaciones y, por eso, tiene pocos efectos multiplicadores sobre la actividad económica interna (ONE 2009).

La inversión extranjera es pequeña, se centra en actividades solventes, como el turismo, y debe ser autorizada y controlada por el Estado. Sólo se permite en empresas mixtas, que no fijan los incentivos laborales y los salarios, potestad del gobierno, quien los cobra y retiene su mayor parte y entrega sólo a los empleados una porción pequeña. Por ello se estima que dicha inversión foránea se redujo un 22% en 2000-2007, aunque coadyuvó también el cierre de varias de las 400 compañías existentes al declararse que el país sólo tenía interés en desembolsos millonarios y en sectores estratégicos y con supervisión pública. En 2008 la entrada de recursos vía inversión era de 11.240.000.000 de dólares y la salida por beneficios de 4.138.000.000 (Mesa-Lago 2009).

Con tales datos, y rechazado cualquier tipo de apertura a la economía de mercado, incluidos los modelos de China o Vietnam, los analistas coinciden en que la situación variará poco mientras viva Fidel Castro. Lo que pasará después es incierto. En 2006 aquél *abdicó* en su hermano Raúl, pero ni siquiera se han realizado las mínimas reformas esperadas de los discursos iniciales del nuevo

Se estima en unos 87.000.000 de dólares.

presidente. Se pensó que llegarían cuando cesó a los dirigentes más antiguos en 2009, pero lo que muestran los hechos recientes es que Fidel nunca dejó el poder. Y esto es quizás la clave de la supervivencia de su régimen, su constante retorno a la ortodoxia y que se sepa que si se abandona es sólo como mal temporal, lo que resulta posible gracias a férreos mecanismos de control social, que aún funcionan y tienen como señora los Comités de Defensa de la Revolución (o comités de barrio), formados en cada distrito habitacional y teóricos instrumentos de la democracia de base. Mientras, los huracanes y la crisis mundial han truncado el crecimiento y el problema sigue estando en la debilidad de la oferta interna —ya sin azúcar que la explique—, en una distribución encomiable en muchos aspectos, pero difícil de financiar, en el recurso frente a ello a la ayuda de terceros y sin dejar de acumular déficit y deuda, en la escasa productividad del capital y del trabajo que han acarreado la dirección centralizada, la ausencia de incentivos, el control de beneficios y, en fin, falta de libertad económica. Mesa-Lago 2009, estudia la evolución de 84 indicadores desde 1959. Sostiene que, en general, mejoraron a partir de los años setenta y sufrieron una drástica contracción en los noventa de la que luego no se han recuperado. Los más deteriorados son los concernientes a la actividad productiva, aunque también se ha retrocedido en muchos avances sociales.

El salario real ha caído un 75% desde 1989 y no alcanza a satisfacer las necesidades básicas. La cuota de racionamiento de alimentos y bienes básicos apenas cubre una semana al mes, el paro ha descendido del 8 al 2%, pero a costa de la productividad y de sobreocupación¹⁸⁶. La alfabetización y matrícula en las escuelas básica y secundaria se han mantenido en 99, 95 y 87% respectivamente, pues poco podían crecer. Sí se ha incrementado la matrícula en la enseñanza superior del 23 al 88%, aunque hay una gran desvinculación entre ella y el mercado laboral que aumentará en caso de un efectivo cambio económico. Han mejorado la mortalidad infantil, la esperanza de vida (de 11 a 5,3% y de 75 a 78 años) y el número de médicos por cada 1.000 habitantes (de 3,3 a 6,4), pero han empeorado el de camas de hospital, la tasa mortandad maternal o la morbilidad vinculada a dietas pobres y descompensadas y a la libertad sexual. Déficits persistentes de la revolución, como la vivienda o el acceso a nuevas tecnologías, se han agravado o no han experimentado progreso, en el último caso debido también al control estatal sobre la información¹⁸⁷.

También creció el Gini¹⁸⁸ y el coste de la canasta de consumo un 113%, mientras se reducía el consumo calórico per cápita. Las personas mayores de 60 años son quienes padecen peores condiciones; los blancos reciben una media de 121 dólares de remesas del extranjero, mientras las gentes de color sólo 35, y un 3% de las cuentas bancarias acumulan el 46% de los depósitos. Las desigualdades se han agravado, además, por efecto de las reformas, que se han centrado en mejorar la situación de las rentas más altas y de la elite política, que pueden pagar los bienes en divisas y se benefician de la autorización para adquirir tecnología.

Ya se ha señalado la debilidad de la oferta interna. Entre 1989-2007 sólo creció notablemente la de puros, níquel, petróleo y gas. En los dos últimos casos gracias al hallazgo de yacimientos y a su explotación. Junto al crudo que envía Venezuela, refinado en Cuba, esto ha permitido aumentar la oferta de electricidad de 1.440 a 1.574 megavatios-hora, y con un plan de ahorro y la construcción de nuevas plantas generadoras, abastecer el 45% del consumo de la población y aliviar los *apagones* que caracterizaron a los años noventa, cuando los cubanos decían que *su vino preferido era vino la luz*. En el resto de las actividades lo común es el retroceso (cuadro V.10). Y el más espectacular es el de la industria azucarera, que tras su remodelación en 2005 y la eliminación del 50% de los centrales, de los cañaverales y de los trabajadores, apenas supera 1.400.000 toneladas (cuadro V.9) y ha mejorado poco

Un 35% de los puestos de trabajo son innecesarios, Sánchez; Triana 2008.

Los huracanes agravaron el deterioro de la infraestructura de agua potable y saneamiento, muy vinculado a la morbilidad y al déficit de viviendas, que además de mejorar poco cuantitativamente (de 655.000 en 1960 a 880.000 en 1980 y 780.000 en 2003) han perdido condiciones habitacionales. El acceso a Internet o a móviles ha mejorado con las autorizaciones recientes para comprar equipos, pero el número de usuarios de la primera aumentó sólo de 6.000 a 12.000 personas en 2000-2001 y el de servidores de 15.000 a 34.000 en 2004-2005, Mesa-Lago 2009.

De 0,25 a 0,41 entre 1989-1999, Brundenius 2009.

en rendimiento y productividad (Mesa-Lago 2009). Además el gobierno ha declarado que no opta, como otros países, por reconvertirla en producto de biocombustibles (Santamaría 2009a).

CUADRO V.10
OFERTA DE ALGUNOS PRODUCTOS AGRO-INDUSTRIALES
EN CUBA, 1989-2007

	Toneladas por 1.000 hectáreas		Miles	
	1989	2007	1989	2007
Níquel	4	7		
Petróleo	68	248		
Gas	3	108		
Acero	30	23		
Cemento	322	158		
Fertilizantes	85	2		
Jabón	3	1		
Textiles (m ²)	21	2		
Calzado			1	0,2
Puros			29	36
Huevos			245	202
Reses			465	337
Cerdos			123	168
Carne de ave	14	4		
Leche	107	48		
Pescado	18	6		
Tabaco	4	4		
Cítricos	97	31		
Café	3	0,4		
Arroz	50	39		

Fuente: Mesa-Lago 2009.

Raúl Castro puso en marcha un plan agro-industrial y de sustitución de importaciones que ha dado algunos resultados, sobre todo con la leche y las frutas, tras dejar el 60% de su producción en manos privadas. Pero la falta de abonos, insecticidas y tecnología y el envejecimiento de la infraestructura, que afecta también al transporte¹⁸⁹, frenan el desarrollo de la producción. El sector agropecuario es el que más se ha deteriorado (cuadro V.10) aunque, de la necesidad virtud, Cuba es por ello el único país del orbe que cumple los requisitos de crecimiento sostenible¹⁹⁰.

El gráfico V.7, para acabar igual que se empezó, compara el PIB de Cuba con el de las grandes economías de América Latina y muestra cómo ha empeorado su posición¹⁹¹. Usando los datos

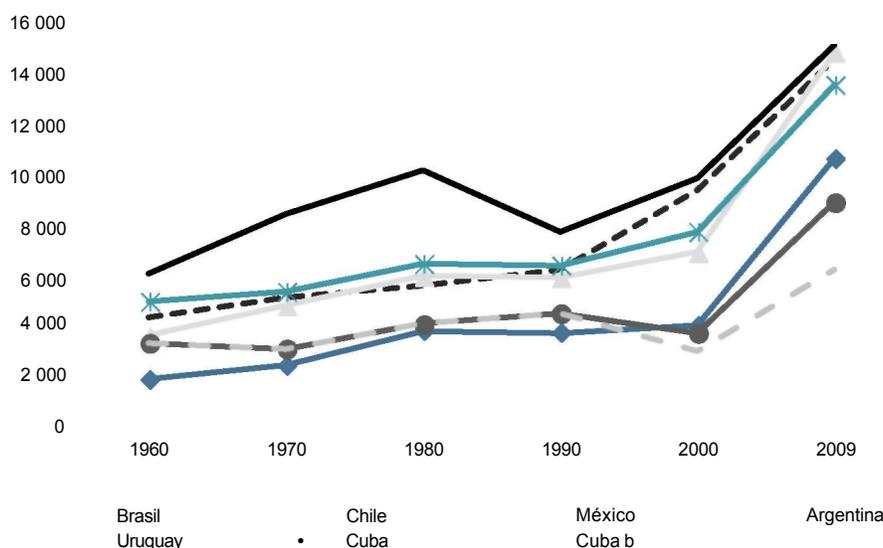
El transporte se ha deteriorado por falta de renovación tecnológica. La flota de automóviles es pequeña y obsoleta. Se ha aliviado algo con la importación de utilitarios, buses y camiones para el acarreo de mercancías y facilitar la movilidad de la población, sobre todo urbana, pero suelen ser usados. Igual ha ocurrido con el ferrocarril. En 2005 se cerraron 6.000 kilómetros, la mayoría líneas azucareras en desuso, y en los 8.000 operativos en 2008 la circulación es escasa y el estado de los equipos y de los servicios precario. Hay en Cuba también 61.000 kilómetros de carretera, pero el 90% requieren serias mejoras, ONE 2008.

Huella ecológica de 1,8 hectáreas/personas y alto desarrollo humano (0,8); aunque ya se ha dicho que este último dato es poco fiable, *Environmental* 2010.

En 1998 el PIB de Cuba era un 8% del estadounidense. La media latinoamericana era del 21%. El deterioro de la convergencia con los países más ricos, por tanto, ha sido aún mayor. La crisis actual en su inicio afectó poco a la isla, debido a que era difícil que empeorase su situación productiva. La oferta agraria creció un 4,5% en 2009, la de

oficiales y suponiendo como contrafactual un crecimiento proporcional al de aquéllas, en 1970 su renta per cápita habría sido un 35% mayor y en 1990 sólo un 5,5%, un coste pequeño por los avances sociales y en equidad y por haber evitado las grandes desigualdades características de la región, pero que en 2009 crecía hasta el 9%, debido a haberlos logrado con dependencia de un sinfín de factores que escapaban a su control y que acabaron desapareciendo.

GRÁFICO V.7
PIB REAL PER CÁPITA DE PAÍSES SELECCIONADOS, 1913-1960



Fuente: Prados 2006, 2007, y para los años que no ofrece datos: Santamaría 2010a para Cuba, y Prados; Amaral, eds.

^a Cuba b: ponderación de las estimaciones alternativas a las oficiales para el siglo XXI. Ver cuadro V.9.

El comportamiento de los indicadores socio-económicos analizados en los párrafos anteriores, empero, dificulta creer en las tasas de crecimiento oficiales. Parecen más reales las estimaciones empleadas en estas páginas y aún así sólo es posible aceptarlas considerando que si bien en la década de 1990 acabaron abruptamente dos siglos de especialización, la dependencia que ésta había tenido de un socio exterior se perpetuó. Hasta 1959 dicho socio fue comercial, después de 1960 fue comercial, ideológico y subvencionador y actualmente subvencionador e importador de servicios. Tales estimaciones permiten evaluar el coste de la revolución en un 40-45% del PIB actual, pero como se ha señalado, la única intención de estas conclusiones es plantear un reto para seguir investigando, pues el proceso no ha concluido, aunque es ley de vida que no tarde mucho en dar paso a otro tiempo y otras gentes.

servicios un 4% y la de transporte un 4,6%; apenas mejoró el producto comercial y el industrial disminuyó un 25%, pero en una economía en que el sector terciario genera un 78% de la renta, el secundario un 11% y el primario un 5%, ello le permitió mantenerse entre las que menos sufrieron la recesión internacional. Sin embargo la recesión es básicamente financiera, ha seguido empeorando, y a causa de las dificultades de esa índole que tiene la Gran Antilla, el impacto posterior se ha agravado y hoy es muy severo, Prados 2006; FMI 2010.

O. Corolario de batallas. Contrapunteo revolucionario cubano de la economía y las ideas

En otoño de 2010 se convocaba el VI Congreso del Partido Comunista, por sorpresa (la reunión se aplazaba desde 2002) —práctica habitual del castrismo— y durante la efeméride de los diez años de alianza cubano-venezolana. Se avisaba que trataría sólo de economía, que se permitiría la venta y alquiler de casas y autos y, para compensar el despido de 1.500.000 empleados públicos, se autorizaría contratar a los particulares y más trabajo *cuentapropista*. Se decía también que habría crédito para la actividad privada y se realizaría una reforma fiscal, pero sin aclarar cómo y cuándo. Tampoco se especificaba si se consentiría algo más de libertad económica, en la disposición de los beneficios o para las inversiones, incluyendo las de los cubanos en el extranjero. Parecía que la *Batalla Económica* (así se bautizó el nuevo ciclo) se imponía a la *Batalla de las Ideas*. O tal vez no, pues la guerra se declaraba a la vez que se daba parte oficial del reforzamiento de los lazos con Venezuela y se justificaba de nuevo su razón en no caer por el precipicio (Santamaría 2011b).

El Congreso del PCC se reunió en abril de 2011 y no ha tratado sólo de economía. Se ha limitado a diez años la permanencia en los cargos y se ha anulado el requisito de militar en el partido para optar a ellos, pero a la vez se investía a líderes octogenarios (Raúl Castro, José R. Ventura Machado) y se mantenía un 60% del buró político en manos de dirigentes tradicionales, reconociendo que no hay sucesión, que es preciso formarla y, por tanto, la dificultad de alcanzar tales metas en un sistema unipartidista y sin elección democrática efectiva, como indica la exclusión del debate en el cónclave de 48 propuestas elevadas por comités locales, referidas a oposición y a reformas, porque, según Castro, defendían la concentración de la propiedad (Santamaría 2012).

Y así se va de la política a la economía, pero para retornar. El congreso ha ratificado las autorizaciones previstas y nada ha aclarado sobre el crédito o la libertad económica. Ha anunciado el reparto de tierra para aumentar la oferta agraria y su productividad y reducir las importaciones (*II Congreso* 2011), y no ha hablado de reformas, sino de *actualización del modelo*, aunque nunca se *reformó* tanto la revolución. Verbigracia, un agente de intereses cubanos en Estados Unidos cree que las medidas pueden desatar un gran movimiento de capital, pues hay gente con dinero que empezará a comprar y a reparar casas (—Las contradicciones□ 2011). Además en tres meses se han dado 200.000 licencias para los 178 oficios permitidos. Ahora bien, las citadas medidas siguen privilegiando a las rentas más altas y Mesa-Lago (2011) dice que no son comparables con las que aplicaron China o Vietnam, donde comenzaron con transformaciones en la agricultura, otorgando al campesino la propiedad de la tierra, no el usufructo —como en Cuba— y liberalizando los mercados y los precios agrarios, lo que elevó rápidamente el nivel de vida, efecto que no tuvieron las liberalizaciones parciales en la URSS y Europa del este. En la isla se han cursado 140.000 solicitudes sobre 1.200.000 ha de terrenos ociosos estatales, con magros frutos hasta el momento a falta de otras reformas, de derechos de posesión, de crédito, mercados y facilidades de acceso a la tecnología.

Cree Oppenheimer (2011) que el congreso ha sido para comprar tiempo. Castro asevera que sus acuerdos —son orientaciones políticas y morales, no leyes□, pues sabe que la ayuda exterior no permitirá esta vez volver atrás, pero los dirigentes revolucionarios son viejos y no aplicarán las reformas; no van a arriesgarse con cambios que podrían llevarles a la cárcel, aunque confían que la Historia les reconocerá el mérito de haberlo iniciado. Así han prometido eliminar burocracia, fomentar la autogestión empresarial o la esperada unificación monetaria, pero a la vez que discutían tamaños propósitos —otro vicio del castrismo— se entretenían en debatir, por ejemplo, la necesidad de reparar las ollas arroceras. Sin duda el tema preocupa a los cubanos, sin embargo no parece que el máximo órgano de representación de su partido único sea lugar para dirimir urgencias domésticas. En fin, el congreso ha consagrado el lema *a cada cual según su trabajo*, no obstante se mantendrá la planificación centralizada y la socialización de los medios fundamentales de producción, aunque con más autonomía para la empresa pública, promoción y reconocimiento para las cooperativas, pequeños agricultores, trabajadores autónomos y empleadores y para otras formas de elevar la eficiencia. También se preservará el principio de igualdad de derechos, procurando no incurrir en *igualitarismo*,

referencia velada a la previsible supresión de la carilla de racionamiento (*VI Congreso* 2011). Y en declaraciones recientes Castro informa de que el PIB crecerá un 3,2% en 2011, cifra superior al 2,1 de 2010, pero inferior a la media latinoamericana (4,5%), y anuncia la reanudación de los pagos a los proveedores del país y la disminución de las restricciones a las transferencias dinerarias al exterior (CEPAL 2011). En suma, los principios están garantizados, la continuidad es lo que se espera, y para las conclusiones y las consecuencias habrá que aguardar a un arduo trabajo legislativo, a que en su diseño o aplicación se ajuste al dinamismo de la sociedad cubana, o tal vez a cambios más radicales. Y eso es todo, o casi nada.

Bibliografía

- AAC [*Anuario azucarero de Cuba*], 1937-1959. La Habana: Cuba Económica y Financiera.
- Alienes, Julián, 1950: *Características fundamentales de la economía cubana*. La Habana: Banco Nacional.
- Álvarez, Elena; Jorge Máttar, eds., 2004: *Política social y reformas estructurales: Cuba a principios del siglo XXI*. México: CEPAL, INIE.
- Álvarez, José *et al.*, 1963: *Un estudio sobre Cuba*. Coral Gables: Miami University Press.
- Álvarez, José M., 1936: *La colonia española en la economía cubana*. La Habana: Úcar, García y Cía.
- Astorga, Pablo *et al.*, 2003: *Productivity growth in Latin America during the twentieth century*. Oxford: University of Oxford (Discussion Papers in Economic and Social History 52: 1-42).
- Ayala, César, 1999: *American sugar kingdom: the plantation economy of the Spanish Caribbean 1898-1934*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Bahamonde, Ángel; José G. Cayuela, 1992: *Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid: Alianza.
- Banco Central de Cuba, 1959-2009: *Informe económico*. La Habana: BCC.
- Banco Nacional de Cuba, 1951-1959: *Memorias del Banco Nacional de Cuba*. La Habana: BNC.
- Benítez Rojo, Antonio, 1989: *La isla que se repite*. Hanover: Norte.
- Bergad, Laird W. *et al.*, 1995: *The Cuban slave market, 1790-1880*. New York: Cambridge University Press.
- BIRF [Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento], 1951: *Informe sobre Cuba*. Washington: BIRF.
- Birnberg, Thomas B.; Stephen A. Resnick, 1975: *Colonial development: an econometric study*. New Haven: Yale University Press.
- Bulmer-Thomas, Victor, 1998: *Historia económica de América Latina desde la independencia*. México: FCE.
- Bulmer-Thomas, Victor *et al.*, eds., 2006: *The Cambridge Economic History of Latin America*. New York: Cambridge University Press.
- Brundenius, Clae, 1985: *Revolutionary Cuba: the challenge of economic growth with equity*. Boulder: Westview.
- _____, 2009: —Revolutionary Cuba at 50: growth with equity revised. *Latin American Perspectives* 36: 31-48.
- Calvache, Antonio, 1944: *Historia de la minería en Cuba*. La Habana: Neptuno,
- Cantero, Justo G., 2005: *Los ingenios de Cuba. Colección de visitas a los principales ingenios de azúcar de la isla de Cuba*. Aranjuez: Doce Calles, CEHOPU, CSIC y Fundación Mapfre (ed. de Luis M. García Mora y Antonio Santamaría, 1ª ed. 1855-1857).
- Cárdenas, Enrique *et al.*, eds., 2003: *La era de las exportaciones latinoamericanas*. México: FCE.
- Carr, Bary, 1996: —Mill occupations and soviets: the mobilisation of sugar workers in Cuba, 1917-1933. *Journal of Latin American Studies* 28: 129-158.
- Carranza, Julio, 2001: *La economía cubana: Un balance breve de una década crítica*. London: University of London-Institute of Latin American Studies (Workshop Facing the Challenges of the Global Economy)

- Carranza, Julio *et al*, 1995: *Cuba: la reestructuración económica*. Madrid: CEA-IEPALA, Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Cayuela, José G., 1993: *Bahía de ultramar. España y Cuba en el siglo XIX. El control de las relaciones coloniales*. Madrid: Siglo XXI.
- CCE [Comité Central de Estadísticas], 1989: *Anuario Estadístico de Cuba*. La Habana: CCE.
- Censo de la República de Cuba*, 1907, 1919, 1943, 1953. La Habana: Oficina del Censo.
- CEPAL, 1950: *El desarrollo industrial de Cuba*. Montevideo: CEPAL.
- _____, 1958: *El desarrollo económico de Cuba*. Washington: CEPAL.
- _____, 2000: *La economía cubana: reformas estructurales y desempeño en los noventa*. México: FCE.
- _____, 2002: *Cuba: evolución económica durante 2001*. México: CEPAL.
- _____, 2011: *Notas económicas 2010-2011*, disponible en: www.eclac.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/mexico/noticias/noticias/3/42073/-P42073.xml&xsl=/mexico/tpl/plf.xsl&base=/tpl/imprimir.xsl, consulta 10/2011).
- Cepero, Raúl, 1989: *Escritos históricos*. La Habana: Ciencias Sociales.
- CII [Cuba Importadora e Industrial], 1936: *La inquietud del momento y el problema social en Cuba*. La Habana: CII.
- Cleveland, Harold B.; Thomas F. Huertas *et al*, 1985: *Citibank, 1812-1970*. London: Harvard University Press.
- VI Congreso del Partido Comunista de Cuba*, 2011 (<http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2011/04/documentos-vi-congreso-partido-comunista-de-cuba.pdf>, consulta 10/2011).
- Constitución del 40*, 1940 (www.ilc.cnr.it/cubalex/Textos/1940.htm, consulta 10/2011).
- Las contradicciones del sistema□, 2011 (<http://laoveja100.wordpress.com/2011/04/25/las-contradicciones-del-sistema/>, consulta 10/2011).
- Deerr, Noel, 1950: *History of sugar*. London: Chapman & Hall (2 v).
- Díaz Fuentes, Daniel, 1994: *Crisis y cambios estructurales en América Latina: Argentina, Brasil y México durante el período de entreguerras*. México: FCE.
- DGHIC [Dirección General de Hacienda de la Isla de Cuba], 1877: *Noticia de los ingenios o fincas azucareras que existen actualmente*. La Habana: Gobierno y Capitanía General.
- Díaz Alejandro, Carlos, 1989: —América Latina en los años treinta□. En Thorp, ed., 1989: 28-46.
- Domínguez, Jorge I., 1978: *Cuba: order and revolution*. Cambridge: Harvard University Press.
- Dumoulin, John, 1980: *Azúcar y lucha de clases 1917*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Dye, Alan D., 1998: *Cuban sugar in the age of mass production: Technology and the economics of the sugar central, 1899-1929*. Stanford: Stanford University Press.
- _____, 2005: —Cuba and origins of the US sugar cuota□. En Santamaría; García Álvarez, eds., 2005: 193-218.
- Echevarría, Oscar, 2002: *Captains of industry. Builders of wealth. Miguel A. Falla*. Miami: New House.
- Eichner, Alfred S., 1969: *The emergence of oligopoly. Sugar refining as a case study*. Baltimore: John Hopkins University Press
- Ely, Roland T., 2002: *Cuando reinaba su majestad del azúcar*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Environmental performance index 2010*, 2010 (<http://epi.yale.edu/>, consulta 10/2011).
- Estadísticas agropecuarias 1928-1929*, 1929. La Habana: Julio Arroyo.
- Estadística de la emigración e inmigración de España*, 1882-1905, 1891-1912. Madrid: Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico.
- Estrade, Paul, 1995: —¿A dónde se encaminaba el llamado Movimiento Económico (1890-1893)□. En Opatrný, ed., 1995: 117-142.
- Farr & Co., 1927-: *Manual of sugar companies*. New York: Farr & Co.
- Fernández, Leida, 2005: *Cuba agrícola: mito y tradición, 1878-1920*. Madrid: CSIC.
- Fernández, Marcelo, 1989: *Cuba y la economía azucarera mundial*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Fernández, Susan J., 2002: *Encumbered Cuba. Capital markets and revolt, 1878-1895*. Gainesville: University Press of Florida.

- Figueras, Miguel A., 1994: *Aspectos estructurales de la economía cubana*. La Habana: Ciencias Sociales.
- FMI [Fondo Monetario Internacional], 2010 (www.imf.org/external/spanish/index.htm, consulta 10/2011).
- Friedlaender, Heinrich, 1944: *Historia económica de Cuba*. La Habana: Montero.
- Fuente, Alejandro de la, 2001: *A nation for all: race, inequality and politics in twentieth-century Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- _____, 2004: —Sugar and slavery in Cuba. En Schwartz, ed., 2004: 115-126.
- Funes, Reinaldo, 1998: —Los conflictos por el acceso a la madera en La Habana: hacendados vs Marina (1774-1815). En Piqueras, ed., 1998: 67-90.
- García, Orlando, 2009: *Esclavitud y colonización en Cienfuegos, 1819-1879*. Cienfuegos: Mecenas.
- García Álvarez, Alejandro, 1990: *La gran burguesía comercial en Cuba, 1899-1920*. La Habana: Ciencias Sociales.
- _____, 2008: *La costa cubana del guineo*. La Habana: Ciencias Sociales.
- García Álvarez, Alejandro; Concepción Planos, 1995: *Historia de Cuba III*. La Habana: Universidad de La Habana.
- García Mora, Luis M.; Antonio Santamaría, 2002: —Ingenios por centrales y esclavos por colonos. Mano de obra y cambio tecnológico en la industria azucara cubana, 1860-1877. En Piqueras, ed., 2002: 165-184.
- García, Gloria, 1994: —El auge de la sociedad esclavista en Cuba. En IHC, 1994: I, 225-254.
- García, Mercedes, 2008: *Entre haciendas y plantaciones. Orígenes de la manufactura azucarera en La Habana*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Goizueta-Mimo, Félix, 1974: *Azúcar cubano. Monocultivo y dependencia económica*. Oviedo: Grafica Summa.
- Goldberg, Jeffrey, 2010: —Entrevista a Fidel Castro. *The Atlantic* 8/9 (www.theatlantic.com, consulta 10/2011).
- González-Ripoll, María Dolores; Izaskun Álvarez, eds., 2010: *Francisco Arango y la invención de la Cuba azucarera*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Guerra, Ramiro, 1970: *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Gutiérrez, Gustavo, 1952: *El desarrollo económico de Cuba*. La Habana: Junta Nacional de Economía.
- Hatton, Timothy *et al.*, eds., 2007: *The new comparative Economic History: essays in honour of Jeffrey G. Williamson*. London: MIT Press.
- Herranz, Alfonso, 2009: —The contribution of railways to economic growth in Latin America before 1914: the cases of Mexico, Brazil and Argentina (ponencia presentada al I Seminario de la Asociación de Historia Económica. Barcelona).
- Higman, Barry W.: —Slavery, Plantations and Landscape Change on the Caribbean Sugar Islands. En *20th International Congress for the Historical Sciences*. Sydney: International Committee for the Historical Sciences y University of New Walles of South, 2006 (CD-Rom)
- Ibarra, Jorge, 1995: *Cuba: 1898-1959. Estructura y procesos sociales*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Iglesias, Fe, 1998: *Del ingenio al central*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.
- _____, 2005: *Economía del fin de siglo*. La Habana: Oriente.
- IHC [Instituto de Historia de Cuba], 1994-: *Historia de Cuba*. La Habana: Editora Política (5 v).
- Jenks, Leland H., 1928: *Our Cuban colony*. New York: Vanguard Press.
- JUCEPLAN, 1977: *Economía Cubana 1960-1975*. La Habana: JUCEPLAN (3 v).
- Lavalle, Bernard; Consuelo Naranjo; Antonio Santamaría, 2002: *La América española, 1763-1898. Economía*. Madrid: Síntesis.
- Le Riverend, Julio, 1985: *Historia económica de Cuba*. La Habana: Pueblo y Educación.
- López, Hugo, 1955: *Clasificación industrial de las actividades económicas de Cuba*. La Habana: Tribunal de Cuentas.
- López Segrera, Francisco, 1980: *Raíces históricas de la revolución cubana*. La Habana: UNEAC.
- Luzón, José L., 1989: *Economía, población y territorio en Cuba*. Madrid: Cultura Hispánica.

- Maddison, Augus, 1986: *Las fases del desarrollo económico capitalista: una historia económica comparativa*. México: FCE.
- _____, 1988: *Dos crisis: América Latina y Asia, 1929-1938 y 1973-1983*. México: FCE.
- Maluquer, Jordi, 1992: *Nación e inmigración: los españoles en Cuba (siglos XIX y XX)*. Columbres: Júcar.
- Marqués, María A., 1989: —Intereses y contracciones de clase en torno al problema arancelario cubano □. *Santiago* 74: 119-142.
- _____, 1994: *Estado y economía en la antesala de la revolución*. La Habana: Ciencias Sociales.
- _____, 2006: *Las industrias menores: empresarios y empresas en Cuba (1880-1920)*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Marrero, Leví, 1973-1993: *Cuba, economía y sociedad*. Madrid, San Juan: Playor (15 v).
- Mesa-Lago, Carmelo, 1994: *Breve historia económica de la Cuba socialista*. Madrid: Alianza.
- _____, 2002: *Buscando un modelo económico para América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad: UIF.
- _____, 2003: *Economía y bienestar social en Cuba a comienzos del siglo XXI*. Madrid: Colibrí.
- _____, 2009: —Balance económico-social de 50 años de revolución en Cuba □. *América Latina Hoy* 52: 41-61.
- _____, 2011: —El Congreso del PCC y la economía cubana □. *El País* 26/05: 11.
- Memorias inéditas del censo de 1931*, 1978. La Habana: Ciencias Sociales.
- Monreal, Pedro, 2008: —El problema económico de Cuba □. *Encuentro de la Cultura Cubana* 48-49: 203-208.
- Moreno Fragnals, Manuel, 1978: *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*. La Habana: Ciencias Sociales (3 v).
- Moyano, Eduardo; Serena Fernández, 1998: —La minería en Cuba en las últimas décadas del siglo XIX □. *Anuario de Estudios Americanos* LV/1: 221-242.
- Naranjo, Consuelo, 1984: —Análisis histórico de la emigración española a Cuba en el siglo XX □. *Revista de Indias* 174: 505-527.
- _____, dir., 2009: *Historia de Cuba*. Aranjuez: Ediciones Doce Calles (Historia de las Antillas, 5 v, v I).
- Naranjo, Consuelo y Armando García, 1996: *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*. Madrid: Ediciones Doce Calles y FIM.
- Naranjo, Consuelo y Alejandro García Álvarez, 1995: —Cubanos y españoles después del 98: de la confrontación a la convivencia pacífica □. *Revista de Indias* 212: 101-129.
- Naranjo, Consuelo y Antonio Santamaría, 2002: —Las últimas colonias □. En Lavalle; Naranjo; Santamaría, 2002: 284-463.
- Nelson, Lowry, 1951: *Rural Cuba*. Mienapolis: Minesota University Press.
- Nova, Armando, 2009: *La agricultura en Cuba. Evolución y trayectoria (1959-2005)*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Núñez, Jorge, ed., 1992: *Historia económica de América Latina*. Quito: Editorial Nacional.
- ONE [Oficina Nacional de Estadísticas], 1999-2009: *Anuario Estadístico de Cuba*. La Habana: ONE.
- _____, 2002: *Cuba: indicadores seleccionados 1950-2000*. La Habana: ONE.
- _____, 2007: *Serie de cuentas nacionales de Cuba*. La Habana: ONE.
- _____, 2008: *Panorama económico y social de Cuba*. La Habana: ONE.
- Opatrný, Josef, ed., 1995: *Cuba. Algunos problemas de su historia*. Praga, Universidad Carolina de Praga (suplementum de *Ibero-Americana Pragensia*).
- _____, ed., 2003: *Cambios y revoluciones en el Caribe hispano de los siglos XIX y XX*. Praga: Universidad Carolina de Praga (suplementum de *Ibero-Americana Pragensia*).
- Oppenheimer, Andrés, 1992: *La hora final de Castro*. Barcelona: Javier Vergara.
- _____, 2011: —Raúl Castro compara tiempo □. *El País* 25/04: p.
- Ortiz, Fernando, 1973: *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Pazos, Felipe; José M. Pérez, 1940: *El problema monetario de Cuba*. La Habana, 1940
- Pérez-López, Jorge, 1982: —Cuban industrial production, 1930-1958 □. *Cuban Studies* 14: 217-243.
- _____, 1994: *The economics of Cuban sugar*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Pérez de la Riva, Francisco, 1944: *El café; historia de su cultivo y explotación en Cuba*. La Habana: Montero.

- Pérez de la Riva, Juan, 1979: *El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX*. La Habana: Ciencias Sociales.
- _____, 2000: *Los culies chinos en Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Pérez Villanueva, Omar E., 2008: *La estrategia económica cubana: medio siglo de socialismo*. La Habana: Universidad de La Habana.
- Pollit, Brian, 1967: —Estudios acerca del nivel de vida rural en la Cuba pre-revolucionaria: un análisis crítico□. *Teoría y Práctica* 42: 188-213.
- Pino, Oscar, 1984: *Cuba, historia y economía*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Piqueras, José A., 2003: *Cuba, emporio y colonia. Las disputas de un mercado interferido (1878-1895)*. Madrid: FCE.
- _____, ed., 1998: *Diez nuevas miradas de historia de Cuba*. Castelló: Universidad Jaume I.
- _____, ed., 2002: *Azúcar y esclavitud en el final del trabajo forzado*. Madrid: FCE.
- _____, ed., 2005: *Las Antillas en la era de las luces y la revolución*. Madrid: Siglo XXI.
- La población cubana*, 1977. La Habana: Ciencias Sociales.
- PNUD [Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo], 1995-: *Human development report*. New York: Oxford University Press.
- Portuondo, Olga, 1994: —La consolidación de la sociedad criolla (1700-1765)□. En IHC, 1994-: I, 180-224.
- Prados, Leandro, 2006: —The economic consequences of independence in Latin America□. En Bulmer-Thomas *et al.*, eds., 2006: 463-504.
- _____, 2007: —Inequality and poverty in Latin America: a long-run exploration□. En Hatton *et al.*, eds., 2007: 291-315.
- _____; Samuel Amaral, eds., 1993: *La independencia americana: consecuencias económicas*. Madrid: Alianza.
- Quiroz, Alfonso W., 1998: —Loyalist oyerkill: the socioeconomic cost of 'repressing' in the separationist insurrection in Cuba, 1868-1878□. *Hispanic American Historical Review* 72/8: 278-301.
- A rapadura e o fusca. Cana, cultura, sociedade* (2009). Salvador de Bahia: Goethe-Institut.
- Rebello, Carlos, 1860: *Estados relativos a la producción azucarera en la isla de Cuba*. La Habana: Intendencia del Ejército y Hacienda.
- Rodrigo, Martín, 2001: —El Banco hispano-Colonial y Cuba, 1876-1898□. *Illes i Imperis* 4: 49-70
- _____, 2003: —Los Goytisolo: de hacendados en Cienfuegos a inversores en Barcelona□. *Revista de Historia Industrial* 23: 11-37.
- Rodríguez, José L., 1999: *Estrategia del desarrollo económico de Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Roldán, Inés, 1997: —España y Cuba. Cien años de relaciones financieras□. *Studia Historica* 15: 35-69.
- _____, 2001: *La restauración en Cuba. Fracaso de un proyecto reformista*. Madrid: CSIC.
- _____, 2004: *La banca de emisión en Cuba (1856-1898)*. Madrid: Banco de España.
- _____, 2005: —La minería del cobre en Cuba durante el siglo XIX□. En Uribe, ed., 2005: 219-266.
- Salim, Lamrani y Hortense Faivre, eds., 2011: *Cuba et la Période Spéciale*. Paris: L'Harmattan (en prensa).
- Salvucci, Richard y Linda, 1993: —Las consecuencias económicas de la independencia mexicana□. En Prados y Amaral, eds., 1993: 31-52.
- Sánchez, Jorge M.; Juan Triana, 2008: *An overview of the Cuban economy, the transformations underway, and the prospective*. Madrid: Real Instituto Elcano (www.realinstitutoelcano.org, consulta 10/2011).
- Santamaría, Antonio, 1994: —Azúcar y revolución. El sector de la economía cubana durante los primeros doce años de la Revolución (1959-1970)□. *Revista de Historia Económica* XII/1: 111-141.
- _____, 1998: —El ferrocarril en las Antillas españolas, Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, 1830-1995□. En Sanz, ed., 1998: 298-334.
- _____, 2000a: —Precios y salarios reales en Cuba, 1872-1914□. *Revista de Historia Económica* 19/2: 101-138.

- _____ 2000b: —El crecimiento económico de Cuba republicana (1902-1959). Una revisión y nuevas estimaciones en perspectiva comparada (población, inmigración golondrina, ingreso no azucarero y producto nacional bruto) □. *Revista de Indias* 218: 505-545.
- _____ 2002: *Sin azúcar no hay país. La industria azucarera y la economía cubana (1919-1939)*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC; Diputación de Sevilla.
- _____ 2003a: —Auge, alteración, crisis y ajuste de una economía de exportación. Cuba, 1898-1939 □. En Cárdenas *et al.*, eds, 2003: 418-465.
- _____ 2003b: —De colonia a nación. Los costes y beneficios de la transición en Cuba, 1861-1913 □. En Opatrný, ed., 2003: 91-102.
- _____ 2009a: —Azúcar nas Americas □. En *A rapadura*, 2009: 100-114.
- _____ 2009b: —Economía □. En Naranjo, dir., 2009: 69-125.
- _____ 2010: —Las cuentas nacionales de Cuba, 1690-2005 □ (www.reccma.es, consulta 10/2011).
- _____ 2011a: —Las islas españolas del azúcar (1760-1898). Grandes debates en perspectiva comparada □. *América Latina en la Historia Económica* 33: 115-147.
- _____ 2011b: —Raúl Castro acelera los cambios para atenuar la crisis □ (entrevista en Radio Francia Internacional: www.espanol.rfi.fr/americas/20101109-raul-castro-acelera-los-cambios-para-atenuar-la-crisis-un-mayor, consulta 10/2011).
- _____ 2012: —Quien tiene un amigo tiene un central. El Período Especial o la economía cubana sin azúcar □. En Salim y Faivre, eds., 2011 (en prensa).
- Santamaría, Antonio y Alejandro García Álvarez, 2004: *Economía y colonia. La economía cubana y la relación colonial (1765-1902)*. Madrid: CSIC.
- _____, eds., 2005: *La industria azucarera en América* (monográfico de *Revista de Indias* 233 [Madrid: CSIC]).
- Santamaría, Antonio y Luis M. García Mora, 1998: —Colonos. Agricultores cañeros ¿clase media rural en Cuba?, 1880-1959? □. *Revista de Indias* 215: 131-161.
- Santamaría, Antonio y Consuelo Naranjo, eds., 2009: *Más allá del azúcar. Política, diversificación y prácticas económicas en Cuba, 1878-1930*. Aranjuez: Doce Calles.
- Sanz, Jesús, ed., 1998: *Historia de los ferrocarriles en Iberoamérica, 1837-1995*. Madrid: Ministerio de Fomento.
- Sanz, Vicent, 2005: —De la concesión de mercedes a los usos privativos. Propiedad y conflictividad agraria en Cuba (1816-1819) □. En Piqueras, ed., 2005: 247-276.
- Schwartz, Stuart, B. ed., 2004: *Tropical Babylons. Sugar and the making of the Atlantic world, 1450-1680*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Silva, Arnaldo, 1975: *Cuba y el mercado mundial azucarero*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Soto, Lionel, 1985: *La Revolución de 1933*. La Habana: Pueblo y Educación. (3 v).
- Stubbs, Jean, 1989: *El tabaco en la periferia. El complejo agro-industrial cubano y su movimiento obrero, 1860-1959*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Tabares, José A., 1973: *La Revolución del 30: sus dos últimos años*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Toro, Carlos del, 1975: —Algunos aspectos económicos del movimiento obrero cubano □. *Anuario de Estudios Cubanos* I: 217-276.
- Touraine, Alain, 1989: *América Latina, política y sociedad*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Thorp, Rosemary, 1989: *Progress, poverty and exclusion. An economic history of Latin America in the 20th century*. New York: International Bank of Development.
- _____, ed., 1989: *América Latina en los años treinta. El rol de la periferia durante la crisis mundial*. México: FCE.
- Trocha 1435. Los ferrocarriles en Cuba, 2009*. La Habana: Ciencias Sociales.
- La UE y Cuba: relaciones bilaterales, 2009, 2009* (www.deldom.ec.europa.eu/eu_and_cu/bilateral_relations.htm, consulta 10/2011).
- Uribe, José A., ed., 2005: *La industria del cobre en la América española. México, Chile, Perú y Cuba, siglos XVI-XIX*. Morelia: Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo.
- Vázquez, Sigfrido, 2008: *Tan difíciles tiempos para Cuba. El gobierno del marqués de Someruelos (1799-1812)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

- Vázquez, Sigfrido; Antonio Santamaría, 2012: —Cuba económica en tiempos de las independencias americanas. La Hacienda y la Consolidación de los Vales Reales en comparación con el caso de México □. *Revista de Historia Económica* (en prensa).
- Venegas, Carlos, 2001: —Estancias y sitios de labor: su presencia en las publicaciones cubanas del siglo XIX □. *Colonial Latin American Historical Review* 3: 27-59.
- Wallich, Henry C., 1953: *Problemas monetarios de una economía de exportación. La experiencia cubana, 1914-1947*. La Habana: Banco Nacional de Cuba.
- Winocur, Marcos, 1992: —La burguesía azucarera cubana. Estructura capitalista y definición política en la coyuntura insurreccional de 1952-1959 □. En Núñez, ed., 1992: 181-204.
- Zanetti, Oscar, 1989: *Los cautivos de la reciprocidad*. La Habana: ENPES.
- _____, 1998: *Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898*. La Habana: Casa de las Américas.
- _____, 2009: —Comercio en transición: presencia española en el mercado cubano, 1885-1913 □. En Santamaría; Naranjo, eds., 2009: 112-134.
- _____, 2004: *Las manos en el dulce. Estado e intereses en la regulación de la industria azucarera cubana, 1926-1937*. La Habana: Ciencias Sociales.
- _____, 2006: *La República: notas sobre economía y sociedad*. La Habana: Ciencias Sociales.
- _____, 2009: *Economía azucarera cubana. Estudios históricos*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Zanetti, Oscar y Alejandro García Álvarez, 1977: *United Fruit Company: un caso de dominio imperialista en Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.
- _____, 1987: *Caminos para el azúcar*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Zuaznívar, Ignacio, 1988: *La economía cubana en la década del 50*. La Habana: Ciencias Sociales.